

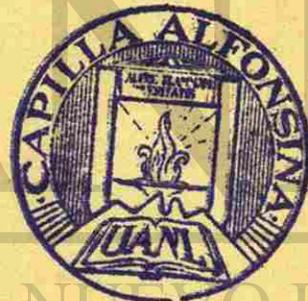
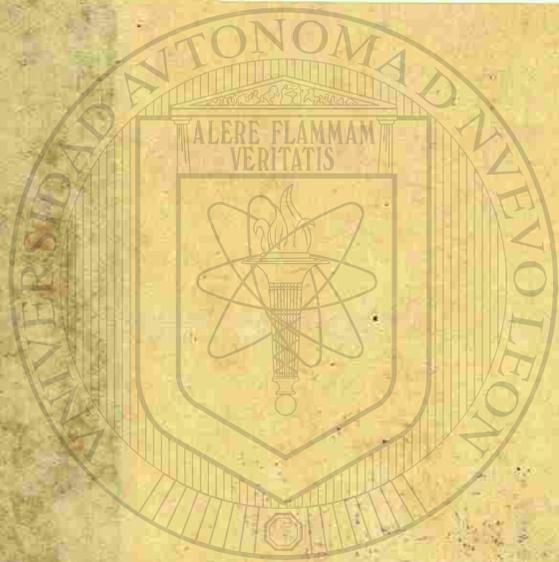


P02507
M35

236m



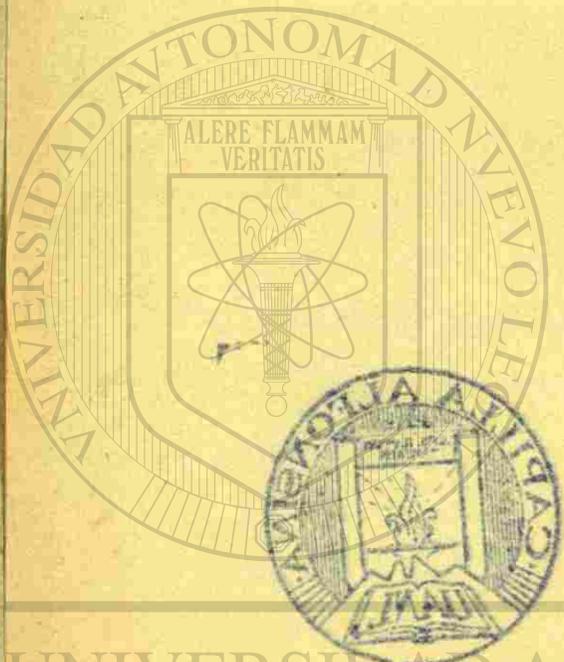
1020026916



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL MANDATO DE UNA MUERTA

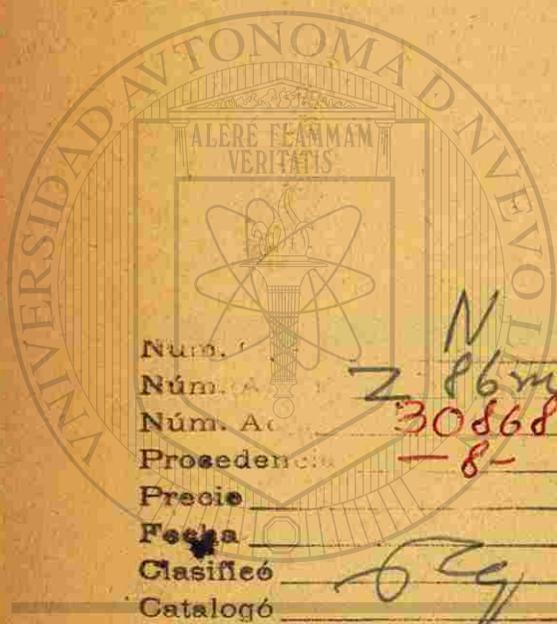
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Núm. _____
Núm. A. _____
Núm. Ac. _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

N
286m
30868
-8-
629

EMILIO ZOLA

EL MANDATO

DE

UNA MUERTA

Traducción de

EMILIO M.^a MARTINEZ



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

101152

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GASSÓ HERMANOS, Editores

VALENCIA, 263

BARCELONA

30868

813
2.

PA 2500
MD 35



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. Gassó Hermanos — Barcelona

EL MANDATO DE UNA MUERTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

Hacia fines del año de 1831 leíase la gacetilla siguiente en el «Sémaphore», de Marsella:

«Un incendio devoró anoche muchas casas del pueblecito de Saint-Henri. El resplandor de las llamas, que se reflejaban rojizas en el mar, veíase desde nuestra ciudad, y las personas que se hallaban en las rocas de Endoume, pudieron presenciar un espectáculo horrible al par que grandioso.

»Los detalles exactos no los tenemos aún. Háblase de algunos rasgos de valor. Nos contentaremos por hoy con referir uno de los episodios más terribles ocurridos en el siniestro.

»Una casa se puso á arder por modo tan repentino por la planta baja, que fué del todo imposible llevar el menor socorro á los habitantes. Oíase á

aquellos infelices lanzar alaridos de espanto y de dolor.

»De repente una mujer apareció en una de las ventanas, teniendo un niño en los brazos. Desde abajo se distinguía su vestido, que comenzaba á arder. Con el rostro que infundía horror, con los cabellos desgredados, miraba ante sí como si se hubiese vuelto loca. Las llamas subieron después rápidamente por su vestido, y entonces, cerrando los ojos y estrechando al niño contra su pecho, se precipitó de un salto por la ventana.

»Cuando la gente pudo acercarse para levantarlos, la madre apareció con el cráneo destrozado, pero el niño vivía y tendía llorando sus manecitas para sustraerse del terrible abrazo de la muerta.

»Se nos asegura que este niño, que no tiene ni un solo pariente en el mundo, acaba de ser adoptado por una jovencita, cuyo nombre ignoramos y que pertenece á la nobleza del país. Acción semejante no necesita alabanza».

I

La habitación se encontraba apenas iluminada por la pálida claridad del crepúsculo. Las cortinas de las ventanas, medio descorridas, dejaban percibir las altas ramas de los árboles, enrojecidas por los últimos rayos del sol. Abajo, en el bulevar de los Inválidos, había niños que jugaban, y sus agudas risas subían dulces y cariñosas.

La primavera que siguió á las terribles jornadas de la insurrección de febrero, ofrecióse fresca, pero inconstante. Las templadas tardes de mayo presentaban á veces los estremecimientos del invierno.

Bocanadas de aire fresco agitaban los visillos y llevaban á la habitación los lejanos ruidos de los carruajes.

Reinaba allí tétrica melancolía. Los muebles, indecisos en la obscuridad, manchaban de negro las claras colgaduras; la alfombra, de rosetones azules, palidecía poco á poco. La obscuridad había invadido ya el techo y los rincones de la estancia.

Distingúfase tan sólo un blanco reguero de luz, que partía de una de las ventanas é iba á iluminar con pálida claridad el lecho, en que la señora de Rionne respiraba con gran dificultad en la agonía de la muerte.

En aquella hora postrera, y en la naciente dulzura de la primavera, aquella habitación en que se moría una joven, presentaba como una especie de piedad lacerada y recogida. La sombra hacía se transparente; el silencio ofrecía una tristeza indecible; los ruidos de afuera se trocaban en apenados murmurios, y parecía que se oían voces semejantes á lejanos lamentos.

Blanca de Rionne, con la cabeza apoyada en almohadones, se mantenía incorporada, con los ojos del todo abiertos, mirando la obscuridad. La pálida claridad que allí reinaba iluminaba su demacrado rostro; extendía los desnudos brazos sobre las sábanas, y agitaba y retorció las manos, sin que de ello se diera cuenta. Y, muda, abiertos los labios y con todo su cuerpo estremecido por largos escalofríos, soñaba como quien espera la muerte, moviendo á un lado y á otro la cabeza con lentitud, como hacen los moribundos.

Apenas contaba treinta años. Era una débil criatura, que la enfermedad hacía más débil aún. Aquella mujer parecía estar dotada de superior inteligencia, de bondad y de ternura sin límites. La muerte

es la hora de la gran prueba, y sólo en la agonía debe juzgarse el temple del valor.

Adivinábanse no obstante en ella ciertas rebeldías. A veces temblábanle los labios y sus manos retorcíán la sábana con mayor violencia. Contraía su rostro mortal angustia y de sus ojos brotaban gruesas lágrimas, que la calentura le secaba en las mejillas. Parecía como si quisiese apartar la muerte en un repentino arranque de voluntad.

Entonces se inclinaba y miraba por largo espacio á una niña de seis años, sentada en la alfombra y que jugaba con las borlas de la colcha. A veces la niña levantaba la cabeza, sobrecogida de miedo repentino, y veíase á punto de llorar, sin saber por qué; luego, al ir á gritar, poníase á reír, viendo á su madre sonreír con dulzura, y volvía á sus juegos, hablando en voz baja á una de las puntas de la sábana, que había convertido en muñeca.

Nada más triste que aquella sonrisa de la moribunda. Quería tener á Juana á su lado hasta el último instante, y disimulaba cuanto le era dable su dolor para no asustarla. Mirábala jugar, escuchaba su charla y se abstraía en la contemplación de aquella cabecita rubia, olvidándose de que iba á morir y de que le era forzoso abandonar aquel cariño tan grande. Luego, sintiéndose ya con el frío de la muerte, hacía memoria, y el terror oprímale

Distingúfase tan sólo un blanco reguero de luz, que partía de una de las ventanas é iba á iluminar con pálida claridad el lecho, en que la señora de Rionne respiraba con gran dificultad en la agonía de la muerte.

En aquella hora postrera, y en la naciente dulzura de la primavera, aquella habitación en que se moría una joven, presentaba como una especie de piedad lacerada y recogida. La sombra hacía se transparente; el silencio ofrecía una tristeza indecible; los ruidos de afuera se trocaban en apenados murmurios, y parecía que se oían voces semejantes á lejanos lamentos.

Blanca de Rionne, con la cabeza apoyada en almohadones, se mantenía incorporada, con los ojos del todo abiertos, mirando la obscuridad. La pálida claridad que allí reinaba iluminaba su demacrado rostro; extendía los desnudos brazos sobre las sábanas, y agitaba y retorció las manos, sin que de ello se diera cuenta. Y, muda, abiertos los labios y con todo su cuerpo estremecido por largos escalofríos, soñaba como quien espera la muerte, moviendo á un lado y á otro la cabeza con lentitud, como hacen los moribundos.

Apenas contaba treinta años. Era una débil criatura, que la enfermedad hacía más débil aún. Aquella mujer parecía estar dotada de superior inteligencia, de bondad y de ternura sin límites. La muerte

es la hora de la gran prueba, y sólo en la agonía debe juzgarse el temple del valor.

Adivinábanse no obstante en ella ciertas rebeldías. A veces temblábanle los labios y sus manos retorcián la sábana con mayor violencia. Contraía su rostro mortal angustia y de sus ojos brotaban gruesas lágrimas, que la calentura le secaba en las mejillas. Parecía como si quisiese apartar la muerte en un repentino arranque de voluntad.

Entonces se inclinaba y miraba por largo espacio á una niña de seis años, sentada en la alfombra y que jugaba con las borlas de la colcha. A veces la niña levantaba la cabeza, sobrecogida de miedo repentino, y veíasela á punto de llorar, sin saber por qué; luego, al ir á gritar, poníase á reír, viendo á su madre sonreír con dulzura, y volvía á sus juegos, hablando en voz baja á una de las puntas de la sábana, que había convertido en muñeca.

Nada más triste que aquella sonrisa de la moribunda. Quería tener á Juana á su lado hasta el último instante, y disimulaba cuanto le era dable su dolor para no asustarla. Mirábala jugar, escuchaba su charla y se abstraía en la contemplación de aquella cabecita rubia, olvidándose de que iba á morir y de que le era forzoso abandonar aquel cariño tan grande. Luego, sintiéndose ya con el frío de la muerte, hacía memoria, y el terror oprímale

la garganta, ya que su única desesperación no era otra que la de dejar abandonada á aquella pobre criatura.

La enfermedad se había mostrado implacable con ella. Una noche, al acostarse, el mal la sobrecogió y no necesitó más de dos semanas para reducirla á la agonía. No había podido volver á levantarse y se moría sin que le fuese permitido asegurar el porvenir de Juana. Decíase que la dejaba sin apoyo, no quedándole más guía que su padre; esta idea la hacía temblar, pues sabía muy bien qué triste guía sería aquél para su hija.

De repente Blanca se sintió desfallecer. Creyó que la muerte se le venía encima. Desatinada dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—Juana, ve á decir á tu padre que deseo verle.

Así que la niña hubo salido, púsose á mover suavemente á un lado y á otro la cabeza. Con los ojos del todo abiertos y apretados los labios, demostraba la enérgica voluntad de vivir, de no emprender el gran viaje, antes de haber tranquilizado su corazón.

Ya no se oían las carcajadas de los muchachos en el bulevar, y las sombrías masas de los árboles se destacaban en el pálido gris del cielo. Los ruidos de la ciudad ascendían más indecisos. El silencio aumentaba, interrumpido tan solo por la lenta respiración de la moribunda y por los ahogados so-

llozos que partían del vano de una de las ventanas.

Allí, oculto tras de un cortinaje, lloraba amargamente un joven de diez y ocho años, Daniel Raimbault, que acababa de entrar en la habitación y que no se había atrevido á llegar hasta el lecho. Hallándose la enfermera ausente, no pudo contener sus lágrimas en un rincón.

Era Daniel un ser de cuerpo mezquino, que, cuando más, representaba quince años. No era que fuese contrahecho, pero sus miembros, delgados y cortos, se ajustaban por modo hartamente raro. Sus cabellos rubios, casi amarillos, caían en rígidos mechones, que servían como de marco á un rostro largo, con grande boca y pómulos salientes. Al fijarse en él, sin embargo, veíanse con simpatía su frente espaciosa y elevada y sus ojos llenos de dulzura.

Las muchachas se reían cuando le veían pasar. Su porte era desgarbado, y todo su pobre ser vacilaba avergonzado.

La señora de Rionne había sido la hada de su existencia. Habíase ocultado para colmarle de beneficios; y, el día en que llegaba á verla por fin, en que iba á serle permitido mostrarla su agradecimiento, aquel día la encontraba moribunda.

Manténase allí, detrás de la cortina, y sus sollozos, que no era parte á contener, estallaban. Blanca, en medio de aquel silencio, oía aquellos gemi-

dos ahogados. Medio pudo incorporarse, y procurando ver, preguntó:

—¿Quién está ahí? ¿quién llora al lado mío?

Entonces Daniel fué á arrodillarse ante el lecho. Blanca le reconoció.

—¿Es usted, Daniel?—le preguntó.—Levántese usted, amigo mío, no llore usted.

Daniel se olvidó de su timidez y de su encogimiento. Tenía el corazón en los labios. Tendió á su bienhechora sus manos suplicantes.

¡Oh! señora—exclamó con desgarrado acento,— permítame usted que me arrodille, déjeme usted llorar. Había bajado tan solo para verla á usted; pero la desesperación se ha apoderado de mí y no he podido contener mis lágrimas. Estoy aquí bien, no hay nadie y necesito decirla cuán buena es usted y cuánto es lo que la amo. Hace más de diez años que lo he comprendido todo, más de diez años que me mantengo callado, que me ahogo de agradecimiento y de cariño. Permítame usted que llore. Usted me comprende, ¿verdad? Con frecuencia había soñado en la hora feliz en que podría postrarme de este modo ante usted; éste era el sueño que me sosegaba en mis amarguras de niño. Recreábame al imaginar los más pequeños detalles de nuestra entrevista; decíame que la vería á usted hermosa y sonriente, que tal sería la mirada de usted, que tal sería su ademán. Y he aquí que la encuentro á us-

ted ahí... No sabía yo que pudiese ser huérfano dos veces.

La voz se le sofocaba en la garganta. Blanca le miraba y recobrando algo de vida ante tanta adoración y desesperación tan grande. En aquella hora suprema, veíase recompensada por su buena obra, sentía su agonía dulcificada por aquel gran cariño que dejaba tras de sí.

Daniel repuso:

—Se lo debo á usted todo, y hoy sólo cuento con mis lágrimas para probar á usted mi abnegación. Yo me consideraba como su obra de usted, y aspiraba á que esta obra resultase buena y hermosa. Mi vida entera debía demostrar á usted mi agradecimiento, deseaba hacerla á usted orgullosa de mí. Y, ahora, tan sólo me quedan unos minutos para manifestarle mi agradecimiento. Va usted á creer que yo soy un ingrato, pues conozco que mis labios son inhábiles, que dicen mal lo que siento en el corazón. He vivido sólo, no sé hablar... ¿Qué puedo esperar, si el Señor no tiene compasión de usted y de mí?

La señora de Rionne escuchaba aquellas palabras entrecortadas, y una gran dulzura se desprendía de todo su ser. Tomó la mano de Daniel.

—Amigo mío—le dijo,—ya sé que no es usted ningún ingrato. Velaba por usted, y háseme dicho cuánta es su gratitud. No tiene usted para qué buscar

palabras con que darme gracias; las lágrimas de usted alivian mis sufrimientos.

Daniel contenía los sollozos. Transcurrió un breve silencio.

—Cuando le llamé á usted á París—continuó la moribunda,—mi salud era todavía buena, y abrigaba la idea de que continuase usted sus estudios. Después la enfermedad se apoderó de mí, y ha llegado usted demasiado tarde para que haya podido asegurar su porvenir. Al dejar este mundo, me llevo la honda pena de no haber podido dar cima á mi obra.

—Usted ha hecho una obra de santa—interrumpió Daniel.—Usted nada me debe, y yo la debo mi vida entera. Su buena obra es ya de por sí sobrado grande. Míreme usted, vea usted en mí al pobre sér á quien ha adoptado usted y protegido. Cuando me veía tan raquítico y tan desmañado, cuando se reían de mí, yo lloraba de bochorno por usted. Perdóneme un mal pensamiento: á menudo tuve miedo de que mi rostro la desagradase; temblaba encontrar á usted, temía que mi fealdad no me quitase un tanto de su bondad. ¡Y cuando veo que usted me acoge como si fuese hijo suyo! Usted, tan hermosa, ha tendido la mano á un miserable muchacho, á quien nadie ha querido amar aún. Cuanto más ridiculizado y rechazado me veía, cuanto más feo y débil me sentía, más la adoraba á usted, pues com-

prendía cuánta habría de ser su bondad para descender hasta mí. Al venir aquí anhelaba con ardor el ser hermoso.

Blanca se sonreía. Tanta adoración juvenil, tanta cariñosa humildad, hacíanle olvidar la muerte.

—Es usted un niño—le dijo.

Después se calló, pensativa.

Trataba de ver, en la obscuridad, el rostro de Daniel. Una sangre más ardorosa corría por sus venas, y pensó en los días de su juventud:

Y repuso:

—Usted es apasionado, y la vida será ruda para usted. En esta hora suprema, tan sólo me es dado decir á usted que conserve mi recuerdo como una salvaguardia. Si no ha estado en mi mano asegurar la existencia de usted, he podido por fortuna ponerle en situación de que pueda ganarse la vida, de caminar recto y firme, y esta idea me consuela un tanto del forzado abandono en que le dejo. Piense usted en mí de vez en cuando, ámeme usted, y satisfágame en la muerte como me ha querido y satisfecho en vida.

Y decía esto con acento tan dulce y de tan dentro del corazón, que Daniel volvió de nuevo á derramar lágrimas.

—No—exclamó,—no me deje usted de este modo, indíqueme usted un deber que cumplir. Desde mañana mi existencia se sentirá vacía, si desaparece

usted por modo tan repentino. Por espacio de más de diez años, no he abrigado más pensamiento que complacer á usted y obedecerle en sus menores deseos; lo que soy, he querido serlo tan sólo por usted; usted ha sido mi norma en todas las cosas. Si ya no es para usted para quien haya de trabajar, conozco que cometeré una vileza. ¿A qué vivir y para qué había de luchar? Haga usted que yo me sacrifique, haga usted de manera que pueda todavía atestiguarle mi gratitud.

En tanto que Daniel hablaba, una súbita idea había como iluminado el pálido rostro de la señora de Rionne. Incorporóse en la cama, con fuerzas aún, pero luchando con su dolor.

—Tiene usted razón—dijo con rapidez,—tengo una misión que confiarle. Dios es quien le ha puesto á usted ahí, de rodillas, ante mi lecho de muerte. El cielo ha hecho que le tienda á usted la mano para que pueda usted un día tenderme la suya. Levántese usted, amigo mío, pues ahora soy yo quien le suplica, yo soy quien pide á usted que me escuche y que me proteja.

Y cuando Daniel se hubo sentado:

—Escúcheme usted—me queda poco tiempo. Es preciso que se lo diga á usted todo. Imploraba la venida de un ángel, y quiero creer que es usted el ángel que Dios me envía. Tengo fe en usted: le he visto llorar.

Y, bruscamente, abrió su corazón. Olvidóse de que hablaba á un niño. Aquella pobre alma, llena de ansiedad, se desahogaba y se consolaba, diciendo á la hora de la muerte lo que había ocultado toda su vida.

Las adoraciones ardientes y humildes del joven habían enternecido su estóico valor de esposa. Sentíase feliz al confesarse al fin, al poder, antes de dejar este mundo, confiar á alguien todas las amarguras amontonadas en su corazón. No se quejaba: aligeraba tan sólo su corazón de los sufrimientos de este mundo.

—Mi vida se ha visto llena de soledad y de lágrimas—decía.—Fuerza es que confiese á usted estas cosas, amigo mío, para que pueda comprender mis penalidades. Usted de mí tan sólo conoce la criatura dichosa; usted me ha colocado en pleno cielo, en plena felicidad. ¡Ah! yo no soy más que una desventurada mujer que se ha resistido contra el dolor por espacio de largos años. Con lágrimas en mis ojos, hago memoria de las alegrías de mi juventud. ¡Cuán bella era la infancia, allá en Provenza! Por otra parte, yo he sido orgullosa, he querido luchar contra la vida y no he salido de la lucha sino con el corazón ensangrentado.

Daniel escuchaba, comprendiendo apenas, y creyendo que el delirio de la agonía se apoderaba de la moribunda.

—Me casé con un hombre—prosiguió—á quien no pude amar en mucho tiempo y que no tardó en volverme á mi soledad de niña. Desde entonces tuve que ahogar mi corazón. El señor de Rionne reanudó sus costumbres de hombre soltero. Veíalo de vez en cuando en las comidas y sabía que me insultaba en su diaria vida de desenfreno. Por mi parte, yo me encerré con mi hija en este rincón del hotel; díjeme á mí misma que éste era mi convento é hice el firme propósito de vivir en él. A veces todo mi sér se rebelaba, y tan sólo á costa de muchos padecimientos ocultos, fué como pude aparecer ante el mundo serena y victoriosa.

—¡Cómo!—pensaba Daniel,—¿es ésta la vida? Mi buena santa ha tenido que sufrir. La que yo me complacía en considerar como una potencia superior, toda bienaventurada, toda divina, lloraba de dolor, mientras yo la adoraba arrodillado á sus plantas. ¿No hay en la tierra más que infortunio? El cielo no perdona siquiera las almas dignas de él. ¡Qué mundo tan espantoso es el nuestro! Cuando pensaba en ella, me la imaginaba en la alegría y en la paz del espíritu, al abrigo del mal por su bondad misma; aparecíase me luminosa y serena, como una de esas santas mujeres que llevan refulgentes aureolas en la cabeza y placenteras sonrisas en los labios. Y, no obstante, llora, su corazón ha manado sangre

como el mío; ¡es mi hermana en sufrimiento y en abandono!

Sentía su alma lacerada. Callábase, lleno de espanto, ante las tristezas que entreveía. Era aquel el primer paso que daba en la ciencia de la vida, y todo su inocente sér se sublevaba frente á la injusticia de la desventura. No se habría estremecido tanto, á haberse tratado de persona menos querida; mas la cruel realidad se revelaba hiriéndole en su única afección. Acometíale como un escalofrío de miedo, pues harto conocía que, desde aquel instante, sería preciso vivir y luchar. La necesidad de patentizar su abnegación, le impulsaba, no obstante, á escuchar con todo interés aquella confesión postrera. Eran órdenes supremas las que recibía, y esperaba que su deber le fuese dictado.

La señora de Rionne, en vista de su silencio, comprendió lo que pasaba en la mente del joven. Sintióle temblar como niño miedoso, y experimentó como un remordimiento al turbar aquel corazón tranquilo. Por una especie de coquetería divina, preferido habría que su imaginación hubiese permanecido en él, grande y enérgica, más que humana.

—Tristes cosas las que le estoy diciendo—prosiguió con dulzura,—y hasta ignoro si usted me comprende bien. Los labios se me abren á pesar mío, y hay que perdonarme. Confiésome con usted como con un sacerdote; un sacerdote que carece de edad

y no es más que un alma que escucha. Hoy no es usted más que un niño, y mis palabras le amedrentan; cuando sea usted hombre las recordará; repetirán á usted lo que una mujer puede sufrir y le dirán lo que espero de su abnegación.

Daniel la interrumpió:

—¿Podría usted tenerme por cobarde? Yo no soy más que un ignorante. La vida me causa espanto porque no la conozco y se me presenta por completo negra. Mas entraré en ella con resolución, desde el momento en que se tratará de usted. Hable usted, ¿cuál ha de ser mi misión?

Blanca se acercó, y, con voz aún más queda, como si hubiese temido ser oída:

—Usted ha visto á mi niña, mi pobre Juana, que jugaba ahí hace un instante. Acaba de cumplir seis años y me voy sin conocerla, sin saber si lleva en sí la felicidad ó la desdicha. Esta incertidumbre dobla mis sufrimientos y me hace la vida más espantosa. Y no puedo apartar de la memoria que dejo á esta niña sola. Pienso que tal vez se verá como yo, llagada por la vida, y que podrá carecer del valor que á mí me ha fortalecido.

La moribunda parecía apartar con un ademán una visión importuna.

—Hacíame la ilusión—continuó—de que viviría siempre á su lado, preparándola una existencia feliz, educando su corazón. En cuanto he sentido acer-

carse la muerte, he buscado alguien que pudiera desempeñar ese papel en lugar mío, ese papel de madre abnegada, y no he podido dar con nadie. Mis padres murieron, he vivido como encerrada en un claustro y no he podido hacerme con ninguna amiga. El señor de Rionne tan sólo tiene una hermana, lanzada en la disipación y en el lujo, y en cuyo poder Juana no recibiría sino malos ejemplos. En cuanto á mi marido, dígoles que me aterra. He dicho á usted bastante para que comprenda el horror que de mí se apodera, cuando pienso que mi hija va á caer en sus manos. Contra él es contra quien deseo defender á la niña.

Nuevamente se detuvo antes de terminar.

—Usted ahora, amigo mío, comprende cuál ha de ser su misión. La tarea que le impongo á usted es la de que vele por mi hija. Deseo que permanezca usted á su lado como si fuese su ángel de la guarda.

Daniel se arrodilló. La emoción le hacía temblar. No pudo hablar, y por toda contestación, por toda acción de gracias, besó la mano de la señora de Rionne.

—Es una misión difícil la que le impongo—continuó diciendo.—La muerte me da prisa, yo me apresuro, sin saber cómo podrá usted cumplir su empeño. No quiero pensar en la dificultad, en la rareza del papel que habrá usted de desempeñar.

El cielo ha sido bondadoso conmigo al traerle á usted aquí y al permitirme que pueda aliviar mi corazón; continuará siendo bueno, le dirá á usted lo que es preciso hacer y le facilitará los medios para cumplir lo que me promete. Recuerde usted tan sólo mi último anhelo y siga en derechura su camino. Tengo fe en su abnegación.

Daniel pudo por último hablar.

—¡Oh! gracias, gracias—exclamó,—desde ahora voy á vivir. ¡Cuán bondadosa es usted al haber pensado en mí, en haber puesto su confianza en mi humilde persona! Hasta el postrer instante, me habrá usted estado colmando de bondades.

Blanca le interrumpió con un ademán.

Déjeme usted concluir. Mi arrogancia no me ha permitido disputar mi fortuna á los caprichos de mi esposo; le he ido entregando, desdeñosamente, cuanto me ha pedido. Hoy ignoro la situación en que nos encontramos. Mi hija, á no dudarlo, será pobre, y esta idea casi es dulce para mí. Lo que siento tan sólo es no poder dejar á usted algún dinero.

—No sienta usted nada,—exclamó Daniel.—Me pondré á trabajar y el cielo proveerá á todo.

La moribunda se debilitaba cada vez más. Dejó caer la cabeza sobre la almohada, y con voz más y más dificultosa:

—De este modo—dijo—todo resulta bien. He

desahogado mi corazón; siéntome tranquila y ahora ya puedo morir. Usted velará por Juana, será usted un amigo para ella. Tendrá usted que protegerla contra las asechanzas del mundo. Sígala usted paso á paso, lo más cerca posible; aparte usted de su lado los peligros y despierte todas las virtudes de su corazón. Pero sobre todo cásele usted con un hombre digno de ella, y ya entonces la misión de usted quedará cumplida. Cuando una mujer se une á un hombre malo, yo sé cuán abrumadora resulta la soledad y cuánta energía se necesita para no caer. Suceda lo que suceda, no la abandone usted. Piense usted á cada momento que su buena santa, en su lecho de muerte, le ha suplicado que sea fiel á su misión. ¿Me lo jura usted?

—Se lo juro,—balbuceó Daniel, ahogado por las lágrimas.

Blanca cerró los ojos como niño fatigado que se duerme. Luego volvió á abrirlos con lentitud.

—Todo esto es terrible, amigo mío,—murmuró. Ignoro qué es lo que los acontecimientos reservan á usted, preveo grandes obstáculos. El cielo, en fin, proveerá á todo, como ha dicho usted... Béseme usted.

Daniel, desatinado, se inclinó y puso sus temblorosos labios sobre la pálida frente de la señora de Rionne. La pobre mujer, con los ojos cerrados, sonreía vagamente al sentir la presión de aquel su-

premo beso de abnegación y de amor.

La noche había cerrado por completo y se distinguían las estrellas en el claro cielo. Dejóse oír un ruido de pasos y entró una doncella con una lámpara en la mano.

—Aquí está su esposo de usted, señora,—dijo.

Y, á tiempo que Daniel volvía á ocupar su puesto en el hueco de la ventana, el Sr. de Rionne penetró, asustado, en la habitación.

II

Blanca había nacido en el Mediodía, cerca de Marsella. A los veintitrés años contrajo matrimonio con el señor de Rionne. Hallábase dotada de alma noble, que poseía el convencimiento anticipado de las miserias de este mundo y que se había trazado una regla de conducta recta y arrogante. Cifraba su fuerza en su dignidad y en su voluntad. Habíase casado para satisfacer los deseos de su padre, sin tratar de conocer al señor de Rionne, prometiéndose, con una especie de cándido orgullo, saber sufrir, si necesario fuere, y permanecer digna.

Sufrió y permaneció digna. Su marido era hombre amabilísimo, de educación y de elegancia perfectas, miserable criatura, que habría podido ser buena y que prefería quedar siendo mala. Tenía arraigada una deplorable debilidad, una cobardía profunda para con el vicio. Y con todo esto, se hallaba dotado de los mejores sentimientos del mundo,

premo beso de abnegación y de amor.

La noche había cerrado por completo y se distinguían las estrellas en el claro cielo. Dejóse oír un ruido de pasos y entró una doncella con una lámpara en la mano.

—Aquí está su esposo de usted, señora,—dijo.

Y, á tiempo que Daniel volvía á ocupar su puesto en el hueco de la ventana, el Sr. de Rionne penetró, asustado, en la habitación.

II

Blanca había nacido en el Mediodía, cerca de Marsella. A los veintitrés años contrajo matrimonio con el señor de Rionne. Hallábase dotada de alma noble, que poseía el convencimiento anticipado de las miserias de este mundo y que se había trazado una regla de conducta recta y arrogante. Cifraba su fuerza en su dignidad y en su voluntad. Habíase casado para satisfacer los deseos de su padre, sin tratar de conocer al señor de Rionne, prometiéndose, con una especie de cándido orgullo, saber sufrir, si necesario fuere, y permanecer digna.

Sufrió y permaneció digna. Su marido era hombre amabilísimo, de educación y de elegancia perfectas, miserable criatura, que habría podido ser buena y que prefería quedar siendo mala. Tenía arraigada una deplorable debilidad, una cobardía profunda para con el vicio. Y con todo esto, se hallaba dotado de los mejores sentimientos del mundo,

y tenía abierto el corazón á todas las lástimas. Hacía el mal á sabiendas, sin bochorno alguno, y sabía así mismo hacer el bien cuando mejor le venía en talante. Pero esto no le divertía.

En los comienzos de su matrimonio jugaba con su mujer, como habría podido jugar con una querida. Ella era encantadora, con un perfume de gracia y de honradez que el señor de Rionne respiraba por la vez primera. Pero su mujer no tardó en aburrirle. Encontró en aquella débil criatura una voluntad tan firme, tan serena nobleza, que casi acabó por tenerla miedo. En el fondo de su sér, su cobardía dió en cobrar odio al invencible valor de su joven esposa. Para evitar el sentirse débil ante Blanca, poco á poco se fué alejando de ella; alzábanse en su conciencia molestas comparaciones, siempre que se hallaba frente á frente de aquel hermoso carácter, y nada temía tanto, para su alegría, como la desagradable voz de los remordimientos. Volvió á sus antiguas costumbres, jugó, se entregó á los amores fáciles, y se olvidó, tanto como le era posible, de que tenía una familia.

Blanca, en verdad, había amado á aquel hombre, aunque sólo hubiese sido por unos días, mas desprecióle antes de mucho, y la herida se vió como cauterizada por un hierro al rojo. Quedábale tan sólo una inmensa pena; había contado con su valor, y éste tan sólo le proporcionaba una existencia vacía.

Permanecía altiva y firme, digna siempre, muy por encima de las mancillas que la rodeaban; pero su corazón manaba sangre en aquella serena soledad. Si hubiese podido principiar de nuevo su vida, no habría fijado la felicidad en la dignidad solamente; habría intentado fijarla también en el amor.

Tres años después de su enlace, su padre y su madre fallecieron y quedó como huérfana; habíase extinguido su familia y carecía de pariente alguno que pudiese prestarle apoyo. Entonces disfrutó amargamente de su soledad y se constituyó una especie de placer, encerrándose con su hija, que á la sazón contaba apenas un año. Aquella niña le produjo, en otra forma, todas las tiernas alegrías del amor. Un solo cariño es suficiente para llenar toda una existencia, y aquella amada pequeñuela fué para ella aquel cariño necesario y consolador.

Durante cinco años vivió por tal modo en constante compañía de Juana. No podía soportar á nadie á su lado, quiso ser su doncella, su amiga, su guía en todo y por todo; la paseaba, jugaba con ella y la daba las primeras lecciones para el corazón y para la inteligencia. Su vida sólo tuvo ya un objeto y ya no existió sino por y para su hija.

¡Qué de ensueños no se forjó durante las largas horas de aquella soledad voluntaria! En tanto que Juana jugaba á sus pies, su madre la estudiaba en los primeros balbuceos de sus juegos. Quería que en

su alma reinase la rectitud; habíase propuesto facilitarle la felicidad, hallarse incesantemente á su lado, como consejo á la vez que como ejemplo.

Después, llevada en alas de su imaginación, veía la casada y feliz. El ensueño de amor que ya no forjaba para sí misma, alimentábalo por su hija. Nunca había pensado que la muerte pudiese venir á separarlas; y la muerte iba á apoderarse de ella; y Juana iba á quedarse sola. Sus sueños la habían engañado; no podía transmitirle su experiencia, no guiaría ni desarrollaría su inteligencia y su corazón. Mañana, pasaría Juana á manos de su padre, á manos de algún desconocido indiferente que se inquietaría apenas del precioso legado de la muerta. Entonces fué cuando pudo tranquilizarse dictando á Daniel el testamento de su ternura.

Mientras que la señora de Rionne se moría, su marido se hallaba en casa de la señorita Julia, graciosa criatura, nada fastidiosa de suyo, pero cara como un demonio.

No ignoraba que su mujer estuviese enferma; sólo que para no tener motivo sobrado de entristecerse, trataba de ligera indisposición el terrible mal que había de acabar con ella; y había logrado persuadirse de que podía llevar su acostumbrada vida, sin inquietarse lo más mínimo.

Tal era aquel hombre perfecto, que jamás echaba nudos á la bolsa. Habría arrojado cien francos

á un pobre, mas no habría sacrificado el menor de sus placeres. Huía de las emociones, y, para no herir la bondad que en su interior existía, componíaselas de manera que pudiese decir, fuere como fuere, que todo andaba á las mil maravillas.

Había visto por la mañana al médico y se arrepintió de haberle preguntado. El doctor no había disimulado que la muerte podía presentarse de un instante á otro. Al oír aquella brutal declaración, sintió que un frío glacial le helaba la sangre. La muerte le espantaba; no podía hablar de ella sin que se le pusiesen los pelos de punta. Y luego, la idea de que su mujer iba á dejar este mundo, hizo ver por modo brusco todas las incomodidades que resultarían de aquel duelo. Verdad era que recobraría su libertad; pero, ¡qué de molestias! el entierro, la privación de todo placer, y lo demás. Su corazón tenía miedo á la compasión, y su cuerpo temblaba ante las privaciones. Así era que en voz alta se había chancado con el médico, no queriendo dar crédito á lo que decía. Su mujer no podía morirse así como así, cuando no había quince días que se mantenía en buena salud. Y decía estas cosas con rápida y entrecortada voz, inquieto, y procurando restablecer el feliz equilibrio que quería hacérsele perder.

Por último, allá á la noche, se dirigió de prisa y corriendo á casa de Julia. Mas no se hallaba com-

pletamente tranquilo; hacía memoria á cada instante y volvía la cara, como si alguien se encontrase allí para comunicarle la fatal noticia. Si durante muchos días no le era posible ir á ver á su cara entretenida, pensaba que, aligerándose un poco, tendría sobrado tiempo para ir á besarla todavía una vez. Después, al cabo de media hora, ya había encontrado su tranquilidad egoísta. El saloncito azul de su querida era un ignorado rincón en donde vivía á sus anchas, entre seductores perfumes. Iba allí como va el perro á su perrera, porque allí encontraba calor.

Pero Julia aquel día se sentía nerviosa y de fantástico humor. Háblale recibido con cajas destempladas. No le inquietaba aquello gran cosa, pues lo que él amaba de ella eran los vaporosos perfumes de su cuerpo, sus vestidos apenas sujetos, su libertad de lenguaje y de movimientos, su habitación en el mayor desorden y silencioso como una alcoba. Estuvo bromeando con ella, púsose á sus anchas y lo olvidó todo; mas como ella continuase poniéndole hociquito, la habló de llevarla, á palco cerrado, á una primera representación que debía darse aquella noche. Iba á triunfar de su mal humor, cuando entró una doncella para decirle que con toda premura se le esperaba en su casa.

El señor de Rionne se quedó helado. Un remordimiento repentino le penetró en el corazón. No

se atrevió á besar á su querida, y apretó á correr después de haberle estrechado la mano. Pero, ya en la escalera, cayó en la cuenta de que, al fin y al cabo, bien podía haber besado á la joven. La verdad era que temía haberla ofendido y que no podría volver más tarde, cuando hubiese podido dar fin á aquellas deplorables historias.

Abajo encontró á Luis, su ayuda de cámara, un buen mozo blanco y frío, que le debía su fortuna. Luis tenía el mérito de no conmovirse jamás, de no hablar nunca, y de no oír en toda su vida: era una excelente máquina, á la que se daba cuerda y funcionaba. Pero, mirándole bien, notábase en él cierta sonrisa en las comisuras de los labios, que indicaba que la máquina poseía algún secreto engranaje que se movía por su propia cuenta.

Luis dijo sencillamente á su amo que había visto á la señorita Juana corriendo por el hotel y llamando á su padre. El había pensado que la señora se moría, por lo que había creído prudente venir á molestarle.

El señor de Rionne se sintió trastornado, y aparecieron algunas lágrimas en sus ojos, de miedo y de congoja. Era aquel un sufrimiento personal, egoísta, que le atormentaba. A haberse interrogado á sí propio, habría visto que su mujer no figuraba en el fondo de su desesperación. Pero de buena fe se engañaba á sí mismo, y tuvo el consuelo de creer

que lloraba en realidad la próxima muerte de Blanca.

En tal estado llegó al hotel, sufriendo y rebelándose. Cuando entró en la habitación en que agonizaba la enferma, le sobrecogió un desmayo. Su mente no se acordaba ya del saloncito azul de Julia, pero su cuerpo conservaba el recuerdo y se estremecía, cuando acababa de dejar la alcoba perfumada, para entrar en aquella gran habitación solemne por donde pasaba el frío hálito de la muerte.

Acercóse al lecho, y, cuando vió el pálido rostro de la moribunda, estalló en sollozos. Julia, más allá, en el amplio sillón, ofrecía una carita, medio incomodada, medio sonriente, que se enfurruñaba entre los bucles de sus cabellos rubios cenicientos.

Blanca, en aquella suave claridad, descansaba la cabeza sobre la almohada; tenía cerrados los ojos, y sus facciones, estiradas ya por el rudo dedo de la muerte, parecían más prolongadas y más severas: asemejábase á un rostro de mármol, rígido ya, con la frente ensanchada y apretados los labios.

El señor de Rionne permaneció un instante mudo ante aquella faz inmóvil, que tenía para él una elocuencia terrible.

Después quiso ver desplegarse aquellos labios, creyendo que una señal de vida calmaría su angustia. Inclínose, y, con voz trémula:

—Blanca—le dijo,—¿me oyes? Háblame, te lo suplico.

Un ligero estremecimiento se notó en el semblante de la moribunda, y levantó los párpados. Sus ojos indecisos, de limpidez profunda, buscaban como deslumbrados y se fijaron por último en el señor de Rionne. Este no había visto en su vida morir á nadie; y, como no sentía el verdadero dolor, el dolor ciego, que abraza con arrebató el cadáver de la persona amada, limitábase á analizar el horror de la agonía. Pensaba en él y decíase que llegaría la hora en que él también había de morir y que todo pasaría por modo igual.

Blanca dirigió á él su vista y le conoció; entonces lanzó un suspiro y trató de sonreír. La idea del perdón se apoderó de ella en aquella hora postrera. Libróse, no obstante, alguna lucha en su interior. Volvieron á su mente sus amarguras de esposa, y fuéle preciso, para mostrarse apacible, penetrarse de que había muerto ya y que las miserias del mundo ya no pesaban sobre sus hombros.

Por otra parte, no se acordaba de haber mandado llamar á su marido. Por un instante, no encontrando á nadie á quien confiarse, abrigó la idea de exigir de él juramentos. Ahora que su corazón se hallaba vacío y que había podido poner el guardián al lado de su hija, no sentía ya la necesidad de ser tranquilizada.

Su marido se hallaba allí y casi se admiraba de ello. Mirábale sin rencor, como á persona á quien

se conoce y á quien se sonríe antes de partir. Luego, á medida que la vida le iba volviendo, iba haciendo memoria y hasta casi la inspiraba lástima aquel hombre, cuya cobardía le hacía indigno. Ella sentíase llena de misericordia.

—Amigo mío—le dijo; y sus palabras no eran más que un hálito,—has hecho bien en venir; así moriré más tranquila.

El señor de Rionne, conmovido por aquella suave queja, sollozó nuevamente.

—No te desesperes. Ya no padezco, estoy segada, me siento feliz. No abrigo más que un deseo, el de borrar todo disentimiento que haya podido existir entre nosotros. Necesito no llevarme malos pensamientos, y no quiero que puedas vivir con el menor remordimiento. Si te he ofendido, perdóname como yo te perdono.

Aquellas palabras obraron poderosamente sobre los nervios del señor de Rionne, y su corazón estalló. Ya no hablaba contra la molestia de las lágrimas.

—Nada tengo que perdonarte—balbuceó.—Tú eres buena, y siento que nuestros diferentes caracteres nos hayan separado el uno del otro. Ya lo estás viendo, lloro, estoy desesperado.

Blanca le oía hablar haciendo un esfuerzo. Le daba lástima. Aquel hombre no encontraba una palabra para acusarse, no juntaba las manos para pedir perdón. Se hallaba sencillamente ebrio de pavora.

Bien comprendía Blanca que, si por un milagro, el Señor la hubiese dejado aún en este mundo, él habría vuelto á su vida de siempre, abandonándola de nuevo. Estaba muriéndose y aquéllo no era lección alguna para él; era tan sólo un accidente lamentable, al que estaba obligado á asistir y que le martirizaba.

Blanca volvió á sonreírse y se puso á mirarle de frente, dominándole.

—Despídete de mí—repuso.—No te guardo rencor, te lo juro. Más adelante quizás, esta seguridad te sirva de consuelo. Así lo deseo.

Y como ella se callase:

—¿Cuáles son tus últimos deseos?—le preguntó el señor de Rionne.

—No he tenido deseo alguno—le contestó.—Nada tengo que pedirte, nada que aconsejarte. Obra con arreglo á lo que te dicte el corazón.

No quería hablarle de su hija; habría creído obrar mal arrancándole juramentos que no llegaría á cumplir.

Después, con acento de mayor dulzura:

—Adiós—repitió.—No llores.

Y le rechazaba lentamente con el ademán, cerrando los ojos y no queriendo verle más. Retiróse él al pie de la cama, sin poder apartar las miradas del terrible espectáculo.

Habíase ido en busca del médico. Este acababa

de llegar, no obstante de que sabía que su presencia sería inútil. Un anciano sacerdote, que había administrado los Sacramentos á la moribunda por la mañana, se encontraba también allí. Habíase arrodillado y recitaba á media voz las oraciones de los agonizantes.

Blanca se debilitaba cada vez más. Había llegado el fin. De repente se incorporó y mandó que le llevaran á su hija. Como el señor de Rionne no se movía, Daniel, que se había quedado allí, mudo y conteniendo las lágrimas, corrió en busca de Juana, que se disponía á jugar en la habitación contigua.

La pobre madre, dilatados los ojos, como loca, contempló á su hija y quiso tenderle los brazos. Mas no los pudo levantar, y Daniel se vió precisado á sostener á Juana, con los pies apoyados en la madera de la cama.

La niña no lloró; miraba el desencajado rostro de su madre con una especie de ingénuo admiración.

Luego, como aquel rostro se sosegaba, colmándose de celestial alegría y resplandeciendo poco á poco de dulzura, la niña también se puso á sonreír y á adelantar sus manecitas.

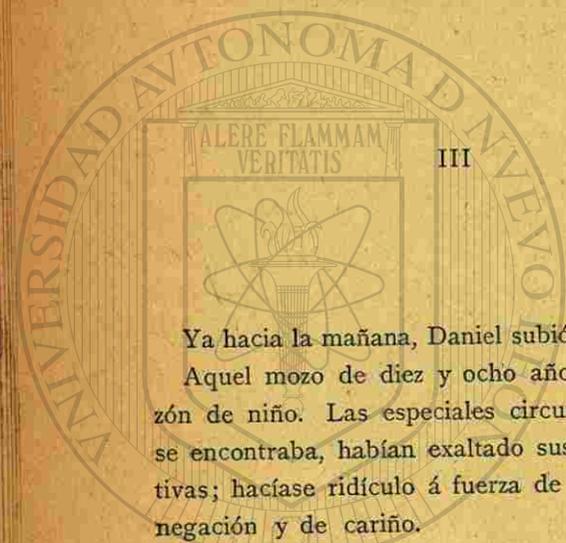
Y Blanca acabó de aquel modo, entre su propia sonrisa y la sonrisa de su hija.

Su última mirada la había fijado en Daniel, mirada suplicante al par que imperiosa. Hallábase sosteniendo á Juana y su misión daba principio.

El señor de Rionne se arrodilló ante el cuerpo de su mujer, recordando que se arrodilla uno por costumbre. El médico acababa de retirarse y una de las enfermeras se apresuró á encender dos cirios. El sacerdote, que se había levantado para acercar un crucifijo á los labios de Blanca, reanudó sus preces.

Daniel había conservado á Juana en sus brazos, y como la atmósfera de la habitación se hacía sofocante, se puso á la ventana de la pieza inmediata. Lloraba allí en silencio, mientras que la niña se solazaba siguiendo con la vista las rápidas luces de los carruajes que pasaban por el bulevar.

El aire estaba tranquilo. A los lejos oíanse los clarines de la Escuela militar tocando la retreta.



Ya hacia la mañana, Daniel subió á su habitación. Aquel mozo de diez y ocho años tenía un corazón de niño. Las especiales circunstancias en que se encontraba, habían exaltado sus facultades afectivas; hacíaase ridículo á fuerza de juventud, de abnegación y de cariño.

Ya se habrá comprendido que era el huérfano de que hablaba el «Sémaphore». Blanca de Rionne, la joven protectora desconocida, le mandó educar, y cuando hubo crecido lo suficiente, lo puso en el Liceo de Marsella. Por lo demás, no se presentó á él sino en contadas ocasiones, no quiso que la conociese sino apenas, para que no tuviese, por decirlo así, que dar gracias sino á la Providencia. Cuando se casó, no habló siquiera al señor de Rionne de su hijo adoptivo. Era aquélla una de las secretas buenas obras que ocultaba.

En el Liceo, los encogidos ademanes de Daniel, su timidez de huérfano, le atrajeron las cuchufletas de sus camaradas. Heríale en lo más vivo su papel de paria. Sus movimientos resultaron aún más desgarrados. Permaneció, pues, apartado y solitario, y así fué que su alma conservó sus inocencias. Pudo sustraerse á esas primeras lecciones del vicio que los hombrecillos de quince años se comunican entre sí; ignorábalo todo, no sabía una palabra de lo que era la vida.

En aquella soledad que su torpeza le creaba, había concebido un ardiente amor por el trabajo. Su inteligencia viva y apasionada, que habría de haber hecho de él un poeta, le impulsó, por aparente contradicción, al estudio de las ciencias; y era porque se ocultaba en su sér un inmenso deseo de verdad.

Saboreaba inmensas alegrías al vivir en el mundo exacto de los números, en buscar lo verdadero, paso á paso y con seguridad, en descansar en una solución definitiva y completa. Aquélla era poesía á su manera.

Concentróse en sí mismo. Su carácter y las circunstancias le condujeron á una vida contemplativa. Hallábase á su sabor en medio de la ciencia, pues allí no encontraba á los hombres, ni á sus condiscípulos, que se burlaban de sus cabellos amarillos. Toda humana sociedad le asustaba, prefería vivir en esfera más elevada, en la especulación pura, en la

verdad absoluta. Allí poetizaba á su sabor, no se veía ya embarazado con su desmañada persona. Esos sabios, esos niños viejos, de tímidos ademanes, con quienes se tropieza en las calles, son en ocasiones grandes poetas.

Ridiculado por sus compañeros, viviendo en incesante tensión de espíritu, Daniel relegó sus cariños á lo más profundo de su sér. A nadie tenía que amar en este mundo sino á aquella madre desconocida, que por él velaba, y la amaba con todo el ardor de las pasiones únicas. Al lado del matemático poeta, había en él un amante apasionado, un corazón tanto más dispuesto á darse, cuanto que á él se le repelía.

Daniel, pues, había crecido en la adoración de la buena hada que le hacía tan dulce la existencia. El misterio en que se mantenía, hacía ella todavía más santa. Conocía su rostro por haberlo entrevisto dos ó tres veces y hablaba de él como de cosa maravillosa y sagrada.

Un día, cuando acababa de dejar el Liceo, díjosele que la señora de Rionne lo mandaba llamar á París, para tenerlo á su lado. A punto estuvo de perder la cabeza; iba á poderla contemplar, á darle gracias, á amarla sin sujeción alguna. El extravagante ensueño de su juventud se realizaba: la buena hada, la santa, la Providencia le admitía en

el cielo en que ella vivía. Empezó el camino á toda prisa.

Llegó y encontró á la señora de Rionne postrada en su lecho, moribunda. Durante ocho días, bajaba todas las noches de la habitación que ocupaba en el hotel, é iba á mirarla de lejos y á llorar. Así esperó el terrible desenlace, transido de dolor, sin comprender cómo suceder podía que las santas fuesen mortales.

Después, pudo por fin arrodillarse y jurar á la moribunda que su voluntad sería cumplida.

Pasó la noche junto al cadáver, en compañía del sacerdote y de una enfermera. El señor de Rionne había permanecido arrodillado durante una hora; después se retiró con toda discreción.

Mientras el sacerdote oraba y la enfermera dormitaba en un sillón, Daniel se había quedado pensativo, enjutos los ojos y sin poder ya llorar. Hallábase abrumado y sentía como un gran peso en la cabeza; era el suyo un estado dulce, sin amargura, comparable á ese ligero amodorramiento que precede al sueño. No veía con claridad los objetos, el pensamiento huía de él á cada instante. Durante cerca de diez horas, una idea sola le llenaba por tal modo el cerebro; decíase que Blanca había muerto, y que, en adelante la niña Juana sería la santa á quien amaría y á quien se consagraría por completo.

30868

Mas, sin que de ello se diese cuenta, durante aquella fúnebre y larga noche, su valor se agigantaba y convertíase en hombre. La terrible escena á que acababa de asistir, la desesperación que con tanta intensidad le había agitado, toda aquella fuerte educación del sufrimiento, mataban en él al niño medroso. En su postración, sentía por modo vago aquel trabajo del dolor, abandonábase á la fuerza que le transformaba, madurándole en breves horas el corazón y la inteligencia.

Por la mañana, cuando volvió á su habitación, parecía un hombre ebrio que no conoce su vivienda.

Aquella habitación angosta y prolongada, situada bajo la techumbre, tenía una ventana abuhardillada que daba al aire libre. Desde allí se distinguía, á más de una inmensa extensión de verdura, las cimas de los árboles de la Esplanada; y más lejos aún, á la izquierda, veíanse las alturas de Passy. La ventana había permanecido abierta y una clara luz inundaba la habitación. Casi hacía frío.

Daniel se sentó al borde de la cama. Caíase de cansancio y ni siquiera pensó en acostarse. Así permaneció largo rato, mirando absorto los muebles, preguntándose á veces qué era lo que hacía allí, y, bruscamente, acordándose de todo. A veces poníase á escuchar y se admiraba de no oír sus sollozos.

Púsose á la ventana y el aire le produjo bienestar.

No subía ruido alguno del hotel. Allá abajo, en el pequeño jardín, veíanse personas que iban y venían presurosas en medio del mayor silencio. En el bulevar los carruajes se movían en todas direcciones, como si la noche nada doloroso hubiese traído consigo. París se despertaba lentamente, y un pálido sol blanqueaba las altas hojas de los árboles.

Aquella alegría del cielo, aquella indiferencia de la vida, entristecieron profundamente á Daniel. Todavía pudo llorar. Aquella fué una crisis saludable que le despejó la cabeza. Permaneció en la ventana, al aire fresco, procurando reflexionar en lo que tenía que hacer.

Luego comprendió que no daría con nada razonable y quiso ocuparse en algo mecánico. Cambió de sitio diferentes objetos, registró un baúl y sacó algunas cosas que en seguida volvió á guardar. De este modo su cabeza le hacía menos padecer.

Cuando llegó la noche se llenó de sorpresa. Habría jurado que el alba apuntaba apenas. Había permanecido encerrado, viviendo con una idea única, y aquel largo día de sufrimiento hábale parecido corto á más no poder.

Salió, trató de comer y luego quiso ver por la vez postrera á la señora de Rionne. No pudo entrar en la cámara mortuoria. Entonces se volvió á su cuarto y se durmió con pesado sueño, que le tuvo

como anodado hasta al día siguiente, muy entrado el día.

Cuando se despertó llegó á sus oídos un apagado murmullo de voces. Era el cortejo fúnebre, que se disponía á partir. Vistióse de prisa y corriendo y bajó.

En la escalera encontró el ataúd, que cuatro hombres llevaban con dificultad; á cada choque dejaba oír un sonido sordo y plañidero.

A la salida prodújose algún desorden en el bulevar. La asistencia era numerosa y el cortejo no se organizó sino con harta lentitud.

El señor de Rionne se puso á la cabeza, acompañado de su hermano político. Su hermana, mujer joven que dirigía interesantes miradas á la multitud, subió á un coche.

Inmediatamente en pos del señor de Rionne, seguían los concurrentes del hotel y la servidumbre. Daniel se colocó en medio de ésta.

El resto de los asistentes seguía después por grupos, en hilera irregular.

Llegóse así á Santa-Clotilde, esa iglesia munda rodeada de flores y de verdura. La nave se llenó y los cánticos empezaron.

Daniel se arrodilló en un rincón, junto á una capilla. Entonces se hallaba tranquilo y pudo rezar; mas no supo acompañar en sus oraciones á los sacerdotes; los labios permanecieron mudos, y su ple-

garia fué tan sólo un arranque continuo y apasionado del corazón.

Hubo un momento en que le dió vueltas la cabeza y tuvo que salir. Los olores de la cera, aquellas colgaduras negras, con recortadas cruces blancas, aquellas lamentaciones de los chantres, pesaban sobre él y le sofocaban. Ya fuera, se paseó lentamente en las enarenadas avenidas del jardinito que rodea la iglesia. Deteníase á cada momento para mirar los macizos de verdura. Su corazón proseguía la ardiente plegaria.

Cuando el cortejo volvió á emprender la marcha, fué otra vez á situarse entre la servidumbre. El duelo llegó á los bulevares y se dirigió hacia el cementerio del Monte-Parnaso.

La mañana era suave, el naciente sol reverdecía las primeras hojas de los grandes olmos. El aire puro y fresco comunicaba una claridad especial á los horizontes. Habríase creído que las lluvias habían lavado cuidadosamente la tierra y que irradiaba á la sazón de frescura y de limpieza.

Las personas que seguían el cadáver de la señora de Rionne, en aquella alegre mañana, habíanse olvidado, en su mayor parte, de que asistían á un entierro. Veíanse rostros sonrientes; habríaseles tenido por paseantes que iban despacito tomando el sol y que gozaban de los encantos de la primavera.

El séquito adelantaba con lentitud, por grupos

más irregulares y oíanse los sonidos desiguales de los pasos y el creciente murmullo de las conversaciones. Todos y cada uno hablaban con su vecino de sus asuntillos, todos se animaban poco á poco, respirando á su sabor, felices.

Daniel, mirando al suelo, con la cabeza descubierta y entregado á mudo dolor, pensaba en aquella madre que acababa de perder; evocaba los recuerdos de su juventud y hacía memoria de los detalles más insignificantes de la noche del fallecimiento; era aquello un desvarío de la mente, triste y profundo en que se perdía su corazón.

Y sus oídos, á pesar suyo, oían lo que decían los criados. Las palabras llegaban á su espíritu, claras y precisas. No quería escuchar y ni siquiera una palabra se le escapaba, mientras que su pobre alma se desangraba, mientras que se entregaba por completo á la desesperación del adiós postrero, hallábase, por decirlo así, tomando parte en las cínicas conversaciones de los ayudados de cámara y de los cocheros.

Tras de él iban dos sirvientes que discurrían con animación. Uno de ellos estaba de parte del señor, y el otro de la señora.

—¡Bah!—decía el último,—la pobre señora ha hecho bien en morirse. Debe de sentirse feliz en su ataúd. El señor hacíala pasar una vida cruel.

—¿Qué sabes tú?—contestaba el primero.—Siem-

pre sonreía. Su marido no le pegaba. Era orgullosa y tomaba actitudes de víctima para hacer sufrir á los demás.

—Yo sé lo que sé. La he visto llorar, y era un gran dolor. Su marido no le pegaba, es muy cierto, pero andaba con queridas, y, mira es casi seguro que ha muerto porque él ya no la quería.

—Si él se iba de casa era porque ella le aburría. La señora no era por cierto muy divertida. Yo no podría vivir con una mujer así, tan pequeñita y tan seria, que parecía así de alta. Apuesto á que fué ella quien hizo correr la voz de que el señor tenía queridas... Por ventura, ¿las has visto tú esas queridas?

—Una tengo vista. Le entregué una carta. Es una quisquillosilla rubia, del todo arrugada, por la que no habría dado dos sueldos; tan flacucha era. Se me echó á reír en las narices y me dió golpecitos en la espalda, tuteándose, y esto me hizo comprender qué clase de moza era aquella. Y después, por toda contestación, me dijo: «No olvides recomendar á tu amo que no vuelva á enviarme una cara tan de estúpido como la tuya.»

El otro doméstico se puso á reír á más y mejor. Sin duda encontraba á la avinagrada rubia la mar de divertida.

—¿Y qué? sea como sea, ¿en dónde está el mal?—repuso,—de hombres ricos es tener queridas.

En casa de los últimos amos que tuve, como el marido salía más de la cuenta, la mujer se las compuso con un amante, y toda la casa vivía contenta. ¿Por qué la señora, en vez de morirse, no hizo otro tanto?

—Eso no es del agrado de todo el mundo.

—Por mi parte, yo no habría podido querer á la señora.

—Pues yo creo que sí la hubiera querido. Era muy dulce y tenía un rostro que me resultaba. Algo más linda era que la rubia del señor.

Daniel no pudo oír más. Volvióse bruscamente, y su irritado semblante debió de asustar á los criados, quienes se pusieron á hablar de otra cosa.

Pero el joven había reparado junto á él, el rostro frío de Luis, el ayuda de cámara. El era el único que mantenía una actitud decente. Había sin duda oído la conversación de ambos criados, y había permanecido digno, con los labios ligeramente pliegados con su risa misteriosa.

Daniel volvió á sus tristes pensamientos. Pensaba entonces en los ocultos sufrimientos de que la señora de Rionne le había hablado, y empezaba á comprender aquellas penalidades. Las palabras que acababa de oír le explicaban lo que su inocencia de niño le había presentado obscuro. Bajaba la cabeza, ruborizándose de aquellas infamias, como si fuese él quien las hubiese cometido. Decíase que

la muerta debía de indignarse en su ataúd.

Lo que le traspasaba el corazón, era la ultrajante libertad de palabra de aquellos hombres. Apenas el cuerpo se había enfriado, se la llevaba á la tierra, y ya había personas que parecían complacerse en cubrirla de oprobio. Nada resultó tan cruel para él como el recibir su primera lección de vicio en el entierro de su venerada santa.

Mientras pensaba en aquellas cosas, el cortejo fúnebre entraba en el cementerio.

La familia de Rionne tenía un sepulcro de mármol que simulaba una capilla gótica. Encontrábase situado en un lugar en que los panteones casi se tocaban, no dejando entre ellos más que angostas sendas.

La asistencia se hallaba lejos de ser tan numerosa como en la iglesia. Los que habían tenido valor de llegar hasta allí, formaron círculo entre las tumbas.

El señor de Rionne se acercó y los sacerdotes recitaron las últimas oraciones. Después bajaron el cuerpo al fondo del panteón. El triste marido había prorrumpido en sollozos, á la vista de la capillita gótica. Siendo todavía muy niño, había conducido allí á su padre y á su madre, y había quedado siendo para él objeto de espanto, en que pensaba en sus horas siniestras. Sabía que allí había de ser

en donde su cuerpo vendría á podrirse, pensamiento que le hacía la vida pavorosa.

Cuando se vió en el coche, lanzó un suspiro de alivio. Aquella fúnebre ceremonia quedaba por último terminada é iba al fin á poder olvidar. Tales pensamientos no se confiesan, mas no háy duda que se hallan en el fondo de los corazones cobardes.

Los asistentes se habían retirado, y Daniel se mantenía todavía en pie delante de la tumba. Quería ser el último en quedarse allí, para hallarse solo con la amada muerta y despedirse de ella, sin que la multitud se interpusiera entre ambos. Permaneció por gran espacio mudo, hablando en su interior con el alma del ángel remontado al cielo.

Luego salió del cementerio y volvió al hotel.

Creó notar que el portero le miraba por modo singular. Habríase creído que titubeaba en dejarle entrar, y que se disponía á preguntarle su nombre, como si se hubiese tratado de un desconocido.

En el jardinillo, situado entre la verja y el hotel, los criados, vestidos aún con trajes negros, hablaban entre sí, reunidos delante de las caballerizas. Un palafrenero que no había asistido al entierro, lavaba un coche con una gruesa esponja.

Daniel, quien, por timidez, evitaba pasar por la gran avenida enarenada, dió un rodeo y se adelantó hacia el grupo que formaban los criados. Al verle, la conversación se interrumpió bruscamente y vió

que todas las miradas se volvían hacia él. En aquellos vulgares rostros leíanse malignas sonrisas; hacían burla y chacota, señalando al pobre muchacho, quien fué poniéndose como la grana, sin darse cuenta de por qué.

A medida que se iba acercando, adivinó en el grupo manifiesta hostilidad. Los dos hombres, á quienes sus miradas irritadas habían impuesto silencio, durante el entierro, hallábanse allí, en medio de sus camaradas, hablando á media voz y excitándose unos á otros. Al repentino silencio que se había producido, sucediéronse palabras pronunciadas en alta voz y en tono agresivo.

Daniel, rojo de vergüenza, estuvo en si se volvería ó no atrás; mas, acudiéndole á la mente la memoria de la señora de Rionne, se dirigió con resolución hacia adelante.

Al pasar oyó risas irónicas, y ciertas frases crueles fueron á azotarle el rostro. Todos soltaban sus puyas.

—Mirad qué paje tan hermoso estaba al servicio de la señora.

—¡Y ahí donde le veis ha recibido educación! Y mientras que nosotros trabajamos como negros, ese don nadie vive sin hacer maldita la cosa.

—¡Oh! por poco tenemos que servir á ese señor, pero todo se va á acabar.

—¡A la calle el muy mendigo!

Y como en esto Daniel se encontrase ante el hombre que lavaba el coche:

—¡Eh! camarada,—le gritó,—ven á prestarme un poco de ayuda.

Todos prorrumpieron en carcajadas.

Daniel había pasado estremecido. Aquellos hombres le recordaban á sus compañeros de colegio, que le insultaban. Sentíase abandonado como en otro tiempo, y tenía prisa en refugiarse en su soledad. Su delicada sensibilidad veíase herida por las groseras palabras de aquellos desgraciados, quienes, contando con la impunidad, satisfacían sus bajos rencores.

Después la indignación se apoderó de él y volvió atrás para mirar á los insolentes cara á cara. Estos temieron haber llegado demasiado lejos, se callaron, un tanto cohibidos, dispuestos á arrastrarse á haber sido preciso.

Por tal modo los mantuvo silenciosos, con sus miradas rectas y fijas. Acto seguido continuó su marcha, y, sintiéndose casi desfallecer, tras de aquel minuto de energía, subió lentamente la escalera.

En el segundo piso encontró al señor de Rionne, que bajaba. Acercóse á la pared. El dueño de la casa, que apenas le conocía, le miró preguntándose qué venía á hacer á su casa aquel extraño muchacho.

Daniel no se engañó sobre el alcance de aquella

mirada. Comprendió la interrogación muda, y, si no llegó á hablar, fué porque la lengua se le había pegado al paladar, y porque, por otra parte, no encontró nada que decir.

El señor de Rionne, que por su parte aparecía también muy turbado, no se detuvo, y Daniel se apresuró á subir á su habitación.

Una vez allí, se dijo una verdad desconsoladora; que no le era posible permanecer en el hotel.

Como no hubiese pensado en ello, la idea de la partida le fué muy dolorosa. Sonrióse tristemente al considerar que, en efecto, era bastante cándido. Su querida madre no existía ya, por fuerza habrían de plantarlo en la calle, si él no se determinaba á salir de buen grado. Allá abajo, en el jardín, continuaban las risas de los criados, y un sudor frío le humedecía las sienes.

Tomó la resolución de marcharse sin pérdida de momento.

Sumido en sus pensamientos, habíase sentado. No pensaba en él, no se preguntaba en dónde dormiría á la noche, ni lo que haría al día siguiente. Poco le importaba aquéllo, pues contaba con la valerosa indiferencia de la juventud. Sin conocer lo que es vida, proponíase ir adelante y siempre en línea recta.

Pero pensaba en Juana, y preguntábase con amargura de qué sostén podría servirle así que hubiese

dejado el hotel. La necesidad le echaba de aquella casa, mientras que la voluntad de la muerta parecía retenerle allí, en medio de la injuria y de la bajeza. Luego comprendió que esto no podía ser; al señora de Rionne le había ordenado que marchase alta la frente, siempre digno; ella era quien le mandaba partir.

Ante todo había de irse, y él vería en seguida de buscar los medios de poder cumplir su mandato.

Entonces se levantó. Su baúl se hallaba abierto, dejando ver los vestidos y ropa blanca que aun no había tenido tiempo de colocar en los armarios. La mesa estaba atestada de libros y de papeles; y, en un extremo de la chimenea veíase un bolsillo conteniendo algún dinero.

Nada quitó de su sitio, nada tomó. Las palabras de los criados llenábanle aún los oídos; todos aquellos objetos parecían no ser de su propiedad. Habría cometido un robo llevándose la menor cosa.

Salió con toda tranquilidad, sin llevarse más que la ropa que tenía puesta. La llave la dejó en la cerradura.

Al atravesar el jardín, echó de ver á Juanita, que jugaba en la arena, y no pudo resistir al deseo de darle un beso antes de alejarse.

La niña tuvo miedo y retrocedió.

Entonces le preguntó si le conocía. La niña no contestó y se quedó mirándole. Aquel rostro ex-

traño que le sonreía la admiraba en gran manera, y trataba sin duda de recordarlo. Después, como le produjese cierta inquietud, hizo ademán como para levantarse y para escapar á toda prisa.

Daniel la contuvo con toda dulzura.

—Ya que usted no me conoce,—le dijo,—míreme usted bien. Sepa usted que yo la quiero mucho, y que usted me hará muy feliz si por su parte me quiere usted un poco. Deseo ser su amigo.

Juana no entendió gran cosa aquel serio lenguaje, pero tan cariñoso acento la había tranquilizado, en tal medida que se echó á reír.

—Será preciso ahora que me conozca usted siempre,—prosiguió Daniel riendo también.—Ahora me voy, pero volveré y le contaré á usted mil cosas bonitas, si es usted juiciosa... ¿Quiere usted abrazarme como abrazaba á su mamá?

Y se inclinó; mas la pequeñuela, al oír hablar de su madre, se echó á llorar. Rechazó á Daniel con cólera infantil, y llamó: ¡Mamá! ¡mamá! con toda la fuerza de sus sollozos.

El pobre muchacho se quedó sobrecogido; y como una criada saliese de la casa, se alejó, desconsolado al dejar por tal modo á una niña, á cuya felicidad iba á consagrar su vida entera.

Encontróse en la calle, desprovisto de todo y teniendo que cumplir una ruda tarea. Su ternura y su abnegación eran tan sólo las que le sostenían.

Era las cuatro de la tarde.

érale forzoso velar por un corazón de mujer y proporcionarle la felicidad. Para alcanzar este fin, iría por doquiera que fuese su protegida, se hallaría incansablemente á su lado, á fin de defenderla contra el mundo y contra sí misma.

Seríale por lo tanto preciso elevarse hasta ella y hasta colocarse por encima de ella. Viviría en su morada, ó, cuando menos, tendría entrada en las casas que ella frecuentase. Sería hombre de mundo, y así sería como podría luchar con ventaja.

Luego pensaba en él y se juzgaba á sí propio. Era feo, tímido, desmañado, pobre; hallábase, como quien dice, en la calle, sin parientes, sin amigos; no sabía siquiera dónde iría á comer y á recogerse por la noche. Los criados habían tenido razón al tratarle de mendigo, ya que, cuando el hambre le acosara tal vez tendría que decidirse á tender la mano. Mirábase andar y se atrajo una risa compasiva; tan ridículo se encontraba.

Y era él, aquel Adán, aquel hijo de la miseria y del dolor, quien debía erigirse en protector de aquella niña, trajeada de seda, que vivía en la riqueza y en la elegancia. Soñaba, perdía la cabeza, la señora de Rionne no había podido confiar su hija á un pobretón como él, y en todo caso, ni intentaría siquiera realizar tarea tan absurda.

Mientras pensaba en todo esto, no dejaba de buscar ahincadamente los medios de cumplir el juramento que había prestado á la moribunda. Sus ideas tomaban nueva dirección. Su abnegación y

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1968 MONTERREY, MEXICO

La verja del hotel, al cerrarse tras de Daniel, rechinó sordamente. Miró en torno suyo, sin ver nada, y después se echó á andar, con la cabeza baja, entregado á su ensimismamiento, sin saber á dónde le dirigían sus pasos.

Llevaba en sus oídos el llanto de Juana y el rechinar de la verja. Pensaba que la niña no le conocía, que no le amaba y que aquella puerta acababa de gemir por modo extraño.

Hasta entonces el dolor había colmado todo su sér, la razón había desaparecido. Ahora volvía, ahora hablaba y le permitía juzgar las cosas con toda claridad. Su intención le aparecía tal como era en realidad.

Una admiración dolorosa le sobrecogió ante la realidad. Púsose decididamente frente á frente de la misión que se le había confiado. Raquítico y miserable, comparóse con la delicada misión que había de desempeñar, y tembló.

Su mandato era el siguiente: habíasele encargado un alma; debía luchar contra el mundo y vencerle;

sus tiernos sentimientos hablaban más alto que su razón; y ya no se veía á sí propio, empezaba á exaltarse.

Sintió haber dejado el hotel. Ahora que había salido, no sabía cómo volver á entrar. El rechinar de aquella verja había repercutido hasta el fondo de su corazón.

Se le ocurrieron mil proyectos á cuál más extravagante, como se le ocurren á los niños y á los enamorados. Inventó medios irrealizables, adhiriéndose á cada nueva idea que surgía de su cabeza, rechazando un plan imposible para tomar otro más imposible aun.

Pero lo que continuamente se le ofrecía á la memoria era el amargo dolor de no haberse podido llevar á Juana tranquilamente en sus brazos. Volvía á ver en la arena y se persuadía de que fácilmente habría podido robarla. Y, con toda la ingenuidad del mundo, construía la novela de aquel raptó, veíase huyendo con la niña, estrechándola contra el pecho, no respirando con libertad hasta hallarse lejos de la casa maldita de que la arrancaba.

Entonces su rostro resplandecía. ¡Cuán dulce y qué fácil se hacía su abnegación! Vivía con Juana, trabajaba y todo lo obtenía de él. Llamábala su hija y ella le llamaba padre. En la pobreza, en la obscuridad de aquella vida laboriosa, le inculcaba todas las virtudes, haciendo de ella un alma recta y noble. Y creía oír las apasionadas palabras de agradecimiento de su buena santa.

De repente Daniel se detuvo. Un terrible pensamiento le asaltaba: su misión era una misión ridícula. Acaso un muchacho de sus años, ¿era á propósito para velar por una niña?

A buen seguro que los transeuntes se habrían reído, á haber penetrado en su candidez generosa. Sus terrores de colegio volvían á apoderarse de él. ¡Cómo! ¿debía ser siempre un pária? Hé aquí que á su entrada en la vida veíase cargado con una misión extraña que todavía iba á aumentar su encogimiento.

Mas aquél era un mal pensamiento, una rápida intuición de la vida real y positiva, que no podía obrar por mucho tiempo, sobre él. Poco á poco, su rostro se serenó y sus ideas se tranquilizaron. Volvió á ser el inexperto muchacho que había sido hasta allí. Veía que la señora de Rionne le sonreía y la oía hablar. Y, olvidándose de los demás, olvidándose de sí propio, ya no mantuvo más que una ardiente necesidad, la de ser bueno.

Aquella oleada de pensamientos contrarios que le acababan de invadir, aquella incesante lucha, habían fatigado su mente, y la razón clara de las cosas se apartaba de él. Descansó en la firme certidumbre de que obraría con arreglo á los dictados de su corazón y de que su obra no podía por menos de ser buena. Lo demás lo dejaba en manos del destino.

Entonces, despertó de su sueño, tomó interés por los objetos exteriores, se fijó en los transeuntes y gozó de la suave frescura de la tarde. Ocupóle la vida

y empezó á preguntarse á dónde iba y qué era lo que debía de hacer.

La casualidad le condujo ante una de las puertas del Luxemburgo, la que mira casi enfrente de la calle de Bonaparte. Entró en el jardín y buscó un banco, pues se hallaba quebrantado de cansancio.

Bajo los castaños los niños jugaban, corrían y lanzaban agudos gritos. Las niñas, con sus vestidos claros, se mantenían en pie, hablando entre ellas; algunas estaban sentadas y escuchaban sonriendo á los hombres que les hablaban en voz queda.

Toda la reducida concurrencia de los jardines públicos iba y venía á la entrada de la noche, con amortiguados ruidos de voces y de pasos. Percibíase, desprendida de los árboles, una claridad verdosa y transparente; la techumbre de hojas era baja y ocultaba el cielo; en el horizonte, de trecho en trecho, se percibía la marmórea blancura de las estatuas y de las balaustradas.

Costóle á Daniel trabajo encontrar un banco libre. Acabó por descubrir uno, en un rincón apartado, y se sentó, exhalando un suspiro de alivio. En el otro extremo del banco había un joven que leía. Alzó la cabeza, miró al recién venido y ambos cambiaron una sonrisa.

Como quiera que la sombra iba en aumento, el joven cerró el libro. Después paseó una mirada indiferente por cuanto le rodeaba. Daniel, movido de simpatía, olvidó sus propios asuntos, para seguir

con la vista cada uno de los movimientos de su vecino.

Era un muchacho de aventajada estatura y de hermoso rostro, aunque un tanto severo. Sus grandes ojos miraban de frente, sus labios firmes y gruesos, ostentaban no sé qué de poderoso y de leal, y en lo elevado de la frente se adivinaba un gran corazón. Parecía frisar en los veinte años. Sus blancas manos, su sencillo traje y su actitud severa, denunciaban un estudiante laborioso.

Al cabo de unos minutos, volvió la cabeza y fijó en Daniel sus miradas rectas y penetrantes. Este bajó la cabeza, en espera de encontrar en su rostro la burla con que generalmente se le acogía. Parecía-le que la curiosidad de aquel joven pesaba sobre él, figurándose ver una expresión maligna en sus labios. Luego fué animándose y no vió en el rostro de su vecino sino una bondadosa sonrisa de amistad y de aliento.

Lleno de gratitud, se atrevió á acercarse para decir á aquel amigo desconocido que hacía buen tiempo, que el Luxemburgo era un sitio delicioso para los paseantes cansados.

¡Ah! ¡qué agradables conversaciones son aquellas que nacen de un encuentro casual y que á veces constituyen el fundamento de una amistad de toda la vida! Nos vemos por la vez primera, la casualidad nos pone frente á frente, y hé aquí que se explaya el corazón y que nos entregamos en cuerpo y alma, impulsados por repentina é irreflexiva confianza. Expe-

riméntase un señalado goce al confesarse así al azar; encuéntrase una especial dulzura en ese abandono de uno mismo, en esa brusca entrada de un desconocido en lo más hondo de nuestro sér.

En pocos minutos, ambos jóvenes se conocían como si no se hubiesen separado nunca desde su infancia. Concluyeron por ponerse muy cerquita uno de otro en el banco, y en reirse como hermanos.

La simpatía se engendra tanto por las semejanzas como por las disparidades. El nuevo amigo de Daniel habíase sentido sin duda atraído hacia él por su rostro inquieto, por la torpeza de sus movimientos, por su aspecto dulce al par que extravagante. El, que poseía la fuerza y la belleza, se complacía en mostrarse bondadoso para con los séres raquíuticos por naturaleza.

A medida que fueron hablando, sintiéronse amigos como de por vida. Ambos eran huérfanos, ambos habían elegido la áspera investigación de la verdad por el camino de las ciencias, ambos no debían de contar sino con ellos mismos. Parecíanse, y las ideas del uno despertaban en la imaginación del otro pensamientos semejantes.

Daniel, en medio de las contingencias de la conversación, contó su historia, teniendo cuidado de no referirse á la misión, en cumplimiento de la cual tenía que vivir en adelante. Por lo demás, no tuvo necesidad de violentarse; había fijado su abnegación en lo más profundo de su pecho, y allí la guardaba, lejos de las miradas de todo el mundo.

Supo que su compañero luchaba valerosamente contra la pobreza. Llegado á París, sin un solo sueldo, aquel mozo de alma varonil, de inteligencia poderosa, habíase dicho á sí mismo que llegaría á ser uno de los sabios más distinguidos de su época. En espera de elevarse, procuraba vivir; ganaba algún dinero desempeñando tareas ingratas; después, por la noche, estudiaba, y velaba á veces hasta la llegada del nuevo día.

Mientras se confiaban uno á otro, con el abandono propio de la juventud, la obscuridad, bajo los castaños, se hacía más densa. Ya no se distinguían más que las manchas producidas por los delantales y las cofias de las niñeras. De los extremos del jardín llegaba un murmurio vago, mezclado con las risas, que se extinguía suavemente en el crepúsculo.

Los tambores redoblaron y los últimos paseantes se dirigieron á las puertas. Daniel y su compañero se levantaron, y, hablando hablando, se encaminaron juntos á la pequeña verja, que hacía frente entonces á la calle de Royer-Collard.

Llegados á la acerca de la calle de Enfer, se detuvieron un instante y continuaron sus confidencias. En medio de una frase, el joven se interrumpió, é interrogando á su compañero:

—¿A dónde va usted?—le preguntó.

—No lo sé,—contestó sencillamente Daniel.

—¡Cómo! ¿no tiene usted domicilio, no sabe usted dónde ir á acostarse?

—No.

—Pero, ¿cuando menos habrá usted comido?

—No, á fe mía.

Y ambos se echaron á reír. Daniel parecía encantado.

Entonces el otro, con toda naturalidad:

—Véngase usted conmigo,—le dijo.

Y lo llevó á casa de una frutera, en donde él comía. Hicieron recalentar un resto de guisado que Daniel devoró; como que no había comido desde hacía dos días.

Después su compañero le llevó al cuartito que él ocupaba, callejón sin salida de Saint-Dominique-d'Enfer, n.º 7. La casa está hoy ya demolida. Era una inmensa construcción, con amplias escaleras y con altos ventanales, que en tiempos pasados había servido de convento; las buhardillas, situadas en la parte de detrás, dominaban extensos jardines plantados con hermosos árboles.

Los dos jóvenes, sentados ante la abierta ventana, miraban las oscuras sombras de los olmos y acabaron de descubrirse mutuamente el corazón. Era la media noche, y aún hablaban estrechándose las manos.

Daniel se acostó en un angosto canapé, cuya tela colorada, se caía á pedazos.

Cuando la lámpara quedó apagada:

—A propósito,—le dijo su amigo,—yo me llamo Jorge Raymond. ¿Y usted?

—Yo,—contesto el otro,—me llamo Daniel Raimbault.

V

Al siguiente día, Jorge presentaba á Daniel á una especie de autor-editor, para quien él trabajaba, y le hacía admitir como colaborador en un diccionario enciclopédico que daba ocupación á unos treinta jóvenes. Allí trabajaban, como quien dice, en clase de dependientes; se compilaba, se cotejaba durante diez horas al día y se percibían de ochenta á cien francos al mes, según los méritos de cada cual. El dueño se paseaba en la oficina con el andar de un maestro de escuela que vigila á sus alumnos; ni siquiera leía los manuscritos y lo firmaba todo. Aquel oficio de cómitre le producía cerca de veinte mil francos al año.

Daniel aceptó con alegría y agradecimiento el trabajo de irracional que se le ofrecía. Jorge, que le había adelantado algún dinero, todas sus economías, le abrió un crédito en casa de la frutera, y le alquiló, en la casa del callejón de Saint-Dominique-d'Enfer, una habitación contigua á la suya.

Durante los primeros quince días, Daniel se vió como anonadado por la nueva vida que llevaba. No se hallaba avezado á semejante tarea; llegada la noche, sentíase la cabeza llena de cuanto había hecho durante el día. Ya casi no pensaba por su propia cuenta.

Un domingo por la mañana, como tuviese por delante todo un día de libertad, concibió el vivísimo deseo de volver á ver á Juana. Durante la noche había soñado en la pobre difunta y todo su entusiasmo se le había vuelto á ofrecer.

Salió furtivamente, sin decir nada á Jorge y se dirigió hacia el bulevar de los Inválidos.

Anduvo el camino con la mayor alegría. Sus miembros se habían puesto como entumecidos durante los quince días que acababa de pasar, sentado en una silla, hojeando mamotretos; parecía que se encontraba de asueto, como el escolar que al siguiente día, debe de volver al colegio.

No meditaba gran cosa, decíase que iba á ver á Juana, y gozaba, cual niño, del ambiente y de la caminata. Del callejón de Saint-Dominique al bulevar de los Inválidos, todo le parecía alegre: ni la menor tristeza, ni la más pequeña inquietud.

Cuando se encontró delante de la verja del hotel, un temor súbito le sobrecogió. Preguntábase qué era lo que haría allí, lo que diría y lo que se le contestaría. Sintió un desfallecimiento. La que sobre todo le llenaba de zozobra era la explicación que daría á su visita.

Pero no quiso reflexionar, porque sentía que el valor le abandonaba; así fué que llamó á la puerta con decisión, aunque temblaba dentro de sí.

Abrióse la puerta, atravesó el jardín, y comprendiendo que en toda su vida no había estado tan torpe, detúvose en el primer peldaño de la escalinata. Cuando recobró el aliento, se aventuró á alzar los ojos.

Oíase en el hotel enorme ruido de martillos; había carpinteros que componían puertas en el vestíbulo, también había pintores, suspendidos en la fachada, que rascaban las paredes.

Daniel, sorprendido, y hasta un tanto satisfecho tal vez, se acercó á un obrero y le preguntó en dónde se hallaba el señor de Rionne. El obrero le envió al conserje, quien le dijo que el señor de Rionne acababa de vender el hotel y que habitaba á la sazón en la calle de Provenza.

Al siguiente día del fallecimiento de su esposa, el viudo se había puesto á aborrecer aquella casa, que permanecía llena de lágrimas. Los miasmas del entierro se percibían aún en las habitaciones, y se estremecía cuando bajaba las escaleras, creyendo oír á la continua el ruido del ataúd chocando contra los peldaños; así fué que resolvió cambiar de morada lo antes posible.

Cayó además en la cuenta de que la venta del hotel pondría en su poder una bonita suma. Por otra parte no le disgustaba dejar el bulevar de los Inválidos, é ir á vivir en pleno barrio elegante. Así

que se viese en situación de volver á su vida de soltero, el vicio lo tendría más al alcance de su mano. Alquiló todo un primer piso y efectuó la mudanza.

Daniel tomó la nueva dirección, é impulsado por el anhelo de ver á Juana á toda costa, dirigióse hacia la calle de Provenza. Pero, durante tan larga carrera, el corazón no le cantaba tan regocijadamente; las dificultades de su misión, la incertidumbre de la vida, se le presentaban más amenazadoras que nunca.

Un chaparrón le obligó á guarecerse bajo una puerta; fué preciso andar sobre el lodo, y, cuando subió la suntuosa escalera de la casa en que habitaba el señor de Rionne, reparó con horror que tenía la ropa llena de fango.

Fué Luis quien le abrió. Su semblante frío no expresó la menor sorpresa; habríase creído que no conocía al joven; pero mantenía, en las comisuras de sus labios, aquella imperceptible sonrisa que no le dejaba nunca.

Dijo cortestamente á Daniel que el señor no estaba allí, pero que no tardaría en volver; y le introdujo en un magnífico salón, en donde le dejó solo.

Daniel no fué osado á sentarse. Sus pies dejaban en la alfombra extensas manchas, y permanecía plantado en pie, temiendo adelantar un paso, pues faltábale el valor á cada nueva huella que dejaba al pasar. Al alzar los ojos, llegó á verse de

cuerpo entero reflejado en un gran espejo; nada podía parecerle más extraño que su persona, lo que casi le provocó á risa.

En el fondo sentíase contentísimo por el sesgo que tomaban las cosas. No le importaba poco ni mucho el ver al señor de Rionne, pero abrigaba la esperanza de que podría besar á Juana, y retirarse en seguida, antes de que el padre volviese. Inclínabase y escuchaba con ansiedad. A haber sorprendido las risas de la niña, á buen seguro que habría penetrado tranquilamente hasta donde se hallara.

Mientras que así prestaba atento oído, sonó el timbre y percibió en la antesala el crujir de un vestido de seda. Oyóse una risa de mujer y la recién llegada se puso á hablar á media voz con Luis. Las palabras no llegaban hasta el joven.

Al cabo de un instante, el vestido de seda dejó oír nuevamente su ligero murmullo, abrióse la puerta del salón y una joven apareció en el umbral.

Era Julia.

Hallábase elegantemente vestida de color gris claro, con encajes blancos y lazos azul pálido. Su cabecita, graciosa y atrevida, sonreía rodeada de sus rubios cabellos. El color blanco y rosa que se había aplicado á sus mejillas, comunicaban á su rostro un encanto de perversidad. A modo de sombrero llevaba una trenza de paja, en la que se veían clavadas algunas florecillas azules.

Julia se veía apesadumbrada. Iban á venderle los

muebles y había pensado en el señor de Rionne, á quien no veía de quince días á aquella parte. Impelida por la necesidad, corría en su busca, lo que la sacaba de sus casillas.

Echó hacia adelante, y así que estuvo en medio del salón, enfrente de Daniel, el esfuerzo que hizo para contener la carcajada que le subía á la garganta, á punto estuvo de ahogarla.

Aquel mozo de cara larga, de cabellos amarillos, que se mantenía allí, con las piernas entreabiertas y estupefacto, parecióle la última palabra de lo ridículo y de lo extravagante. La risa la ahogaba.

Apresuróse á entrar en una habitación contigua, en donde Daniel la oía reir como una loca. Pero dejóse oír un nuevo ruido de voces.

Esta vez era el señor de Rionne que volvía. Cruzó algunas palabras con Luis, y, de repente, pareció encolerizarse. Abrió con violencia la puerta del salón.

Daniel se reducía á la última expresión al hacerse la terrible pregunta: ¿qué iba á decir? ¿qué se le contestaría? Habíase refugiado en un rincón y esperaba lleno de zozobra.

El señor de Rionne ni siquiera llegó á verle. Atravesó bruscamente el salón y entró en la habitación inmediata en donde se encontraba Julia. En aquel instante sentíase indignado por todo lo alto, ante el atrevimiento de aquella muchacha. El cadáver de su esposa se hallaba aún allí, y su terror le hacía de ello una virtud.

Daniel, sin proponerse escuchar, oyó estas palabras pronunciadas en voz alta:

—¿Qué quiere usted?—preguntó el señor de Rionne montando en cólera.

—Vengo á verle á usted,—contestó apaciblemente Julia.

—Le he prohibido á usted que venga á mi casa; y mucho menos habría usted de venir en medio del luto en que me encuentro.

—¿Quiere usted que me vaya?

El señor de Rionne pareció como que no oía, y elevó aún más la voz.

—La presencia de usted está aquí fuera de lugar. La hacía á usted con más corazón y con más juicio.

—Entonces, me voy.

Y se echó á reir, dispuesta á retirarse y dándose golpecitos en las faldas.

El señor de Rionne se amostazó. Repetía en toda clase de tonos que no debería de haberse dejado ver en su casa; en esto Julia ofrecía siempre marcharse; él no acababa nunca, y ella no se iba. Luego el ruido de las voces se calmó. Las frases duraban más y resultaban más dulces. Pronto no fueron más que un murmullo, y Daniel concluyó por oír el estremecimiento de un beso.

No quiso permanecer allí más. Volvióse á la antesala en donde encontró á Luis, quien le dijo sin reirse, con dignidad:

—Tengo para mí que el señor no le recibirá á usted hoy.

Daniel había ya abierto la puerta.

—Pero la señorita Juana, ¿no está al menos aquí? —preguntó.

A Luis le sorprendió por tal modo la pregunta, que por poco pierde su arrogante serenidad.

—No, no, está en casa de su tía, la señora de Tellier.

Y como Daniel le pidiese la dirección de aquella señora, se la facilitó. Vivía en la calle de Amsterdam.

El señor de Rionne se había persuadido de que no podía tener su hija á su lado. Por lo demás no le disgustaba quitarse de encima un testigo que más adelante le habría sido molesto. Confióla, pues, á su hermana, á la ventura, sin parar mientes en el porvenir: «Estará mejor en tu casa,—había dicho á la señora de Tellier;—una mujer es necesaria para la educación de una niña. Si hubiese tenido un muchacho me habría quedado con él.» Y no decía la verdad, pues lo que deseaba de todas veras era la libertad, sin traba alguna.

Daniel se fué repitiendo muy por lo bajo la dirección que se le acababa de indicar. Moríase de hambre y de cansancio; mas no quería detenerse un solo instante, y corrió á la calle de Amsterdam.

El chaparrón había despejado el cielo, hacía un sol claro y los empedrados estaban ya secos. El joven restregó los bajos del pantalón y limpió con

el codo las gotas de lluvia marcadas en el sombrero.

La vivienda de la señora de Tellier era una de esas grandes construcciones nuevas, con sus anchas fachadas lisas, adornadas con mezquinas esculturas. La puerta cochera, alta y estrecha, daba á un patio en que había el preciso espacio para que cupiera una canasta de verdura y de flores.

Daniel se introdujo resueltamente por la puerta cochera. Al hallarse allí, en un tris estuvo que no le atropellase una carretela que salió bruscamente y que pasó con gran estruendo. Apenas le dió tiempo para refugiarse en la angosta acera interior.

Distinguió en la carretela á una señora de veinticinco á treinta años, que le miró con desdeñosa indiferencia. Iba ataviada á maravilla, por modo complicadísimo y del todo rico. Parecíase á Julia, ó, por lo menos, trataba de parecersele por su porte y sus colgajos.

Daniel se dirigió á una doncella que se había quedado en la escalinata, mirando alejarse el coche. Preguntóle por la señora Tellier.

—Ahora mismo sale,—le contestó,—acaba usted de verla.

Daniel se quedó muy contrariado. «Así pues,—pensó,—esa señora con tanta extravagancia vestida, es la nueva madre de Juana!» Y al pensar así, experimentó un vago temor.

La hermana del señor de Rionne, á los dieciséis años, había sido una joven ambiciosa, muy positiva y que procuraba obtener de la vida el mayor

partido posible para sus goces. Habíase fijado la cuestión del casamiento como un problema aritmético, problema que había sabido resolver con toda la exactitud de un matemático.

De inteligencia clarísima, veía con toda exactitud sus intereses. El mundo moral estábale cerrado, y su corazón no le inquietaba gran cosa. De ánimo estrecho cuando se trataba de pasión y de sentimiento, mostrábase inteligentísima cuando había de disponer de su cuerpo y de su fortuna.

Así era que abominaba de la nobleza en cuya clase había nacido. Decía que entre aquella gente, los maridos, por lo comun, se comen el dinero y que las mujeres pronto llegan á no tener siquiera veinte pobres vestidos que ponerse. Contemplaba el hogar de su hermano con condescendencia llena de compasión, y pensaba que aquella pobre Blanca había sido una necia al casarse con un hombre que todos los placeres los guardaba para sí.

Sin ambages ni rodeos habíase casado con un industrial, persuadida de que un hombre semejante trabajaría para ella y que sería la única que podría meter mano en las talegas. Y las metía á todo su sabor, sabiendo que eran inagotables. Su cálculo resultó exacto bajo todo punto de vista. El señor Tellier conservó sus costumbres de advenedizo y aumentó la riqueza de ambos sin echar mano de ella jamás. Su mujer, en sus ratos de buen humor, decíase muy por lo bajo que ella era el de Rionne del matrimonio.

Dominábala sin embargo una inquietud. El industrial se inclinaba poco á poco á convertirse en hombre político. Hablaba de la diputación. En el fondo ella habría preferido que se mantuviese tranquilo.

Por lo demás, había llegado á ser la reina de la moda, título que le costaba muy caro. Había adquirido fama de extravagancia que no había más que pedir; engolfábase en toda clase de ridiculeces, y trocábalas acto seguido por extravagantes elegancias.

Alimentaba terrible ojeriza contra Julia y contra todas las de su calaña, porque con frecuencia se veía obligada á copiarlas; mas había inventado la manera de copiarlas exagerándolas, adelantándose á ellas y hasta pareciendo que les daba el tono. De esta suerte había llegado casi á la demencia en punto á tocados, y todas las mujeres de París procuraban resultar tan locas como ella.

Un día, en las carreras, llegaron á insultarla tomándola por una cualquiera. Púsose hecha una fiera, lloró, se dió á conocer y exigió satisfacciones. En el fondo estaba contentísima.

Daniel, al verla pasar, tuvo una rápida intuición de aquellas cosas, y manteníase en pie, ante la doncella, sin atreverse á hacerle preguntas.

Pero ésta era una buena muchacha. Viéndola sonreír:

—Perdone usted,—le preguntó,—la señorita Juana de Rionne, ¿está aquí?

—¡Oh! no, señor,—contestó.—Siempre estaba pegada á las faldas de la señora, y la señora es sobrado nerviosa para aguantar á una niña á su alrededor.

—¿En dónde está ahora?

—Se la ha puesto en un convento desde hace ocho días.

Daniel se quedó como quien ve visiones. Y, titubeando, repuso:

—¿Permanecerá por mucho tiempo allí?... ¿Cuándo volverá?

—¡Ah! yo no sé nada,—contestó la doncella, que empezaba á impacientarse.—Estoy, sin embargo, en que la señora intenta que permanezca allí diez años largos.

VI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Transcurrieron doce años.

La vida de Daniel, durante tan largo período de tiempo, careció de historia. Los días se sucedieron unos á otros, tranquilos é iguales, y, cuando se despertaban sus recuerdos, los años le parecían meses. Vivió reconcentrado en sí mismo, aislándose, y complaciéndose con el pensamiento constante que le guiaba en este mundo. Encontraba á Juana en el fondo de cada uno de sus actos, de cada una de sus ideas. Aquella especie de monomanía generosa le colocó en una esfera de serenidad, lejos de las inverecundias y de las miserias de la vida. A todas horas se sintió protegido por aquella niñita rubia, que veía siempre pequeña, con su hermosa sonrisa de ángel.

Y llegó á verse revestido con aquella gravedad del sacerdote que atraviesa las calles llevando con él al Señor. Cuando se le interrogaba bruscamente, su pensamiento parecía siempre descender de lo alto

—¡Oh! no, señor,—contestó.—Siempre estaba pegada á las faldas de la señora, y la señora es sobrado nerviosa para aguantar á una niña á su alrededor.

—¿En dónde está ahora?

—Se la ha puesto en un convento desde hace ocho días.

Daniel se quedó como quien ve visiones. Y, titubeando, repuso:

—¿Permanecerá por mucho tiempo allí?... ¿Cuándo volverá?

—¡Ah! yo no sé nada,—contestó la doncella, que empezaba á impacientarse.—Estoy, sin embargo, en que la señora intenta que permanezca allí diez años largos.

VI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Transcurrieron doce años.

La vida de Daniel, durante tan largo período de tiempo, careció de historia. Los días se sucedieron unos á otros, tranquilos é iguales, y, cuando se despertaban sus recuerdos, los años le parecían meses. Vivió reconcentrado en sí mismo, aislándose, y complaciéndose con el pensamiento constante que le guiaba en este mundo. Encontraba á Juana en el fondo de cada uno de sus actos, de cada una de sus ideas. Aquella especie de monomanía generosa le colocó en una esfera de serenidad, lejos de las inverecundias y de las miserias de la vida. A todas horas se sintió protegido por aquella niñita rubia, que veía siempre pequeña, con su hermosa sonrisa de ángel.

Y llegó á verse revestido con aquella gravedad del sacerdote que atraviesa las calles llevando con él al Señor. Cuando se le interrogaba bruscamente, su pensamiento parecía siempre descender de lo alto

y hacer un esfuerzo para ceñirse á las cosas de la tierra.

No era ya aquel muchacho desgarbado y torpe, de rostro asustadizo y que no sabía qué hacer con brazos y piernas; era ya un hombre de dulce fisonomía, ligeramente cargado de espaldas, que hacía olvidar su fealdad con la placidez de su sonrisa. Las mujeres, no obstante, no le querían, pues no sabía qué decirles, y la presencia de ellas bastaba para devolverle su encogimiento de tiempos pasados.

Trabajó obra de ocho años en el diccionario enciclopédico. Aquel trabajo anónimo era de su agrado. Saboreaba cierta alegría, al verse sólo, en un rincón de la oficina, considerándose tranquilo y desconocido. Prefería esperar por tal modo el día en que la lucha le reclamase.

A veces alzaba la cabeza y soñaba. Figurábase la hora en que Juana saldría del convento, en que podría irla á ver. Aquellos eran los grandes recreos de su mente, momentos deliciosos y consoladores. Lo demás del tiempo funcionaba como verdadera máquina. Para liberar su imaginación, había reducido su cuerpo á que efectuara puntualmente su tarea de empleado.

El autor del diccionario pronto comprendió el partido que podría alcanzar de aquel muchacho que trabajaba como un negro, sin quejarse jamás, y que, antes al contrario, le dirigía beatíficas sonrisas. Tiempo hacía que procuraba arbitrar el modo y manera de ganarse sus veinte mil francos sin apor-

tar siquiera por la oficina. Estaba ya hasta la coronilla de vigilar á sus prisioneros, de modo que Daniel fué para él un inapreciable hallazgo. Pochito á poco le fué encargando de la dirección de toda la tarea, de la distribución del trabajo, de la revisión de manuscritos é investigaciones particulares. Y, mediante doscientos francos al mes, resolvió el difícil problema de no tocar nunca una pluma y de ser el autor de una obra monumental.

Daniel se dejó aplastar alegremente por el trabajo. Los compañeros, que no tenían ya detrás de ellos al tremendo autor, compilaban lo menos posible, y sucedió que Daniel tuvo que cargar con parte de la tarea que les correspondía.

De este modo adquirió vastos conocimientos; su potente imaginación retuvo y clasificó todas las diversas ciencias que se vió en el caso de remover; y aquella enciclopedia que construía casi por sí solo, quedaba grabada en su cerebro. Aquellos ocho años de incesantes investigaciones, hicieron de él uno de los jóvenes más eruditos de Francia. Del empleado modelo y exacto, resultó el sabio de indiscutible mérito.

Encariñóse sobre todo con el estudio de las verdades matemáticas y naturales. Habíase reservado para sí la parte científica; y, por la noche, cuando se retiraba á su casa, trabajaba todavía, proponiéndose con pasión el formular la filosofía de las ciencias. En la casta soledad en que vivía, no ocupando su corazón sino una niña de seis años, dedi-

cóse con predilección al análisis y se puso á estudiar las vehemencias de su alma ardiente.

Muchas fueron las ocasiones en que Jorge Raymond trató de que dejase el ingrato empleo en que consumía lo mejor de su sér. Deseaba llevárselo consigo para escribir en colaboración una obra importante. Pero Daniel no ansiaba la libertad, hallábase bien avenido con su servidumbre, que le ofrecía lo que deseaba, esto es, una labor encarnizada, sin trégua ni reposo.

Jorge no era ya el pobre sin consideración, que leía modestamente sentado en un banco del Luxemburgo. Había trabajado con tal ahinco, que había conseguido por último conquistarse una posición. Empezaba á ser conocido en el mundo científico por sus notabilísimos trabajos sobre ciertos puntos de historia natural.

Daniel se decidió por último á dejar su oficina y á aceptar la proposición de Jorge. El diccionario enciclopédico se encontraba casi, casi terminado: faltábale, para ser publicado en totalidad, algunas entregas, cuyos materiales se hallaban preparados.

Los dos jóvenes no se volvieron á separar. Por lo demás, desde que se hubieron encontrado, no habían dejado nunca de vivir en estrecha intimidad. Unieron sus inteligencias y escribieron muchas memorias sobre sus investigaciones, que produjeron gran resonancia. Daniel se avino á que partiesen los beneficios, mas no consintió jamás á que figurase su nombre. Toda esta época de su vida la considera-

ba como tiempo perdido, reservándose para su verdadera obra, que no era otra cosa que la felicidad de Juana. Crecía en ciencia y en mérito, sin pretenderlo, y sí tan sólo para no permanecer inactivo.

Jorge, conocido, casi célebre, habíase ido á habitar todo un cuarto, calle de Soufflot. Daniel no había querido dejar la vieja casa del callejón de Saint-Dominique-d'Enfer. Encontrábase allí á sus anchas, en aquel rincón ignorado, sin que á su oído llegasen los ruidos de la ciudad. Se le ensanchaba el corazón en cuanto subía los resquebrajados escalones de la amplia escalera. Su habitación, estrecha y elevada, revestía un aspecto de tumba que le agradaba; allí se encerraba y se olvidaba de todo; habría querido no tener que salir de allí, sino para correr junto á Juana; gustábanle el cielo y los árboles que se distinguían desde la ventana, porque muy á menudo se había fijado en ellos, en sus horas de ensueños, haciendo memoria de su querida niña.

Durante doce años vivió en aquella habitación silenciosa. Tan llena se hallaba para él de su querido y único pensamiento, que la sola idea de dejarlo le producía una gran tristeza. Parecíale que en cualquiera otra parte no habría podido ver á Juana delante de él, en cada objeto.

A veces Jorge acompañaba por la noche á Daniel hasta su domicilio. Mantenían largas y agradables conversaciones acerca de los primeros años de su amistad, cuando ambos habitaban la casa.

Vivían allí casi solos, viendo tan sólo algunos compañeros. En aquella soledad fué en donde su simpatía acabó por trocarse en estimación y en razonado cariño. Habían aprendido á amarse, por lo que el entendimiento habíase convertido en cómplice del corazón.

Daniel experimentó por Jorge un sentimiento puramente fraternal. Tenía su confianza en aquel carácter tan leal, cuya firmeza y dulzura le eran bien conocidas. Jorge constituía su tercer afecto en la vida y preguntábase á veces qué habría sido de él á no haberle encontrado.

Al hacerse esta pregunta, no pensaba ni por sofación en la ayuda material que su amigo le había prestado. El que sentía en su alma la eterna necesidad de amar y de ser amado, daba sencillamente gracias á la suerte por haberle deparado aquella firme amistad que le ayudaba á conllevar la vida.

Jorge, cuyo temperamento era más frío carecía de las expansiones de Daniel. Tratábale un sí es no es como niño, queriéndole como hermano mayor. No tardó en percatarse de las profundas ternuras de aquel corazón, sabía qué alma henchida de abnegación se ocultaba en aquel cuerpo ingrato y había llegado hasta el punto de no fijarse en el semblante de Daniel. Cuando alguien hacía burla de su amigo, no le cabía en la cabeza que todo el mundo no amase aquella inteligencia delicada y superior.

Dióse cuenta de que Daniel ocultaba un secre-

to en lo más profundo de su sér. Nunca le hizo preguntas y no quiso obligarle jamás á que hiciese confidencias. Sabía que era huérfano, que una santa mujer lo había recogido y educado, y que aquella mujer había muerto. Aquello le bastaba. Su amigo,—se decía,—no podía ocultar sino un buen pensamiento.

Durante doce años, Daniel estuvo yendo todos los meses á la calle de Amsterdam. No entraba siempre y se limitaba á rondar por delante de la casa; á veces se aventuraba tan sólo á pedir noticias de Juana.

Aquellos días se levantaba muy temprano. Andaba el camino á pie, una legua larga. Caminaba deprisa, sintiéndose feliz en las calles, solo en medio de la multitud, sin tener siquiera á Jorge á su lado; y allá en su interior abrigaba la secreta esperanza de volver á ver á su niña.

Llegaba, y durante largo tiempo se paseaba por la acera, yendo y viniendo, mirando desde lejos la puerta. Luego se acercaba y acechaba la salida de algún doméstico: si no veía á nadie á quien poder interrogar, á veces volvíase triste y desanimado, á veces se determinaba á entrar en el cuarto del portero, quien le recibía bruscamente y con miradas de desconfianza.

Mas ¡qué gozo cuando podía parar á alguna persona del hotel é interrogarla á su sabor! Habíase vuelto muy astuto, inventaba cuentos y traía á colación con toda naturalidad el nombre de la se-

ñorita Juana de Rionne, esperando ansiosamente lo que se le iba á contestar. Cuando se le decía: «Está muy buena, muy crecida y muy hermosa», tentado se sentía de dar gracias á la gente, como si se le hubiese dado la enhorabuena por las gracias de su propia hija.

Y con el corazón rebosando alegría, volvíase á su morada, como hombre ébrio, codeándose con los transeuntes y conteniéndose para no cantar. Subía los arrabales, forjándose mil castillos en el aire; correteaba por las inmediaciones, corriendo y riendo en cualquier figón, llenándose de barro ó de polvo y no volviendo hasta la noche al callejón sin salida de Saint-Dominique-d'Enfer, muerto de cansancio y de alegría.

Jorge estaba acostumbrado á aquellas calaveradas. Las primeras veces, cuando su amigo se hallaba de regreso, la bromeaba y hasta casi le reñía. Y como el correntón guardase un hosco silencio, contentábase con sonreír á cada salida, diciéndose para sus adentros:

—Vamos, Daniel ha ido á ver á su querida.

Un día, como el joven volviese jadeante y con el rostro radiante de alegría, cogióle las manos y se aventuró á decirle:

—¿Es bonita, por lo menos?

Daniel, sin contestar, le miró con semblante tan de sorpresa y tan lacerado, que creyó para sí haber cometido alguna necedad; y precisamente desde aquel día respetó religiosamente el secreto de su

amigo. Sin saber por qué, cuando le veía volver, tras de un día de ausencia, le quería más y más.

Y así vivieron juntos, sin admitir á nadie en su compañía. En los comienzos recibían de vez en cuando á un vecino, un joven llamado Lorin, que iba á caza de la fortuna. Aceptáronle, por no poder echarle á la calle; pero su rostro bilioso y sus centelleantes ojos, que no se fijaban nunca, les disgustaban sobremanera y les inquietaba.

Aquel Lorin era un intrigante en ciernes, que acechaba la ocasión, muy dispuesto á violentar la suerte. Decía con frecuencia que la línea recta, en la vida, es el camino más largo. Nada le parecía tan de necios como el seguir una carrera, la medicina ó la abogacía, por ejemplo; esos médicos y esos abogados, ganan sueldo á sueldo, un mezquino bienestar. El, por su parte, quería ir más deprisa, huroneaba, esperaba, jurando que de golpe y porrazo ganaría una fortuna.

Y la ganó, tal como lo había dicho. Habló de ganancias realizadas en el juego, de negocios de Bolsa. Nunca se supo con claridad á qué atenerse tocante á él. Luego se lanzó á los negocios, colocó su dinero en la industria, y, en el transcurso de unos años, ayudado por la casualidad, se hizo poderosamente rico.

Daniel y Jorge, que habían sabido con respecto á él, cosas delicadas, se consideraron muy felices con no volverle á ver. Ahora habitaba en la calle

de Taitbout y detestaba el recuerdo del callejón de Saint-Dominique-d'Enfer.

Fué sin embargo una noche á hacerles una visita para exhibir su lujo y su buen ver. Satisfecha su ambición, se había vuelto buen muchacho. La riqueza había dado seguridad á sus miradas y la bilis había desaparecido de su rostro.

Los dos amigos le recibieron con gran frialdad, y no volvió á parecer.

Daniel y Jorge se bastaban á sí mismos. Se amaron y se unieron hasta en su inteligencia. Nunca se le ocurrió á ninguno de ellos que podría llegar un día en que se separaran.

VII

Una mañana, Daniel fué á la calle de Amsterdam, y, cuando volvió á la noche, dijo á Jorge que partiría al día siguiente, para siempre, tal vez.

Había sabido durante el día que Juana había salido en definitiva del convento y que habitaba en casa de su tía. Aquella noticia casi le había vuelto el juicio. No concibió más que una idea; la de entrar y fijarse en aquella casa, en donde se hallaba el objeto de su cariño.

Indagó, inventó y se puso á hacer toda clase de diligencias. Concluyó por averiguar que el señor Tellier, que acababa por último de entrar en el Cuerpo legislativo, deseaba encontrar un secretario, y su plan fué en seguida trazado. Corrió á proveerse de recomendaciones y envió á hablar en su favor al autor del Diccionario, quien le había quedado agradecido.

Debía de presentarse al día siguiente, y estaba seguro de que sería aceptado.

de Taitbout y detestaba el recuerdo del callejón de Saint-Dominique-d'Enfer.

Fué sin embargo una noche á hacerles una visita para exhibir su lujo y su buen ver. Satisfecha su ambición, se había vuelto buen muchacho. La riqueza había dado seguridad á sus miradas y la bilis había desaparecido de su rostro.

Los dos amigos le recibieron con gran frialdad, y no volvió á parecer.

Daniel y Jorge se bastaban á sí mismos. Se amaron y se unieron hasta en su inteligencia. Nunca se le ocurrió á ninguno de ellos que podría llegar un día en que se separaran.

VII

Una mañana, Daniel fué á la calle de Amsterdam, y, cuando volvió á la noche, dijo á Jorge que partiría al día siguiente, para siempre, tal vez.

Había sabido durante el día que Juana había salido en definitiva del convento y que habitaba en casa de su tía. Aquella noticia casi le había vuelto el juicio. No concibió más que una idea; la de entrar y fijarse en aquella casa, en donde se hallaba el objeto de su cariño.

Indagó, inventó y se puso á hacer toda clase de diligencias. Concluyó por averiguar que el señor Tellier, que acababa por último de entrar en el Cuerpo legislativo, deseaba encontrar un secretario, y su plan fué en seguida trazado. Corrió á proveerse de recomendaciones y envió á hablar en su favor al autor del Diccionario, quien le había quedado agradecido.

Debía de presentarse al día siguiente, y estaba seguro de que sería aceptado.

Jorge, dolorosamente sorprendido, miraba á Daniel sin encontrar palabra que decirle.

—Pero, no podemos dejarnos así,—dijo por último.—Tenemos trabajo en preparación para durante muchos años. Contaba contigo, necesito de tu ayuda... ¿A dónde vas? ¿Qué quieres hacer?

—Voy á entrar de secretario en casa de un diputado,—contestó sencillamente Daniel.

—¡Tú secretario de un diputado!—y Jorge se echó á reír,—estás de broma, ¿no es así? Tú no puedes sacrificar la envidiable carrera que se ofrece ante tí, por un destino ínfimo é ingrato. Piensa en que el porvenir nos pertenece.

Daniel se encogió de hombros con completa indiferencia y no pudo por menos de sonreirse con supremo desdén. ¡Qué le iba ni le venía la celebridad! ¿Por ventura su porvenir no era la felicidad de Juana? Todo se lo sacrificaba, sin el menor pesar; bajaba, aceptaba una posición inferior, una servidumbre del pensamiento, para poder velar con más desahogo por la niña que se le había confiado.

—¿De modo que te niegas á hacer tu obra maestra?—repetía Jorge con insistencia.

—Mi otra maestra está en otra parte,—contestó con dulzura Daniel;—te dejo para ir á trabajar en ella. No me preguntes; te lo diré todo un día, cuando la obra quede terminada. Sobre todo no me compadezcas. Siéntome dichoso, pues hace doce años que espero la felicidad que se me presenta en el día de hoy. Ya me conoces, sabes que soy incapaz de

realizar una acción estúpida ó vergonzosa. No te inquietes por mí, cree que mi corazón se siente satisfecho y que voy á cumplir mi misión en esta vida.

Por toda contestación, Jorge le estrechó la mano. Comprendía que la separación era necesaria, traslucíase en las palabras de su amigo tan generoso ardor, que adivinaba en aquella brusca separación, una abnegación sin límites.

Al día siguiente Daniel le dejó con los ojos henchidos de lágrimas. Había pasado la noche sin dormir, arreglándolo todo en su habitación y dando un adiós supremo á aquellas paredes, que, á no dudar, no le volverían á ver. Latíale el corazón de contento, y sin embargo notábase en él una tristeza vaga, la tristeza que las buenas almas experimentan, cuando dejan una morada en donde han esperado y llorado.

En la calle detuvo á Jorge un instante.

—Vendré á verte, si me es posible,—le dijo con rapidez.—No me guardes rencor y trabaja por dos.

Y se separó de él de prisa y corriendo. No había querido que su amigo le acompañara.

Tal oleada de pensamientos se barajaban en su cabeza, que llegó á la calle de Amsterdam sin haberse dado cuenta de la distancia recorrida.

El pasado y el porvenir henchían por completo su espíritu: volvía á ver á la señora de Rionne moribunda; seguía con pasmosa lucidez, un mes tras otro, los años transcurridos; y, al propio tiempo

trataba de prever los acontecimientos que se iban á desarrollar.

Una figura dominaba el delirio de su imaginación: la de Juana, la de Juana pequeñita, tal como la había dejado en la arena de la avenida, en el bulevar de los Inválidos. Sentíase una llama en el pecho de abrasadora ternura.

En conclusión aquella niña le pertenecía, su madre se la había dado, le pertenecía como una herencia de amor. Maravillábase de que se la hubiesen podido robar por tanto tiempo; se rebelaba, y se aquietaba después, cuando llegaba á pensar en que se la iban á devolver. Sería suya, del todo suya. La querría como había querido á su madre, de rodillas, como á una santa. Y su mente desbarraba y sentía que la locura y la abnegación se apoderaban de su sér.

Su inmenso cariño se desbordaba y le comprimía. Durante quince años había estado llevando con fuerza sus manos al corazón para impedirle que latiera; habíase reducido al oficio de máquina, había esperado mudo, frío, pasivo. El despertar llegaba, despert terrible de pasión. Habíase operado en aquel corazón un trabajo oculto, incesante; las facultades amativas, por falta de expansión, se encontraban crecidas é irritadas; y por tal manera había llegado á sustentar la idea fija. Todo se exageraba; no podía pensar en Juana, sin sentirse tentado á arrojarse.

De repente se encontró en el gabinete del se-

ñor Tellier, sin saber cómo había penetrado allí. Oyó un criado que le decía: «Sírvase usted sentarse, el señor va á venir», y se sentó, procurando estar tranquilo.

Aquel instante de soledad le fué provechoso. Habíase puesto á balbucear, á haberse encontrado allí de buenas á primeras con su futuro señor. Levantóse y dió la vuelta al gabinete, fijándose en la biblioteca y en la multitud de objetos que llenaban los muebles y el escritorio. Todas aquellas cosas, de gran lujo por cierto, le parecieron de mediano gusto.

Veíase, sobre una consola, una preciosa estatuita de la Libertad, de mármol blanco, que Daniel habría tomado por una Venus, á no haber reparado en el gorro frigio coquetonamente colocado sobre sus rizados cabellos.

El joven miraba con curiosidad aquella chuchería, preguntándose qué significado podía tener en semejante sitio, cuando oyó un ruido de tos.

El señor Tellier penetró en la estancia.

Era un hombre corpulento, con cara ancha y con ojos redondos y salientes. Llevaba la cabeza erguida, y al hablar, hacía un ademán con la mano derecha, siempre el mismo.

Daniel le explicó en breves palabras quién era y lo que deseaba.

—¡Ah! muy bien,—contestó,—se me ha hablado de usted, y tengo para mí que podremos entendernos. Siéntese usted, se lo ruego.

Y él por su parte fué á sentarse en el sillón

que se encontraba enfrente de su mesa de escritorio.

El señor Tellier estaba lejos de ser una mala persona, y á veces hasta había dado prueba de estar dotado de inteligencia suficiente. Tres ó cuatro ideas solemnes, cuando se tocaban ciertos resortes, se paseaban en su cerebro, semejantes á los muñequitos que dan vueltas en ciertos organillos.

Cuando aquellas tres ó cuatro ideas dormían el sueño de los justos, su vacuidad daba miedo á cualquiera.

Tan sólo tenía un vicio, el de tenerse por un político profundo. Disparataba con la mayor gravedad, gobernaba los Estados como las porteras gobiernan sus garitas, repitiendo las mismas frases y diluyendo sus escasas ideas en un diluvio de palabras. Por otra parte su buena fe era incontestable y vivía muy en paz con su tontería.

Desde la infancia había venido hablando del pueblo y de la libertad con solemnidad abrumadora. Después, en plena prosperidad, teniendo á sus órdenes enjambres de obreros, confirmó sus filantrópicos discursos, sin percatarse de que mejor haría si hablase menos de aumento de salarios. Pero tanto el pueblo como la libertad eran, en su sentir, cosas abstractas que se habían de amar platónicamente,

Así que hubo reunido una fortuna colosal, ya no quiso vivir sino, como quien dice, por amor al arte; hízose nombrar diputado.

Sentía goces de niño cuando se encaminaba á

la Cámara. Allí escuchaba religiosamente las grandes palabras y las largas frases vacías de sentido que tanto le entusiasmaban; y todas las noches, al recogerse á su casa, estaba persuadido de que acababa de salvar á Francia.

Hacía la oposición tan sólo por cariño; á más de que, á sus propios ojos, esto le revestía de importancia considerable. Pensaba ser el necesario dique opuesto á la invasión de la tiranía. Quedábase atónito cuando, en las calles, el pueblo no caía á sus plantas llamándole su padre.

Por lo demás, él no inquietaba á nadie, no más al poder que á la oposición, y presentábase tan zote en ciertas circunstancias, que muchos le creían vendido. El buen hombre no habría encontrado quien le comprara, porque se estimaba en mucho y era sobrado poco lo que valía. Hallábase dotado de la materia del imbécil, mas no de la del intrigante.

Hablaba de vez en cuando en el Cuerpo legislativo, leyendo discursos interminables. Un día trató sobre un asunto industrial, y salió muy airoso del paso, por encontrarse en su propio elemento. Pero su vanidad soñaba en las grandes discusiones de principios, y entonces chapoteaba miserablemente en medio de los lugares comunes de todas las democracias.

Su mujer hizo los imposibles para evitar que entrase en la Cámara.

No teniendo más ambición que la del lujo, prefería que su marido se eclipsase completamente.

Pero él se las mantuvo tiasas; díjole que la dejaba en libertad para sus diversiones, y que él, por su parte, quería regocijarse á su modo y manera. Hicieron, como quien dice, rancho aparte. La mujer, fuera de quicio, hizo alarde de los tocados más extravagantes, tirando la casa por la ventana; el marido puso el grito en el cielo contra el lujo, enalteció la saludable rudeza de las repúblicas y ostentó las frases hueras de su humanitarismo. En el fondo sus locuras allá se iban la una con la otra.

Desde entonces la ambición del señor Tellier no tuvo límites y soñó en envanecerse con el título de escritor. Empezó una extensa obra sobre economía política, en la que no tardó en poner de relieve su nulidad. En aquel entonces fué cuando sintió la necesidad de tener un secretario.

Daniel se presentó muy humilde, muy á la devoción del señor Tellier. Aceptó todas las condiciones que á éste le plugo imponerle; por lo demás, apenas le escuchaba; no veía la hora de verse instalado en la casa.

Cuando todo quedó convenido:

—¡Ah! me olvidaba,—dijo el diputado.—Puesto que hemos de vivir juntos, fuerza es que no haya ninguna mala inteligencia entre nosotros. La fe es libre, y en modo alguno querría exigir la menor concesión de la conciencia de usted... ¿Cuáles son sus opiniones?

—¿Mis opiniones?—repitió Daniel estupefacto.

—Sí. ¿Es usted liberal?

—¡Oh! cuanto hay de más liberal,—se apresuró á contestar el joven, quien hizo felizmente memoria de la estatuita de mármol.

Y se volvió instintivamente hacia la consola.

—¿La ha visto usted?—repuso el señor Tellier en tono penetrante.

Se levantó y cogió la figurilla de mármol.

—Aquí tenemos la gran Madre,—agregó con énfasis;—es la virgen humana que ha de regenerar á los pueblos.

Daniel miraba con curiosidad, haciéndose cruces al oír emplear tan estupendas palabras, tratándose de cosa tan diminuta. El diputado contemplaba el mármol con cariño, y parecía un niño grande jugando con un polichinela. Un día su juguete desapareció y se le estuvo buscando durante muchas horas; era Juana, salida por un día del convento, que la había cogido para mecerla en sus bracitos, figurándose mecer una muñeca.

Al contemplar los conmovidos ojos del señor Tellier, Daniel se percató de que aquella buena mujercita representaba, ni más ni menos, para él, la divisa fuerte y poderosa. La Libertad, que reclamaba á fuertes voces, no era otra cosa que aquella griseta de mármol, muy linda y muy sonriente. Era, en una palabra, una Libertad de bolsillo.

El señor Tellier tomó el partido de sentarse de nuevo en su sillón. Aceptó en definitiva los servicios de Daniel, y se engolfó en consideraciones políticas de la más impenetrable obscuridad. El pobre

muchacho empezaba á hacer su aprendizaje de mueble obediente.

En medio de un largo período, el orador se vió desagradablemente interrumpido por risas que partían de la habitación inmediata.

—¡Tío, tío!—decía una voz juvenil, con entonaciones de alegría.

Y la puerta se abrió vivamente.

Entró una joven de alta estatura, moviendo gran algazara; y, corriendo hacia el señor Tellier, le enseñó dos pájaros de las islas, encerrados en una jaula dorada que llevaba en la mano.

—¡Oh! mire usted, tío,—le dijo,—¡cuán preciosos resultan con su gran delantal rojo, su manto amarillo y su cresta negra!... Me los acaban de dar.

Y se reía, echando atrás la cabeza para ver mejor á los prisioneros, con movimientos de flexibilidad seductora. A pesar de ser ya toda una mujer, su aspecto era de niña. Diríase que llenaba de aire y de luz el austero gabinete; sus blancas faldas despedían un brillo suave y claro y su rostro resplandecía como rosada aurora. Iba de acá para allá, balanceando la jaula, ocupando toda la habitación y dejando por do quiera el fresco perfume de la juventud y de la hermosura. Luego se mantuvo erguida, seria, altiva, con la frente ancha, insondables los ojos, en medio de su virginidad tan alta-nera como inocente.

Aquella era Juanita.

¡Juanita!... Daniel se había levantado, temblo-

roso, mirando á su querida hija con una especie de respetuoso terror. Jamás se había imaginado que hubiese llegado á crecer. Habíasela figurado siempre tal como la había dejado, y esperaba, cuando volviese á verla, que había de inclinarse para besarla en la frente.

Y hé aquí que se la encontraba alta, bellísima, orgullosa; parecíale semejante á las demás mujeres que hacían mofa de él. Por nada del mundo habría querido acercarse á ella y besarla; con sólo pensar que iba á mirarle, casi desfallecía.

Le habían cambiado su hija. Lo que él quería era una niña, pues jamás sería osado á hablar á aquella alta y hermosa mujer que se reía tan regocijadamente y que parecía tan orgullosa. En aquel primer instante de sorpresa, no sabía darse cuenta de lo que allí hacía, y se olvidaba de lo que la muerta le había encargado.

Habíase refugiado á un rincón y se mantenía en pie, sin saber qué hacer de las manos. Con ser mucha su ansiedad, no le era dable apartar las miradas del rostro de la joven; pensaba que se parecía mucho á su madre, con todos los esplendores de la vida, y sentía que un suave calor le ascendía al pecho.

Juana, que escuchaba las amonestaciones de su tío, ni le veía tan siquiera.

El señor Tellier, contrariado por haber sido interrumpido, la miraba severamente, muy dispuesto á enfadarse. No le gustaban los ademanes petulantes de las jóvenes, que le trastornaban los pensamientos,

—¡Gran Dios!—exclamó,—entras aquí como un huracán. Aquí no estás ya en el colegio. Procura ser razonable.

Juana, ofendida, se puso seria, y una imperceptible sonrisa de desdén movió sus rosados labios. Adivinábase en ella una rebeldía contenida. Sus claros ojos habían comprendido con seguridad toda la imbecilidad de su tío, y tan sólo se reía maliciosamente, como para protestar contra la gravedad que le imponía.

—Con tanto mayor motivo,—agregó pesadamente el señor Tellier,—cuanto que en este instante tengo gente aquí.

Juana se volvió, buscando á la gente, y entonces distinguió á Daniel en su rincón. Miróle con curiosidad durante unos segundos y acto continuo hizo un ligero mohín de disgusto. Hasta entonces tan sólo había amado las imágenes de santos del convento, por lo que aquel joven flaco, de facciones duras, que se mantenía allí cohibido, no le recordaba maldita la cosa los santos de su libro de misa, con sus puros perfiles y sus barbas sedosas.

Ante aquella mirada, Daniel había bajado la cabeza. Sentía que el rubor le subía á las mejillas, y padecía lo que no era decible. Nunca habría creído que aquel encuentro, tan ardientemente ansiado durante largos años, hubiese resultado tan penoso para él. Hacía memoria de las emociones que le agitaban al ir á la calle de Amsterdam; veíase en la calle, delirante de entusiasmo, soñando en coger á Juana en sus brazos y llevársela. Y se encontraba allí,

temblando delante de la joven y sin acertar con una palabra.

Una fuerza inepcible le impulsaba hacia Juana. Tras de las timideces del primer instante, le acometían impulsos de caer de rodillas. No era la presencia del señor Tellier lo que le contenía, pues había perdido la memoria de dónde se encontraba; pero el abrumador sentimiento de la realidad le clavaba en el suelo.

Bien veía que Juana no le conocía. Había sorprendido la mueca de la joven, y un inmenso bochorno llenóle el corazón de amargura. Juana no le quería, ni le querría jamás. Y de esto deducía que él no sería nunca su padre y que ella no sería nunca su hija.

En tanto que pensaba de este modo, Juana, un poco cohibida, dió algunos pasos; en seguida tomó la jaula y se retiró más que de prisa, sin contestar ni una sola palabra á su tío.

En cuanto hubo salido:

—Mi joven amigo,—dijo el señor Tellier,—háblame quedado en la cuestión teórica de la asociación. Ponga usted dos obreros juntos...

Y estuvo hablando durante una hora larga de taller. Daniel movía la cabeza, como en señal de aprobación, pero sin escuchar una palabra. Miraba furtivamente la puerta por donde Juana había salido, y sus imaginaciones se extraviaban, inquietas.

Al día siguiente Daniel quedaba instalado en casa del señor Tellier. Ocupaba en el cuarto piso, una habitación bastante capaz, cuya ventana daba á un ángulo del cuerpo del edificio que miraba al patio.

Debía de trabajar por la mañana, de ocho á doce, en el gabinete. El trabajo se reducía á escribir algunas cartas y á oír las interminables arengas del diputado, quien parecía querer experimentar el efecto de sus discursos en cabeza de su secretario. Luego, por la tarde, se ocupaba en poner en orden la obra en que el señor Tellier se había engolfado. La noche le pertenecía por completo.

Había indicado el deseo de comer en su habitación; así fué que en los primeros días la servidumbre del hotel ni siquiera echó de ver su presencia. Dirigiase al gabinete de trabajo, á paso ligero, sin detenerse un punto. Luego se encerraba en su cuarto y ya no se le veía ni se le oía.

Una noche salió para dar un apretón de manos á Jorge. Su amigo le encontró fatigado y receloso. No habló de su existencia presente, y sí sólo y febrilmente del pasado. Jorge comprendió que se refugiaba en los recuerdos. Ofrecióle, tras alguna vacilación, que volviese á habitar con él y á reanudar

la obra común. Pero Daniel se negó casi amostazado.

Durante aquellos tristes primeros días, tan sólo le ocupó un pensamiento: llegar á conocer el corazón de Juana, enterarse de lo que se había hecho con su querida hijita. Se la devolvían enteramente distinta de como él la había dejado. ¿Quién era aquella alta señorita desconocida, cuyos labios sonreían tan desdeñosamente?

Estableció una especie de investigación secreta; púsose en acecho, espionando las acciones de Juana, comentando sus menores gestos y sus menores palabras. Exasperábase por no poder vivir más tiempo en su intimidad. Gracias que la viese atravesar una habitación, que la oyese reír, pronunciar algunas rápidas expresiones. Parecíale inaccesible, rodeada de deslumbradora luz; cuando se encontraba en su presencia, en el esplendor de su belleza y de su juventud, sentíase anonadado como delante de una divinidad.

Todas las tardes, allá á las cuatro, cuando hacía buen tiempo, poníase á la ventana. Abajo, en el patio, un carruaje esperaba á la señora de Tellier y á Juana, para llevarlas al Bosque. Ambas mujeres bajaban lentamente la escalinata, arrastrando sus largas faldas. Daniel no veía más que á la joven,

Estudiaba sus menores movimientos. Dejábase la joven caer en los almohadones del coche con indolencia que no era de su agrado. Además sus tocados le repugnaban; no dudaba que todas aquellas cintas y todos aquellos encajes constitufan lo que le inti-

midaba y lo que tan alejado le tenía de ella.

El coche partía, Juana se entregaba al suave vaiven de los muelles y Daniel permanecía solo, mirando el patio vacío. Aquel grande hueco que allí se abría, parecía entonces negro y desolado. Miraba tristemente las descoloridas paredes y pensaba con amargura en los hermosos sueños que había acariciado en otro tiempo, contemplando los gigantes olmos del callejón de Saint-Dominique-d'Enfer.

Acabó por decirse en su interior que Juana era de mal carácter y que la pobre difunta había tenido razón para temblar. Pensaba así por despecho, por enojo, al ver que no le era dado comprender cuanto veía en torno suyo.

La transición era demasiado brusca. Había vivido en una austeridad monacal, como benedictino en el fondo de su celda, no conociendo de la vida más que las rudezas y las miserias. Aquel gran sabio ingénuo experimentaba un santo temor por el lujo, y no sabía una palabra tocante al corazón de la mujer.

Y, de repente, hé aquí que se veía cara á cara de la vida opulenta y ociosa, y que echaba sobre sí la tarea de descifrar el alma impenetrable de una joven. Si Juana hubiese acudido á tenderle amistosamente la mano, como tiempo atrás, Jorge le había tendido la suya, habría encontrado esta acción muy sencilla, ya que nada sabía acerca de las costumbres mundanas. No iba más allá de aquellos trapos que le ponían los pelos de punta; así

era que, en su sentir, el corazón estaba maleado.

Recluída en el convento hasta la edad de dieciocho años, Juana había conservado toda la puerilidad de la primera infancia. Tanto el corazón como la inteligencia se le habían quedado como adormecidos en las charlatanerías de sus amiguitas, sin ver más allá de la vida que una hechicería deslumbradora, en la que había de entrar con el andar de los tiempos. Sus días habíanse llenado con las mil necesidades de la educación que damos á nuestras hijas. De esta suerte habíase convertido en una niña nerviosa, en una muñeca á quien se adiestraba para la elegancia y la distinción.

El recuerdo de su madre se hallaba por modo indeciso en la mente de Juana. De ella no se le hablaba nunca, y si pensaba alguna vez, era cuando veía á las madres de las otras niñas acercarse al locutorio. Bien sentía entonces que algo faltaba á su corazón, mas no habría podido decir qué.

Al ir entrando en años, fuese acostumbrando á la soledad en que se encontraba. Su corazón habíase cerrado; se hizo indiferente, casi mala. El talento se desarrollaba en ella, un talento burlón y agresivo, lo que le atrajo una reputación de despiadada fisgona. Todas las sensibilidades de su naturaleza amante quedaron adormecidas en el fondo de su sér. Tal vez habría bastado un solo beso para hacer de aquella burlona una mujer tierna y abnegada. Pero nadie se hallaba allí para darle aquel beso.

Luego salió del convento y entró en la deplorable escuela de la señora de Tellier. Había á la sazón

dos seres en ella: la joven zumbona, la niña desdenosa y rebelde, y el alma buena que se ignoraba á sí misma, que se revelaba á veces en una mirada de intensa ternura.

Lanzóse al lujo con verdadera pasión. Satisfizó toda su fiebre de juventud, de la cual no sabía que hacer. Aquello fué una vehemencia, una completa saciedad. En determinados instantes sentía el vacío de la existencia que llevaba con su tía; mas entonces se mofaba de sí misma, probándose que nada le hacía falta y acusándose de ansiar cosas que no existían. El cariño, en realidad, jamás existió para ella.

Entonces caía de ánimo. Trataba de satisfacerse tan sólo por la vanidad; obtenía toda la vanidad posible con el crujir de las ricas telas, con la admiración de la multitud, con el bienestar de la riqueza.

Y para sí tenía que aquello era vivir.

El ciego Daniel no podía penetrar en aquella alma complicada. Veía muy bien las miradas de desprecio, pero no distinguía en el fondo de los ojos una claridad de ternura. Oía á maravilla las palabras breves y risueñas, mas no se daba cuenta de las lágrimas que se ocultaban en los estallidos de gozo.

Tuvo, pues, para sí que Juana tenía un mal carácter, y sufrió horriblemente al hacer tan triste descubrimiento. Así fué que resolvió no darse á conocer. Quería desempeñar el papel de guardián invisible y no el de adocenado protector. Por otra parte no se le ocultaba que el carácter altanero

de Juana sacudiría el yugo, por ligero que fuese. Luego, hablando con verdad, si forzoso le hubiese sido confesar á la joven quién era y de qué misión la señora de Rionne le había encargado, en toda su vida se habría encontrado con la audacia ni con las palabras necesarias.

Lo que más le admiraba era sentir crecer su abnegación y su ternura por Juana, después que, en su fuero interno la diputaba por mala. Sentía contra ella iracundias mezcladas de adoración. Cuando la veía burlona, cifrando sus alegrías en un vestido ó en una joya, corría á encerrarse en su habitación; ya allí, encontrábala tal como la acababa de dejar, grande y tan hermosa, que hacíase buena. Jurábase entonces despertar su corazón, para poder adorarla con toda libertad.

Hasta entonces no se había explicado con claridad la posición que se le había señalado á la joven en casa de su tía. Acordábase de que la señora de Rionne le había hablado de una ruina inmediata, y de doce años á aquella parte, el padre debía de haber consumado á manos llenas aquella ruina. Procuró informarse con toda discreción, y supo que, efectivamente, el vividor se hallaba ya en las últimas tocante á dinero. Por lo que respecta á Juana, no debía de contar con capital alguno. Desde entonces Daniel no pudo por menos de admirarse de la hospitalidad ofrecida por la señora de Tellier á su sobrina.

La verdad era que la señora de Tellier había comprendido, desde el primer día, que en cierto modo

adoptaba á la hija de su hermano; y por esto fué por lo que la dejó el mayor tiempo posible en el convento. Además, como se fuese acercando á los cuarenta, habíanla acometido tristezas, á consecuencia de secretas desazones. Acordóse de Juana y la llamó á su lado, con la resolución de casarla.

Por lo demás, los gastos que hacía en obsequio de la joven, entraban de lleno en sus placeres. Véase siempre en ella á la mujer positiva. Ataviando á la joven se ataviaba á sí misma; y así satisfacía su amor al lujo y su vanidad. Puesto que su sobrina había de figurar en su salón, no habría consentido que en él entrase sin hallarse maravillosamente ataviada.

Tal vez otro sentimiento se albergaba además en el fondo de su corazón. Según las apariencias, no le disgustaba inspirar pasiones en los postreros años de su belleza. Era aquélla una especie de lucha que entablaba con la joven; acometíanla inmensas alegrías siempre que los invitados desatendían á Juana para ir á rodearla á ella. Sentía una especie de placer al decir á todo el mundo que su sobrina carecía de dote, y se reía para su sayo cuando los pretendientes se retiraban.

Quizás hasta calculaba el desastroso efecto que producirían entre los pretendientes los ricos tocados de Juana, cuando llegaba á su noticia que no tenía un sueldo. Su sobrina llegaba á ser para ellos una flor rara, pero peligrosa, de mantenimiento demasiado caro. De esta manera la alejaba de todas las manos, y ella se deleitaba con aquel juego.

Por otra parte, había esperado encontrarse con una boba, y el carácter ágrío, frío y mordaz de Juana, la dejó agradablemente sorprendida. Había llegado á ser amiga de aquella burlona que la divertía; así era que la excitaba, la impulsaba á la maldad, aunque sin segunda intención. Careciendo de la bondad que habría despertado la de aquel corazón cerrado aún, creía prestar á Juana un verdadero servicio dándole una educación mundana.

Ambas vivían de la misma vida: la tía con tranquilidad perfecta, la sobrina con sordas inquietudes. Eran aceptadas en la sociedad de París, la una como reina de la moda, la otra como una infanta que, tarde ó temprano, había de ser la reina.

Daniel, en su habitación, cuando las veía subir al mismo coche, experimentaba repentinos arrebatos de cólera. Acordábase de las palabras de la moribunda, quien preveía las funestas lecciones que la hermana de su marido daría á su hija, y se preguntaba cómo podría él obrar contra aquellas lecciones.

Una mañana, el señor Tellier, que había ido concibiendo amistad por su secretario, le invitó á un sarao que había de dar aquella noche. El primer pensamiento de Daniel fué el de rehusar con espanto; la idea de encontrarse en un salón, á la deslumbradora claridad de las bujías, en medio de una turba elegante, le era insoportable de todo punto.

A seguida oyó una voz, la extinguida voz de la

señora de Rionne, que le decía en el fondo de su sér: «Usted irá por do quiera que ella vaya, usted la protegerá contra las asechanzas del mundo.»

Y aceptó temblando la invitación del señor Tellier.

Por la noche pasó más de una hora en su habitación, delante de un espejo. El pobre muchacho no se las echaba de presuntuoso, pero temía caer en ridículo delante de Juana. Consiguíó, pues, vestirse con toda la posible sencillez, de modo que pasase inadvertido.

Bajó y deslizóse en el salón. Al entrar experimentó esa sensación de ahogó y de ceguera que siente el nadador al hundir su cabeza en el agua; las luces giraban á su vista, el ruido de voces zumbó á sus oídos, y perdió casi la respiración. Mantúvose un instante inmóvil, oprimido, luchando con el mal que invadía todo su sér.

Nadie había fijado la atención en su entrada. Poco á poco el peso que le aplastaba se fué desvaneciendo. Respiró con toda holgura.

Dióse cuenta con claridad de la escena que tenía delante de él. El gran salón, blanco y oro, resplandecía á la claridad de las bujías; los dorados broncees lanzaban sus vivos resplandores, y las paredes ostentaban reflejos que hacían cerrar los ojos.

Un ambiente tibio pesaba en la habitación, trayendo los perfumes de los ramilletes que se mezclaban con los de los hombros de las damas.

Daniel observó que las señoras se mantenían sentadas en el fondo, mientras que los caballeros, en

separados bandos, hablaban entre sí, junto á las ventanas y las puertas. Toda aquella gente se hallaba por tal modo diseminada por grupos de algunas personas, los trajes negros en pie y los vestidos de seda ostentados en los sillones.

No se percibía más que un suave murmullo, del que se destacaban, de vez en cuando, risitas inmediatamente reprimidas.

Una especie de instintivo respeto se había apoderado de Daniel. Miraba á aquellos hombres graves, á aquellos jóvenes elegantes, y dispuesto se hallaba á admirarlos de buena fe. En su vida se había encontrado en semejante fiesta. Sentíase sorprendido y pensaba para sí que había sido súbitamente transportado á una esfera de luz, en donde todo había de ser bueno y hermoso. Aquellas hileras de butacas en que las damas, al par que sus sonrisas, exhibían cuellos y brazos desnudos, cargados de joyas, le producían verdadero arrobamiento. Luego en el centro distinguía á Juana, altiva, victoriosa, rodeada de adoradores, y allí estaba, para él, el lugar sagrado de donde partían todos los rayos.

Quiso disfrutar de la conversación de aquellos seres superiores, y se aproximó discretamente á un grupo, en el cual el señor Tellier parecía discutir una grave cuestión.

Hé aquí lo que oía:

—Estoy un tanto constipado desde ayer,—decía con toda solemnidad el diputado.

—Hay que cuidar eso,—contestó un anciano caballero.

—¡Bah! se irá como ha venido...

Daniel no escuchó más, y sintió en el alma haber olvidado que el señor Tellier era un mentecato, lo que no ignoraba de quince días á aquella parte.

Dió algunos pasos y se encontró detrás de una joven que se hallaba al lado de un elegante. La joven, lánguidamente sentada, con una sonrisa en los labios, medio inclinaba su pensativa frente; parecía escuchar la música de los ángeles y vivir lejos de la tierra, en un mundo ideal. El elegante, apoyado ligeramente en el respaldo del sillón, asemejábase á un querubín vestido con traje negro.

Daniel creyó que iba á sorprender una de esas conversaciones de amor, como las que describen los poetas.

—¡Qué tiempo tan atroz ha hecho hoy!—decía el joven en voz queda.

—¡Oh! no me hable usted de ello,—contestaba la joven con emoción,—la lluvia me da jaqueca, y debo de estar hecha una visión esta noche.

—Usted está soberanamente hermosa...

—¿No se ha fijado usted en que cuando llueve el rizado de los cabellos no se sostiene?

—Es mucha verdad.

—Me he visto precisada á mandarme peinar tres veces, y, ya ve usted que mis cabellos se despeluznan.

—Yo, en estos casos, me valgo de la goma en polvo.

—¿De veras?... Doy á usted mil gracias por la receta.

Daniel creyó que se las había con un peluquero,

y se alejó más que de prisa para no turbar tan tiernas confianzas. Acercóse entonces á dos jóvenes, ya un tanto machuchos, que hablaban aparte. Pensaba que aquéllos, no teniendo ninguna mujer á quien distraer, debían de hablar como hombres.

En efecto, hablaban como cocheros. Daniel no comprendía del todo su lenguaje; la gerga de los salones era una lengua nueva para él, y tóvulos en un principio por extranjeros. Luego vino á comprender ciertas palabras francesas; adivinó que hablaban de mujeres y de caballos, sin saber á ciencia cierta qué frases se aplicaban á los caballos y cuáles á las mujeres, pues los trataban con el mismo cariño y la misma grosería.

Entonces Daniel dirigió una mirada precisa al salón. Empezaba á comprender que había sido víctima de una especie de fantasmagoría; las ordinarietas, las tonterías llegaban á sus oídos claras y brutales, semejantes á esos fragmentos de diálogo que se arrastran miserablemente en las comedias de magia, en medio de los esplendores de la puesta en escena.

Todo aquéllo, á su entender, no era más que juegos de luz sobre joyas y estofas ricas. Aquellas cabezas, tanto las jóvenes como las viejas, se hallaban vacías, ó se manifestaban así por civilidad y mundología. Todos aquellos hombres eran comediantes, en los que no había medio de distinguir el corazón ni el cerebro; todas aquellas mujeres no eran más que muñecas que exhibían sus hombros, colo-

cadadas en butacas como se colocan las estatuitas de porcelana en un aparador.

Y apoderose de Daniel una altivez inmensa. Sintióse orgulloso, en aquel instante, de su torpeza y de sus ignorancias mundanas. Ya no tuvo miedo de ser visto, irguió la frente y anduvo por medio del salón. Estimábase en su rudeza tan superior á aquella gente, que sus sonrisas le importaban ya un ardite. Experimentaba como un despertar de orgullo y ocupaba de nuevo con tranquilidad el lugar que le correspondía, en plena claridad.

No había sido osado aun á acercarse al grupo en medio del cual Juana reinaba como soberana. Se dirigió en derechura á aquel grupo y se mantuvo á espaldas de los demás, en la espera de poder pasar á la primera fila.

Juana parecía distraída y apenas escuchaba á los adoradores que se estrechaban á su alrededor. Sabía de memoria todas sus frases, y el tal juego la rendía aquella noche. Retorcía de mal talante el tallo de una rosa; sus desnudos hombros veíanse agitados con imperceptibles movimientos de dedén. Daniel se sintió contrariado al ver á su querida hija por tal modo descotada, y sintió en el corazón una especie de calor desconocido que le corrió por todas las venas.

Encontró á la joven deliciosamente hermosa. Nunca la había podido ver tan bien. Parecíase mucho á su madre, y traía á la memoria el rostro pálido y enflaquecido de la señora de Rionne, echado sobre la almohada. Aquí las mejillas aparecían rosadas,

los ojos despedían las vivas llamaradas de la vida, y la ligera respiración de la boca abría delicadamente sus labios.

Delante de Juana había un joven que á veces se inclinaba hacia ella y que á la sazón medio la ocultaba. Daniel se exasperaba contra aquel joven, cuyo semblante no podía ver. Sentía que el odio le subía al corazón. ¿Por qué aquel desconocido se acercaba por tal manera á la joven? ¿Qué quería de ella y con qué derecho venía á colocarse entre ella y él?

El joven se volvió, y Daniel vió que era Lorin, quien, habiendo reparado en él, se adelantó tendiéndole las manos y con la sonrisa en los labios.

Lorin era amigo de la casa. Cuando trabajaba para hacer su fortuna, había confiado capitales á Tellier, y el industrial se los había hecho prosperar á qué quieres boca. De allí provino su amistad. Las malas lenguas se despachaban á su gusto, añadiendo que el joven tenía otros intereses en la casa y que hacía tiempo que allí acudía para tratar de negocios con el marido y para hablar de amor con la mujer. Sea como fuere, desde la llegada de Juana, Lorin desdeñaba por modo singular á la señora de Tellier.

Tomó el brazo de Daniel, y así atravesó el salón hablándole á media voz.

—¡Cómo!—le dijo.—¿Usted por aquí? ¡Cuánto cerebro llegarle á ver!

—Gracias,—contestó Daniel con bastante sequedad, contrariado por semejante encuentro.

—¿Cómo anda Raymond?

—Perfectamente.

—¿Por lo que se ve, ha consentido usted en dejar su celda para extraviarse en los paraísos de este mundo?

—¡Oh! ya me volveré á encontrar; conozco el camino.

—Por ventura, ¿viene usted por la joven que admiraba usted desde allí con tanta ansiedad?

—¡Yo!—exclamó Daniel con particular acento.

Y miró á Lorin cara á cara, temblando de haber dado lugar á que aquel hombre penetrase en su corazón.

—¿Qué habría en ello de particular?—repuso sencillamente su interlocutor.—Todos la queremos; tiene unos ojos magníficos y unos labios de carmín que prometen. A más de esto, es de lo más gracioso; nadie se aburriría al lado suyo.

Aquel singular elogio de Juana, en semejante boca, exasperó en gran manera á Daniel. Procuraba contener su indignación y se esmeraba en hacerse el indiferente.

—Pero sin un céntimo, caro amigo,—prosiguió Lorin,—¡sin lo que se llama un céntimo! La señora de Tellier, que es bondadosa si las hay, para conmigo, ha tenido la delicadeza de advertírmelo. La niña es hermosa como un ángel, pero es uno de esos ángeles que no se adornan tan sólo con sus alas, sino que hacen un espantoso consumo de seda y de raso. Resultaría una mujer encantadora como po-

cas, pero la desgracia está en que costaría cara como un demonio.

Guardó silencio y pareció ponerse á reflexionar. Luego, bruscamente:

—Raimbault,—le dijo,—¿se casaría usted acaso con una mujer que no tuviese un céntimo?

—No sé lo que haría,—contestó Daniel, sorprendido por aquella repentina pregunta;—nunca he pensado en ello. Yo tengo para mí que me casaría con la mujer á quien quisiera.

—Quizás tendría usted razón,—contestó lentamente Lorin.—Por mi parte, lo tendría por verdadera locura...

Y se detuvo con perplejidad.

—¡Bah!—exclamó por fin,—todos los días se hacen locuras.

Y se puso á hablar de otra cosa. Hizo alarde de su fortuna.

Después, vió á la señora de Tellier, que entraba en el salón, y á cuyo alrededor se formaba un círculo con toda rapidez.

—¿Quiere usted que le presente á la reina de esta casa?—preguntó á Daniel.

—Es inútil,—contestó éste,—la señora me conoce,

—Pero nunca le he visto á usted aquí.

—Bajo aquí por la primera vez. Vivo en la casa. Soy secretario del señor Tellier de quince días á esta parte.

Estas frases secas y breves produjeron un terrible efecto en Lorin.

—¡Usted!—exclamó.

Y aquel «usted» en su boca significaba claramente: «¿Cómo demonio no me lo ha advertido usted antes? No me habría paseado por tan largo rato en su compañía.»

Soltó con toda suavidad el brazo de Daniel y fué á unirse al grupo que rodeaba á la señora de Tellier. Desde el punto y hora en que su antiguo compañero era un subalterno, resultaba comprometedor.

Daniel se sonrió despreciativamente y sintió no haber hablado más pronto, á fin de desprenderse antes y con tiempo de tal personaje. Acercóse á su vez á la señora de Tellier, manteniéndose á algunos pasos de distancia.

La dama era de juventud complicada y laboriosa, y exageraba el aspecto infantil de su rostro, en donde aparecían algunas arruguitas sueltas. De vez en cuando lanzaba una mirada de reojo del lado de Juana, engreída al ver que ella era la más rodeada, la más galanteada. Aquella niña desempeñaba para ella el papel de un simple objeto de comparación, que la tranquilizaba contra la vejez que llamaba á la puerta.

Encontrábase allí Lorin, solícito, galante. Poseía sobrada hipócrita astucia para romper repentinamente con una potencia. Amaba y admiraba á la sobrina, mas decíase para su capote que tal vez habría de necesitar á la tía.

Por lo demás, la señora de Tellier, por vana que fuese, no se equivocaba en modo alguno sobre el

íntimo pensar del joven. Al cabo de un instante le dijo en tono de burlona malignidad:

—Señor Lorin, vaya usted á distraer un poco á mi sobrina, que se está aburriendo de lo lindo allí sola.

Pero se arrepintió en seguida. Lorin, exasperado por haber sido comprendido, se inclinó y fué á acercarse á Juana. Fué seguido por algunos jóvenes, quienes se apresuraron á tomar al pie de la letra las palabras de la señora de Tellier. Formóse un círculo alrededor de la joven. Daniel había conseguido deslizarse en la primera fila.

Juana no estaba ya distraída ni indiferente. Tenía viva la mirada y burlones los labios. Encontrábase en plena lucha mundana, hablando con nerviosidad febril y avivando la conversación insubstancial con toda la viveza de su espíritu inquieto. Su corazón no se interesaba en la contienda.

Daniel la escuchaba dolorosamente. Pensaba que carecía de la necedad de las demás, pero que tenía su sequedad de alma. Y traía á su memoria las palabras de la moribunda; empezaba á comprender que no se respiraba en aquel salón y que allí el corazón debía de cesar de latir.

Juana se mofaba como niño mal educado. Había tomado á Lorin por su cuenta.

—¿Es decir que está usted seguro de que soy encantadora?

—Encantadora,—repitió enfáticamente Lorin.

—¿Y se atrevería usted á confesar eso en presencia de mi tía?

—Ella es la que me manda á decírselo á usted.

—Dóyle gracias mil por su caridad... Mas yo me tengo por buena, y prevengo á usted que corre un gran peligro.

—¿Qué peligro?

—El de pensar seriamente lo que acaba usted de decirme por pura galantería... Usted sabe que voy á mandar poner barreras á mi alrededor.

—Barreras, ¿con qué objeto?—preguntó Lorin, á quien aquella viveza de pensamiento sumía en una especie de zozobra.

Juana se echó á reir encogiéndose de hombros.

—¿No adivina usted?—repuso.—Para evitar que los ciegos se precipiten en el negro abismo de la joven sin dote.

—No comprendo,—balbuceó Lorin.

La joven le miró cara á cara, haciéndole bajar los ojos.

—Mejor que mejor,—agregó.—Luego resulta entonces que usted ha mentido, que no me encuentra usted encantadora.

Y cambió de conversación.

—¿Tiene usted noticia del terrible acontecimiento de ayer en las carreras de la Marche?—preguntó de repente Lorin.

—No,—contestó Juana.—¿Qué ha sucedido?

—Que un jockey se ha deslomado al saltar el tercer obstáculo. El infeliz lanzaba alaridos de dolor, y lo peor es que el caballo que seguía al suyo le trituró una pierna.

—Yo me encontraba allí,—agregó un joven.—

En mi vida he presenciado espectáculo más atroz.

Un ligero estremecimiento contrajo el sereno semblante de Juana. Sintió una especie de lucha en su interior; luego, con tranquilidad:

—Ha sido un torpe,—dijo.—Nunca se ha de caer del caballo.

Daniel hasta entonces había guardado silencio. Las últimas palabras de la joven hicieron que el corazón se le agitara dentro del pecho.

—Perdonen ustedes,—dijo,—estos caballeros no están al cabo de toda la historia.

Todo el grupo se volvió hacia el intruso, quien hablaba con voz segura.

—Esta mañana,—prosiguió,—he leído el caso en un periódico. El torpe que cometió la necedad de matarse, fué conducido ensangrentado á casa de su madre. Aquella mujer, una pobre anciana de sesenta años, se ha vuelto loca de desesperación. En estos momentos, el cadáver del hijo no ha sido aún enterrado, y allá en una choza de la Salpêtrière, hay una madre que grita y que se lamenta.

Mientras que Daniel hablaba, Juana le estuvo mirando. Cuando hubo terminado:

—Doy á usted las gracias, caballero,—le dijo sencillamente.

Y dos lágrimas se deslizaron lentamente por sus mejillas, que palidieron por completo.

Daniel miró correr aquellas lágrimas con alegría intensa.

desagradable y temía airarla por completo contra él. Cuando la veía tan hermosa sentíase pasto de una ternura inmensa y tenía por un crimen el turbarla en su alegría.

Pero su deber hablaba con voz inexorable. Había jurado velar por la felicidad de Juana, y aquella mundana fiebre que agitaba á la joven, no podía ser más que una amarga voluptuosidad, que la dejaría después arrepentida y desalentada. Quería arrancarla á aquellos placeres insubstanciales y veíase en la necesidad de herirla á cada instante, en sus regocijos y en su orgullo.

Así llegó á convertirse en una especie de espantajo, así para Juana como para la señora de Tellier. Vestíase enteramente de negro, manteniéndose siempre allí y alzándose entre sus mujeres y la vida ligera que llevaban. Componíaselas de manera que podía seguir las á todas partes para protestar con su presencia contra la frivolidad de sus diversiones.

Nada más extraño que ver aquel singular muchacho pasearse en el París elegante. Habíasele puesto el nombre de «el Caballero negro», y sólo consistía en él el ser afortunado en amores.

Un día Juana había de pedir limosna para los pobres de una iglesia. Daniel, que contaba ya con sus ahorros, fué á colocarse al paso de la pedidora.

La joven se adelantaba, confiada en su graciosa sonrisa, pensando mucho más en la elegancia de su tocado que en la miseria de los pobres. Hallábase allí como en un salón, semi-burlona y semi-sonriente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1965 MONTERREY, MEXICO

DESDE LA VELADA EN QUE LA HABÍA HECHO LLORAR, Daniel existió para Juana; no se le ocultaba que en el corazón de aquel joven latía un sér del todo diferente de los que le rodeaban. A hablar con verdad, antes que atraerla, la repelía. Aquel joven, grave y triste, de rara fealdad, casi la asustaba; pero sabía que estaba allí, en la casa, y que la seguía por do quiera con incesantes miradas.

Siempre que salía en coche, alzaba la cabeza, á pesar de que se hubiese propuesto no alzarla jamás, y le veía á la ventana. Aquéllo le echaba á perder todo el paseo. ¿Qué sería lo que podría querer? había llegado á preguntarse, temiendo haber cometido alguna falta.

Daniel, por su parte, comprendía que la lucha estaba empeñada, y desempeñaba su papel de preceptor mudo lo mejor que le era dable, con anhelos de postrarse á las plantas de la joven y de pedirle perdón por tanta severidad. Adivinaba que le era

Cuando se halló delante de Daniel, dijo sin mirarle:

—Para los pobres.

La importante cantidad de la ofrenda le hizo levantar la cabeza, y, cuando conoció al joven, se puso como la amapola sin saber por qué. Continuó su petitorio, pero las lágrimas brotaban de sus ojos.

En otra ocasión, asistía en un teatro á la representación de una comedia un tanto libre, y se reía, aunque sin comprender siempre los chistes de los actores. Al volver la cabeza vió á Daniel, que parecía mirarla con reproche. Aquella mirada le llegó al corazón; sin duda hacía mal, pensó, pues el Caballero negro estaba disgustado. No volvió ya á reirse una sola vez, y, durante el entreacto, fué á ocultarse en el fondo del palco.

Pero el hecho que más llegó á impresionarla, fué la intervención de Daniel en una triste escena á que dieron lugar, tanto ella como su tía. La señora de Tellier, ya en otra ocasión, había sido insultada, cuya deplorable aventura vino á renovarse. Dos mozalbetes, regocijados sin duda por un excelente almuerzo, creyeron habérselas con muchachas alegres. Aquellas damas, vestidas por modo tan extraño, parecieronles de fácil conquista. Uno de ellos hasta llegó á asegurar que las conocía.

—¡Eh, Pomponette!— exclamó dirigiéndose á Juana.

Y como la joven le mirase espantada y sobrecogida:

—¿Vas ahora á hacerte la orgullosa?—añadió.

Pero bruscamente se sintió cogido por el brazo; Daniel le tenía fuertemente apretado.

—Caballero,—le dijo,—usted se equivoca... Pida usted sin tardanza perdón á esas señoras.

Le dijo sus nombres y le llevó ante la portezuela del coche. El joven balbuceó, y por toda excusa:

—Perdonen ustedes,—dijo,—pero si las mujeres honradas se parecen á las que no lo son, ¿cómo quieren ustedes que se las distinga?

Daniel le soltó y subió al coche. El cochero recibió orden de volver á la calle de Amsterdam. Y al restallar el látigo se reía burlonamente.

El coche atravesaba la plaza de la Concordia, cuando Daniel distinguió á una reina del «demi-monde», que pasaba con gran algazara. Señálósele á Juana y le dijo sencillamente:

—Señorita, ahí tiene usted á Pomponette.

La joven miró á la desdichada por quien se la acababa de tomar y se puso como el carmín al ver que sus trajes eran iguales; la misma extravagante elegancia, el mismo lujo indolente. En cuanto hubo llegado á su casa, subió á su habitación para llorar con todo desahogo y para apaciguar por tal modo la ira que sentía hacia Daniel.

La señora de Tellier aborrecía al secretario de su marido. En aquella última aventura no había podido por menos de darle las gracias; mas se sentía en gran manera irritada por el continente de aquel mozo, que constituía, á su modo de ver, una mancha negra en su casa.

En más de una ocasión, había intentado que

se le despidiera; pero el diputado tenía apego á Daniel, que se hacía indispensable. Estábase permitido ser todavía más necio, desde el momento en que pagaba una inteligencia para tener talento; y sentíase tan á su sabor en su tontería, qué buen cuidado tendría en privarse de aquella cómoda ciencia. Las quejas de su consorte acogíalas con condescendencia llena de superioridad; mandóla á sus trapos, diciéndola que puesto que él toleraba sus tocados, ella tenía que tolerar á su secretario. Mientras no había sido más que industrial, se había mostrado obediente; pero desde que era diputado, había tomado actitudes de amo y señor, y quería dirigir cuanto se hallaba en torno suyo.

Daniel no se daba siquiera cuenta de las iras que suscitaba. Iba derecho á su objeto, como ciego, como hombre fuerte con la generosidad de sus intenciones. En rigor mostrábase poco diestro. La señora de Rionne no había podido dar con abnegación más completa, con tenura más profunda; mas esperaba quizás mayor flexibilidad, mayor habilidad en el cumplimiento de su penosa misión.

El joven cumplía apasionadamente su cariñosa empresa. Sus ignorancias, sus generosas brusquedades le enaltecían más aun. Si se encontraba descentrado en el mundo en que las circunstancias le obligaban á vivir, representaba en cambio en él la fe jurada, la abnegación. La difunta, en las clarividencias de la muerte, había juzgado á Daniel. Mientras que el señor de Rionne acababa de arruinarse, sin parar siquiera mientes en que tenía una

hija; mientras que la señora de Tellier trabajaba egoístamente en la desgracia de Juana, él, sin contar con más parentesco que el del agradecimiento, velaba por aquella niña y sentía amargamente no poder invocar título alguno humano para obtener su cariño. Había concluído por comprenderlo así y no pasaba día sin que la ofendiera. Era indudable que Juana se preguntaría con qué derecho la seguía á todas partes, mirándola con sus severos ojos. No era para ella sino un simple empleado, un pobre diablo que se ganaba el pan con gran trabajo. Por compasión no quería hacerle despedir. Y en cuanto á él, en su rudeza fingida, sentía grandes desfallecimientos; sentía á veces que el desdén de Juana le abrumaba y que su corazón se aniquilaba entonces en agonía sin límites.

Si hubiese estudiado mejor las temerosas al par que altivas miradas que la joven le dirigía, á buen seguro que habría experimentado una alegría consoladora. Daniel excitaba en ella una emoción indefinible; las ternuras que dormían en el fondo de su sér se agitaban sordamente; tomaba por transportes de cólera lo que tan sólo era el inquieto despertar de su corazón. Daniel le producía un remordimiento que no se quería confesar. Cuando se hallaba en su presencia experimentaba una especie de bochorno, y ésto era lo que la amostazaba contra él.

Una y otra vez Daniel repetía todas las mañanas que había hecho muy mal en no robarla cuando era pequeña; esta era su eterna desesperación.

Ponía frente á frente de esta cabeza de chorlito, de esta burlona, la joven dulce y buena que él habría educado. Le habían mal criado el corazón de su niña, y ahora ya no le era posible renovar su educación; presenciaba con dolor las ligerezas, las maldades de aquella alma perdida, de la que había jurado hacer un alma tierna.

Un día entró Juana en el gabinete del señor Tellier en busca de un libro, y se tomó el maligno placer de moverse en torno de Daniel, á quien creía poner en zozobra. Había observado que el Caballero negro no era severo sino delante de la gente, y que se convertía en extremo tímido cuando se encontraba á solas con ella.

Y aquella observación era exacta; sentíase apocado delante de la joven. No había pensado en explicarse jamás los rubores súbitos, los temblores que le sobrecogían en su presencia, en la intimidad. Temía verla, oírla cara á cara, porque sentíase tan sólo un niño, y de ella entonces era la ventaja.

Juana aquel día, desesperando de hacerle levantar la cabeza, iba á retirarse cuando la falda de su vestido fué á engancharse en el ángulo de un mueble y se desgarró con ruido seco. Al crujir de la tela, miró y vió á Juana que le sonreía tranquilamente mientras desenredaba el vestido.

Vió la necesidad en que estaba de hablar y salió con una tontería.

—Hé aquí un vestido perdido,—balbuceó.

Juana le echó una mirada de sorpresa que á

todas luces quería decir: «Y á usted ¿qué le va ni qué le viene?»

Y acto continuo, con su maligna sonrisa le preguntó:

—¿Sería usted sastre, por ventura, para poder apreciar el daño recibido?

—Como soy pobre,—repuso con más firmeza Daniel,—no me gusta ver que se pierden las cosas caras. Perdóneme usted.

La joven se sintió conmovida por la emoción con que había pronunciado tan sencillas palabras.

Se acercó á él, y agregó:

—Por lo que se ve, señor Daniel, usted detesta el lujo...

—No lo detesto,—contestó el joven,—sino que le temo.

—¿Y acaso para ejercitarse en el valor es por lo que frecuente usted los sitios en que se reúne la gente de buen tono? Creo que en ellos le he visto á usted alguna vez.

Daniel no contestó.

—Temo el lujo,—repitió,—porque es peligroso para el corazón.

Juana se sintió herida por la mirada con que acompañó estas palabras.

—Es usted menos que galante,—concluyó con sequedad.

Y salió, irritada, dejando al pobre secretario desesperado por su torpeza y su grosería.

De sobra veía que la joven se le escapaba y acusábase de no saberle dar lecciones dulces y pro-

vechosas. Cuando había conseguido enternecerla y borrar la burlona sonrisa de sus labios, hé aquí que se le ocurría pronunciar palabras sobrado crudas que la ofendían y la irritaban.

La verdad era que no estaba en su mano luchar con ventaja contra las influencias omnipotentes que rodeaban á Juana; pertenecía á la sociedad, vivía en una fiebre continua que no la dejaba oír las sor-das quejas de su corazón. Las emociones que las palabras de Daniel despertaban á veces en ella, veíanse rápidamente sofocadas por el aturdimiento constante del ambiente que respiraba.

La escena del vestido desgarrado se renovó más de una vez. Daniel tuvo con frecuencia ocasiones de venirle con reflexiones morales, y veía con dolor que retrocedía en lugar de adelantar en el corazón de Juana. Encontrábala en seguida más fría y más desdenosa. Sin duda pensaba que aquel pobre diablo se mezclaba en lo que maldito podía importarle, y él no podía gritarle:

—Usted es mi amadísima hija y no vivo más que para usted. Usted constituye el precioso legado de aquella á quien lo debo todo. Las bondadosas palabras de usted me embriagan de dulzura, sus malignas sonrisas me laceran y me destrozan. Por piedad, sea usted buena, déjeme obrar, se lo suplico; trabajo únicamente para la felicidad de usted.

Había abrigado un gran temor, de que, por fortuna, se veía libre. Temblaba de que el señor de Rionne se acordase y de que se ocupase de su hija; pero, desde que habitaba en casa de los Tellier, no

había visto por allí á aquel hombre cuya viciosa vida le espantaba.

El señor de Rionne se olvidaba por completo de que tenía una hija. Fué á verla una vez, después de su salida del convento, con el único fin de recomendar á su hermana que no se la devolviese jamás.

—Ya comprenderás,—le dijo con una sonrisa,—que yo no recibo más que á hombres, y Juana no estaría en mi casa en el lugar que le corresponde.

Y se fué, en la seguridad de no ser molestado, y feliz con la precaución que acababa de tomar. No volvió, temeroso de tener que aguantar algún capricho de su hija.

Pero Daniel se tropezaba á menudo en la casa con un rostro que le inquietaba. Lorin se encontraba allí á la continua; tenía buena labia, presentábase amabilísimo y procuraba agradar. Y á Juana parecía que le gustaba verle, oírle. Sabía divertirla; cuando se hallaba malhumorada, consentía con mil amores en servir de blanco á sus epigramas. De este modo se hizo casi indispensable.

Preguntábase Daniel con terror qué era lo que quería aquel hombre. Las pocas palabras que había cruzado con él le llenaban de inquietud. Desde aquel día no le perdió de vista y hasta buscó los medios de interrogarle; mas nada supo que confirmase sus sospechas.

De todos modos se ponía á temblar y deseaba ardientemente sustraer á Juana á las influencias que la hacían mala. Confesábase que sería impotente, mientras se sintiese ella aturdida por los pla-

ceres del mundo. Habría querido llevársela, lejos de la multitud, á una soledad tranquila.

Su sueño fué atendido.

Una mañana el señor Tellier le dijo que de allí á ocho días partiría con su mujer y Juana, para ir á pasar la temporada de estío en el campo. Contaba con llevarse á su secretario, para ocuparse con él de su gran obra, que no adelantaba sino á paso de tortuga.

Daniel subió á su habitación lleno de inmensa alegría. Había pasado un invierno terrible, llevando una vida que le mataba, y decíase que por fin iba á respirar, en el amplio horizonte, al lado de su amadísima Juana. Allí, en la dulce paz de la primavera, daría cumplimiento al mandato de la muerte.

Ocho días después hallábase en Normandía, en la finca que el señor Tellier poseía en las márgenes del Sena.

X

La posesión del señor Tellier, el Mesnil-Rouge, como se la llamaba, se extendía en la suave pendiente de un ribazo que bajaba hacia el Sena. La habitación era una de esas grandes é irregulares moradas, á las que cada propietario agrega una parte y que acaban por parecerse á pueblecitos, con sus techumbres de todas formas y de todas alturas. En medio de aquel hacinamiento de paredes, la mirada no reconstruía sino con gran trabajo la casa primitiva, construída con ladrillos y con dos alas en torno. Las ventanas, largas y estrechas, daban á un prado, cuyo césped se extendía hasta el río.

Detrás de la vivienda había un gran parque que ocupaba toda la altura de la cuesta. Los árboles, de verde sombrío, al destacarse en el azul del cielo, formaban una inmensa cortina corrida sobre el vasto horizonte.

Luego, al otro lado del Sena, la llanura se ensanchaba hasta perderse de vista. Distingúanse aquí y allá las manchas grises de las aldeas, en medio de

ceres del mundo. Habría querido llevársela, lejos de la multitud, á una soledad tranquila.

Su sueño fué atendido.

Una mañana el señor Tellier le dijo que de allí á ocho días partiría con su mujer y Juana, para ir á pasar la temporada de estío en el campo. Contaba con llevarse á su secretario, para ocuparse con él de su gran obra, que no adelantaba sino á paso de tortuga.

Daniel subió á su habitación lleno de inmensa alegría. Había pasado un invierno terrible, llevando una vida que le mataba, y decíase que por fin iba á respirar, en el amplio horizonte, al lado de su amadísima Juana. Allí, en la dulce paz de la primavera, daría cumplimiento al mandato de la muerta.

Ocho días después hallábase en Normandía, en la finca que el señor Tellier poseía en las márgenes del Sena.

X

La posesión del señor Tellier, el Mesnil-Rouge, como se la llamaba, se extendía en la suave pendiente de un ribazo que bajaba hacia el Sena. La habitación era una de esas grandes é irregulares moradas, á las que cada propietario agrega una parte y que acaban por parecerse á pueblecitos, con sus techumbres de todas formas y de todas alturas. En medio de aquel hacinamiento de paredes, la mirada no reconstruía sino con gran trabajo la casa primitiva, construída con ladrillos y con dos alas en torno. Las ventanas, largas y estrechas, daban á un prado, cuyo césped se extendía hasta el río.

Detrás de la vivienda había un gran parque que ocupaba toda la altura de la cuesta. Los árboles, de verde sombrío, al destacarse en el azul del cielo, formaban una inmensa cortina corrida sobre el vasto horizonte.

Luego, al otro lado del Sena, la llanura se ensanchaba hasta perderse de vista. Distingúanse aquí y allá las manchas grises de las aldeas, en medio de

los lagos de verdura. Los cultivos formaban grandes cuadrados de colores pálidos, cortados por las negras líneas de los chopos.

Y el Sena descendía empleando lentos rodeos. Sus márgenes estaban plantadas de árboles que medio lo ocultaban y que cortaban las tierras en larga extensión de follajes.

En frente del Mesnil-Rouge el río descendía con mayor rapidez, interceptado por islas que lo dividían en angostos brazos. La vegetación se daba á la ventura en aquellas islas; crecían muy altas las hierbas y los árboles erguían su altanera tranquilidad. En el país, la gente no iba allí sino una vez al año para lanzar de sus nidos á los cuervos. Constituían encantadoras soledades verdes, medio bravías, en donde no se oía más ruido que el de las aguas, el de los gritos de los martín-pescadores y el de las palomas zoritas.

Nada más encantador que los estrechos canales que separaban las islas unas de otras. Los árboles, extendiendo su ramaje, formaban misteriosas avenidas, rodeadas de hojarasca. Allá arriba se distinguían jirones de cielo azul; estabase allí como bajo una bóveda de verdura, alta cual la nave de una iglesia, en medio de una claridad verdosa, de penetrante frescura. Oíase el batir de alas en las orillas, y el agua cantaba, entre los sumergidos troncos, su canción ligera y monótona.

En el fondo de las avenidas, algunos redondos claros permitían ver grandes extensiones de cielo. Y á medida que se avanzaba, los claros se agranda-

ban y los horizontes aparecían en un vapor color de violeta claro.

Veíase entonces el Sena, blanco á la plena luz del sol, con sus márgenes cuajadas de árboles que reflejaban negras sombras en el agua. Los horizontes aparecían tranquilos y vastos, compuestos de sencillas líneas. El paisaje, llano é inmenso, se extendía bajo amplio manto de cielo, en donde se estremecían las nubecillas pálidas.

Habríase dicho que un río de leche había pasado por aquella naturaleza fecunda. La tierra, sin convulsiones, sin peñascos, daba con largueza la vida á los árboles que crecían rectos y robustos, como muchachos vigorosos. Y las hileras de sauces, de suave frescura, bañaban sus largas ramas grises en las cristalinas aguas.

Cuando se elevaba el sol durante los calurosos días de julio, el paisaje entero tomaba un tinte de rubio luminoso. Solamente los álamos formaban rayas sombrías en el blanco cielo.

Comarca dulce y consoladora, horizontes de amplitud serena, en los cuales el corazón alcanzaba el sosiego.

Cuando Juana, al siguiente día de su llegada, abrió la ventana y distinguió la llanura inmensa, sintió que las lágrimas le asomaban á los ojos, y bajó corriendo para vivir en aquel fresco aire que le henchía el pecho de desconocido gozo.

Volvióse niña. La febril existencia que había llevado durante todo un invierno, aquellas abrasadoras veladas, aquella vida llena de agitaciones,

habían pasado por ella como una tempestad, agitando su cuerpo, pero sin penetrarle en el alma. En la tranquila frescura de la primavera, encontró repentinamente sus alegrías, sus quietudes de colegiala. Parecióle que se encontraba todavía en el convento, cuando era pequeñita y cuando corría hasta perder la respiración bajo los árboles de la pradera del colegio. Y aquí la pradera era toda la vasta campiña, el prado y el parque, las islas y las tierras que se perdían en la bruma del horizonte.

A haberse atrevido, habría jugado á correr y á esconderse tras de los troncos de los añosos robles. Era aquello como un despertar de la juventud. Sus dieciocho años, cuya turbulencia sofocaba en los salones, por temor de arrugar sus encajes, cantaban aquí su jubilosa canción. Sentíase vivir y veíase como arrebatada por repentinos arranques que la impulsaban á corretear y á reír como un muchacho. Por lo demás aquella subida de savia no era aún más que física, pues no oía que le latiese el corazón en aquella serenidad de los campos; abandonábase sencillamente á la exuberancia de la ardiente vida que se manifestaba en ella.

La señora de Tellier la veía correr á escape encogiéndose de hombros. Para ella, el Mesnil-Rouge era un lugar de destierro, en donde la moda le retenía durante los meses de verano. Allí se aburría aristocráticamente, pasando los días bostezando y contando las semanas que la separaban del invierno. Cuando la nostalgia de París la tomaba por su cuenta en demasía, esforzabase en interesarse por

los árboles, y se dirigía hasta la orilla del Sena para ver correr el agua.

Volvíase siempre en gran manera descorazonada; nada como un río le parecía más tonto ni más sucio; cuando oía celebrar los placeres campestres, admirábase por modo indecible. Para hacer como hace todo el mundo, extasiábase en su salón, siempre que se trataba de los grandes bosques, de los umbrosos riachuelos; pero en el fondo nutría odio feroz contra las hierbas que manchan los vestidos, y contra el sol que percude la tez.

Sus grandes paseos se circunscribían á dar la vuelta á las praderas. Adelantábase con toda precaución, sin apartar la vista de la avenida, por temor á los accidentes; las hojas secas la asustaban atrozmente, y, un día púsose á dar grandes gritos porque una zarza le hizo un ligero rasguño en el tobillo.

Cuando Juana correteaba como una loca, la miraba con ojos de compasión y de disgusto. Esperaba cosa mejor de aquella muchacha, que tan á la perfección había desempeñado su papel de coqueta durante todo el invierno.

—¡Santo Dios, Juana, qué vulgaridad la tuya! Cualquiera diría que en realidad eso te divierte... ¡Ah! aquí hay un hoyo, lleno de agua... Ven corriendo á darme la mano.

Y la joven, queriendo aparecer tan distinguida como su tía, se ponía á dar saltitos como ella, lanzando grititos de espanto. No se asustaba, ni ese era el camino, obedecía sin más ni más á la señora de Tellier, á la que miraba como soberana en materia

de gusto. Poco á poco los pies se le enardecían; apresuraba el paso y se enfrascaba sin miramiento en el barro, lo que la hacía reir hasta descoyuntarse; y se echaba de nuevo á correr.

La sola alegría de la casa la constituía la llegada de algún visitante. En aquellos días la señora de Tellier resplandecía de satisfacción. Corría las cortinas para no ver más los árboles y se figuraba estar en París charlando de las mil necedades mundanas, embriagándose con los lejanos perfumes de las veladas. A veces, cuando se olvidaba de correr las cortinas, y que llegaba, en plena chismorrería, á dirigir una mirada al ilimitado horizonte, acometíanla verdaderos terrores: sentíase empequeñecida ante aquella inmensidad, y su orgullo de mujer padecía y no poco.

Juana, por su parte, no se mostraba insensible á aquellos recuerdos que le llegaban de París. Quedábase entonces en la grande sala del Mesnil-Rouge; hacía preguntas á los visitantes y volvía á encargarse de su papel de hermosa burlona. Por un solo día se olvidaba de la suavidad del aire, de la alegría del cielo y de las aguas. Ya no era el granujilla que corría por las avenidas, sino que tornaba á ser aquella linda y desdeñosa señorita que espantaba tanto á Daniel.

Este, en aquellos días, se encerraba en el cuartito que había elegido en el piso último, en lo alto de una especie de palomar. Trabajaba ahincadamente en la obra del diputado, ó bien se dirigía solo á una isla, en donde, recostado sobre las altas hierbas,

esperaba malhumorado á que los visitantes le hubiesen devuelto á su querida hija.

Aquella alma sencilla y dulce gozaba verdaderas delicias al vivir por tal modo al aire libre, en plena naturaleza. Había encontrado en el Mesnil-Rouge el ambiente que le convenía, y saboreaba por vez primera horas encantadoras. Su existencia hasta entonces había transcurrido en calabozos é ignoraba que había nacido para la vida libre. Realizóse tal sosiego en su sér, que se enseñoreó de su corazón una inmensa esperanza.

Los días de aburrimiento, aquellos en que el Mesnil-Rouge se hallaba vacío de visitantes, Juana le pertenecía.

Poco á poco se había ido insinuando entre ambos cierta familiaridad. En los primeros días, la joven había mirado las islas como con antojos de niña. Su imaginación trabajaba con empeño; habría querido enterarse de lo que pasaba tras de aquellas cortinas de hojas impetrables.

Pero su tío era más que demasiado solemne para arriesgar su gravedad entre las zarzas, y á su tía le horrorizaban aquellos macizos de árboles plantados en el agua que debían de estar cuajados de culebras y de hórridos animales.

Daniel entonces se le presentó como un honrado joven que podía prestarle un favor inmenso. Veíale todas las mañanas apoderarse de la barquilla y desaparecer en la negra sombra de los angostos brazos del río. Un día le suplicó que le permitiese ir con él, obrando así con toda inocencia, para satisfa-

cer su curiosidad, sin pensar siquiera en que Daniel fuese un hombre.

El se turbó, atribuyendo su turbación á la alegría que experimentaba. Y, á partir de aquel día, Juana le acompañó lo más á menudo en sus paseos acuáticos.

La señora de Tellier, para quien Daniel era tan sólo un criado, no veía mal alguno en que su sobrina fuese paseada por él. Admirábase lisa y llanamente del mal gusto de Juana, que regresaba con las faldas sucias. En cuanto al diputado, éste había llegado á concebir gran respeto por su secretario.

Aquello se convirtió en verdadero frenesí. Los jóvenes partían á la caída de la tarde, una hora antes del crepúsculo. En cuanto el barquichuelo se hallaba en uno de los canales, Daniel levantaba los remos, y descendían con suavidad llevados por la corriente. Entonces no hablaban. Juana, medio retrepada, meditaba, escuchando el ligero murmurio que producían las yemas de sus dedos hundidos en el agua. Y así se deslizaban, á la claridad verde y transparente, en medio de un silencio estremecedor.

Luego desembarcaban en una isla, y allí era el reír como niños y el correr como locos. Cuando descubrían un reducido claro, en medio de la arboleda, tomaban aliento y hablaban como antiguos amigos. Daniel se negó siempre á sentarse. Cuando su compañera descansaba un instante, manteníase él en pie. Como se hubiese ejercitado en trepar á los árboles, solía subir en busca de nidos. Y si

Juana se compadecía por la triste suerte de los pequeños, tomaba á subir para volverlos á poner en las altas ramas.

La vuelta revestía gran dulzura. Deteníanse bajo las bóvedas de hojarasca, en donde ya estaba completamente obscuro. El fresco se hacía penetrante, las ramas de los sauces gemían dulcemente al rozar sus vestidos. El agua tranquila parecía un espejo de acero bruñido.

Y Daniel, así que había prolongado el camino todo lo posible, se decidía por último á alejarse de las islas. El Sena se extendía entonces ante ellos con plateados reflejos. Todavía había luz, luz pálida, de tierna melancolía.

Juana, sentada en el fondo de la barquilla, rozaba con la mirada la superficie del agua; el río se le figuraba otro cielo, en que los árboles se hundían con sombras aun más enérgicas. Una inmensa serenidad mecía las campiñas, y llegaba, sin saberse de dónde, un silencio henchido de dulces canciones. Los horizontes se dilataban, ligeros y temblorosos, como postrera visión que va á desvanecerse en la sombra.

Una inefable paz se había apoderado de Daniel. Olvidábase de sí mismo en la apacible vida que llevaba. Bien penetrado se hallaba de que no había nacido para predicar y que el papel de preceptor le sentaba muy mal. Sabía amar, sin pasar de allí. Cuando paraba mientes en aquel maldito invierno, en que tan ridículo personaje había representado, una mortal angustia se apoderaba de él. ¡Cuán di-

choso se sentía ahora, en medio de la esperanza de la paz y quietud de sus afecciones!

Así era que ya ni pensaba en lo pasado ni en el porvenir. Bastábale ver correr á Juana por entre las hierbas, deleitábase en la soledad de las islas, y en atestiguarle una franca amistad. A su modo de ver, todo iba á las mil maravillas; el presente era bueno y la joven iba á olvidar sus perniciosas fiebres mundanales. El aire libre le había rejuvenecido á él también, y veía en torno suyo como una gran florescencia de inagotable ternura.

Toda la hermosa temporada fué para él de confianza sin límites. No tuvo que dirigir ni una palabra de reproche, ni una mirada severa. Cuanto Juana hacía, bien hecho estaba, y no le faltaban pretextos para excusar sus malos ratos. La verdad era que la sola presencia de la joven le sumía en arrobos que le privaban del sentimiento de la realidad.

Cuando Juana se encontraba allí, en la barca, sentía una inefable dulzura deslizarse en el fondo de su sér. Deseaba ardientemente la hora de la salida; inventaba excursiones lejanas para tenerla más tiempo á su lado. La encontraba entonces tan hermosa y tan buena, que sentía remordimientos por haberla atormentado. En todos los días de su vida la volvería á reñir.

El verano transcurrió por tal modo, mecido en la esperanza. Ni una sola vez se había despojado de su papel de guía infatigable y previsor; y ella había concluído por aceptarle como camarada de

juego, del que abusar solía con la tiranía de los niños.

La antevíspera del regreso á París, Daniel y Juana quisieron ir á despedirse de las islas. Partieron ambos, y por un buen espacio de tiempo, se distrajeron en los canales del río. El otoño se había echado encima, las amarillentas hojas seguían con lentitud la corriente, y el cierzo, entre las desnudas ramas, exhalaba suspiros melancólicos.

La excursión fué triste. Casi hacía frío. La joven se arrebujaba en un chal que se había echado á los hombros; no hablaba, miraba los agostados follajes ya enrojecidos y parecíanle muy feos. Daniel lleno siempre de confianza, se abandonaba al encanto de aquella postrera excursión, sin que siquiera pensara en París, en el terrible París que se alzaba ante él.

Cuando dejaron las islas, vieron á lo lejos tres personas que les esperaban en el ribazo. Conocieron al señor Tellier por la enorme mancha que destacaba sobre el verde del prado. Los otros dos personajes debían de ser visitantes, cuyas facciones no distinguían.

Después, á medida que la barquilla adelantaba, una gran inquietud se apoderó de Daniel. Conoció á los visitantes, y se preguntaba qué era lo que venían á hacer al Mesnil-Rouge.

Y Juana, saltando con ligereza sobre la hierba: —¡Calle!—exclamó,—son el señor Lorin y mi padre.

Y corrió á abrazar al señor de Rionne, y luego

se dirigió á la quinta, en compañía de Lorin, quien la hacía reír estrepitosamente con sus noticias de París.

Daniel se quedó solo en la orilla, desconsolado y con lágrimas en los ojos, persuadiéndose de que su felicidad quedaba muerta.

Por la noche, después de la comida, Lorin se acercó á él, y con superioridad burlona, le dijo:

—¡Qué bien rema usted, querido amigo! Viéndole á usted, nunca habría creído que tuviese usted tales brazos... Doy á usted las gracias por haber paseado á Juana durante toda la temporada.

Y, como Daniel le mirase sorprendido, dispuesto á no admitir las gracias que le daba:

—Usted no está penetrado,—agregó en más bajo tono,—cometo resueltamente la locura de que tengo hablado á usted.

—¿Qué locura?—preguntó Daniel con voz ahogada.

—¡Oh! la más hermosa de las locuras... No tiene un céntimo, y va á hincar el diente por modo terrible en mi fortuna... Me caso con Juana.

Daniel le miró como quien ve visiones. Después subió á su habitación sin poder articular una sola palabra.

XI

Cerca de diez meses hacía que Lorin se consultaba á sí propio con ansiedad, para saber si debería ó no casarse con Juana. Por tal modo aquel hombre cometía sus garrafales locuras.

No estaba lo que podía llamarse enamorado; antes bien la joven le había sorprendido y atortolado con sus altivas gracias y sus regocijadas burlas. Tenía para sí que semejante mujer le haría honor, sin contar con que le abriría de par en par las puertas de la sociedad elegante. Veíala cogida de su brazo, y su vanidad se sentía deliciosamente envanecida. Después, sin que su corazón tomase parte, se puso á amarla con deseo egoísta.

Mas esto debía de costarle caro; así fué que durante mucho tiempo hubo de defenderse. Poco á poco vino á calcular á cuánto ascendería el gasto, á qué precio le resultaría tamaña compra. Hizo números sobre cada detalle, llenó toda una plana de sumas y multiplicaciones, y la cantidad total le erizó los cabellos.

se dirigió á la quinta, en compañía de Lorin, quien la hacía reír estrepitosamente con sus noticias de París.

Daniel se quedó solo en la orilla, desconsolado y con lágrimas en los ojos, persuadiéndose de que su felicidad quedaba muerta.

Por la noche, después de la comida, Lorin se acercó á él, y con superioridad burlona, le dijo:

—¡Qué bien rema usted, querido amigo! Viéndole á usted, nunca habría creído que tuviese usted tales brazos... Doy á usted las gracias por haber paseado á Juana durante toda la temporada.

Y, como Daniel le mirase sorprendido, dispuesto á no admitir las gracias que le daba:

—Usted no está penetrado,—agregó en más bajo tono,—cometo resueltamente la locura de que tengo hablado á usted.

—¿Qué locura?—preguntó Daniel con voz ahogada.

—¡Oh! la más hermosa de las locuras... No tiene un céntimo, y va á hincar el diente por modo terrible en mi fortuna... Me caso con Juana.

Daniel le miró como quien ve visiones. Después subió á su habitación sin poder articular una sola palabra.

XI

Cerca de diez meses hacía que Lorin se consultaba á sí propio con ansiedad, para saber si debería ó no casarse con Juana. Por tal modo aquel hombre cometía sus garrafales locuras.

No estaba lo que podía llamarse enamorado; antes bien la joven le había sorprendido y atortolado con sus altivas gracias y sus regocijadas burlas. Tenía para sí que semejante mujer le haría honor, sin contar con que le abriría de par en par las puertas de la sociedad elegante. Veíala cogida de su brazo, y su vanidad se sentía deliciosamente envanecida. Después, sin que su corazón tomase parte, se puso á amarla con deseo egoísta.

Mas esto debía de costarle caro; así fué que durante mucho tiempo hubo de defenderse. Poco á poco vino á calcular á cuánto ascendería el gasto, á qué precio le resultaría tamaña compra. Hizo números sobre cada detalle, llenó toda una plana de sumas y multiplicaciones, y la cantidad total le erizó los cabellos.

Entonces, suprimió de aquí y de allá, disminuyó las cifras, y llegó á convencerse de que Juana, sin dejar de resultarle muy cara, hallábase, sin embargo, al alcance de su bolsillo. Esperó todavía un mes largo de talle, titubeando y preguntándose si no haría mejor buscando una mujer que le enriqueciese, en lugar de llevarle á la miseria.

Los amores de la vanidad son tan tenaces como los del corazón. Lorin, sintiéndose débil, dióse el pretexto de que su fortuna era suficiente y que bien podía permitirse un capricho. Confesaba que había perdido el juicio; pero fué el caso que, sin dejar de hacer chacota de sí mismo, fué á verse con el señor de Rionne.

Sabía que estaba arruinado.

—Caballero,—le dijo,—vengo á ver á usted para un asunto importante, y confío en que usted acogerá con benevolencia mi petición.

El señor de Rionne creyó olfatear un acreedor. Acercóse una butaca y le interrogó con la mirada.

—Hé aquí de lo que se trata. La señora de Tellier tiene la bondad de recibirme como amigo, y he tenido la ocasión de encontrar en su casa á la señorita Juana de Rionne... Tengo el honor de pedir á usted su mano.

El padre, sorprendido de tener una hija que casar, no pudo dar de golpe y porrazo con una contestación. Lorin se aprovechó de su silencio para decirle quién era él y para enterarle de la fortuna con que contaba. Mientras que así hablaba, el rostro del señor de Rionne se iluminaba y sus ademanes

nes revestían la mayor urbanidad; no venían á pedirle dinero; tal vez se lo venían á traer.

Y hablaron.

El señor de Rionne se hallaba casi á la última pregunta. Julia había devorado lo que había perdonado el juego. Las deudas gritaban que era una bendición, los créditos se cerraban, y, envejecido, abochomado, se detenía en la pendiente sobre que iba rodando. Con frecuencia se preguntaba á dónde iría á habitar el día que se viese precisado á dejar su habitación; no se atrevía á pensar en su hermana, quien le anonadaría con todo su desdén de mujer positiva.

El orgullo se mantenía en él todavía firme, cuando un último abandono acabó de anonadarle. Luis, su ayuda de cámara, siempre frío, le había permanecido fiel mientras había podido robarle á sus anchas; mas cuando se persuadió de que ya no había bolsillos que vaciar, se largó una mañanita para irse á comer á lo burgués el dinero que había reunido. Su misteriosa sonrisa quedaba al fin explicada; la humilde y exacta máquina se reía al atraer á sí las monedas de oro que se extraviaban. Fuerza es que en este mundo el mal encuentre su castigo, dicen los moralistas. Luis, que había adquirido la costumbre del robo, cometió la monumental tontería de robar á Julia á su amo. Un día, el señor de Rionne, al presentarse en casa de su querida, fué puesto de patitas en la calle por su lacayo.

En tal situación se hallaba, cuando Lorin se

presentó á pedirle á su hija en matrimonio. No se le había ocurrido todavía sacar partido de su hija, y la demanda del joven fué como una revelación. Por todas partes buscaba un refugio, y este refugio quedaba encontrado. Iba á contar con un retiro seguro, y podría con toda tranquilidad, envejecer en el lujo. Y, aunque por modo vago, esperaba obtener una pensión de la joven pareja, que le permitiría no aburrirse del todo.

Desempeñó su papel de padre con toda dignidad; no se presentó ni demasiado solícito ni sobrado frío. En el fondo temía que el matrimonio no se realizara. Lorin le dió la seguridad de que Juana le amaba, lo cual le tranquilizó y le hizo más expansivo. Hablaba de su hija con emoción verdaderamente paternal; no quería, según se expresaba, más que su felicidad.

Quedó determinado que ambos partirían al día siguiente para el Mesnil-Rouge, á fin de concertar el matrimonio antes de que Juana volviese á París. A Lorin no le disgustaba llevar las cosas sin rodeos, porque vacilaba siempre; una vez cometida la locura, decía para sí, no había más remedio que apechugar y aceptarla.

En cuanto llegaron, la cuestión fué propuesta y se consultó á la joven.

Daniel no pegó los ojos en toda la noche. Las ideas se barajaban en su cerebro, sin saber á qué atenerse. Creía á veces que Lorin mentía y que Juana no se casaría nunca con él; después asaltábanle miedos atroces y se persuadía de que el enla-

ce se iba á realizar. Lo que le dominaba era un dolor cuya abrasadora llama le quemaba el pecho. Cuando Juana y Lorin se le representaban en su imaginación, el uno al lado del otro, acometitiánle arrebatos de furiosa rabia.

Llegado el día, procuró tranquilizarse. Después de todo, no tenía otro motivo para desesperarse por tal manera, que las palabras de Lorin. Quizás nada se habría decidido. Había que esperar.

Y bajó, procurando leer en los semblantes.

El señor Tellier tenía el aspecto de siempre; nunca se leía nada en aquel adocenado rostro. El señor de Rionne se hallaba á todas luces satisfecho; tenía mil atenciones para con su hija, mirándola como cosa preciosa que se tiene miedo de perder.

Por lo tocante á la señora de Tellier, relase nerviosamente. Parecía que ella también había pasado una mala noche. La verdad era que la petición de Lorin la había sacado de sus casillas, y fuerza había sido que argumentase consigo misma para no provocar un estallido. Juana, en su sentir, convertíase para ella en peligrosa rival, y haría perfectamente en desprenderse de ella cuanto antes mejor. Aquello le costaba un amigo, llamaba á Lorin «su amigo»; pero preferible era sacrificar uno, que conservar á su lado aquella niña, cuya risa era sobrado evidente. Procuraba consolarse de aquella manera, mas estaba fuera de sí.

Lorin se dedicaba á sus galanterías. Teniendo el corazón libre, representaba á maravilla su papel de galán. Por otra parte no ignoraba lo que

valía, y por lo mismo no recurría á oficiosidades ridículas.

Pero el semblante que Daniel estudiaba con mayor ansiedad era el de Juana. La joven había recobrado su continente de parisina, hallándose en sus glorias al verse cortejada. Rendíase de la mejor gana, y, si no demostraba una alegría excesiva, parecía embelesada con las atenciones de Lorin y hablaba de París como una colegiala habla de un baile.

Daniel comprendió entonces con terror que había sido un cobarde, que se había olvidado con exceso de sí mismo en la dulce voluptuosidad del Mesnil-Rouge. Debería de haberse dado á conocer durante los largos paseos; mientras allí se hallaban, él y la joven, en el silencio y en la frescura de las islas, lejos del mundo, debería de haberle abierto su corazón. Y ahora, el mundo se interponía entre ellos otra vez.

Juana se había divertido en correr, ni más ni menos que como una niña grande. La presencia de Lorin había bastado para devolverle su carácter malévolo. Aquel hombre le parecía un excelente muchacho, un tanto simple, pero, por lo demás, muy conveniente. Cuando tuvo noticia de su demanda, que estaba esperando, aceptó á tontas y á locas, no viendo en el matrimonio sino la manera de tener un salón que le perteneciera en propiedad.

Daniel se dió cuenta de lo que pasaba en aquella cabecita, y se dijo con indignación que no podía dejar, así como así, que se llevase á efecto seme-

jante enlace. El corazón se le sublevaba. Había olvidado su misión, ya no procuraba atenerse tan sólo al mandato de la muerta; todo su sér le impelía á arrebatarse á Juana de los brazos de Lorin.

Por la noche, tras un interminable día de angustia, detuvo á la joven á la orilla del Sena.

—¿Se casa usted?—le preguntó bruscamente.

—Sí,—contestó maravillada por la emoción que demostraba aquella voz.

—¿Conoce usted bien al señor Lorin?

—Seguramente.

—Por lo que á mí toca, hé aquí que han transcurrido doce años desde que me lo encontré por primera vez, y ninguna estimación siento por él.

Juana levantó la cabeza con altanería. Quiso contestar.

—No diga usted nada,—repuso Daniel con violencia.—Créame usted, ese matrimonio es imposible. No quiero que se case usted con ese hombre.

Hablaba como dueño y señor, como padre enfurecido que quiere que se le obedezca. Juana le miraba con desdeñoso estupor.

Por un instante, á Daniel se le ocurrió la idea de decírselo todo, y de ordenarle, en nombre de la que le dió el sér, que despidiese á Lorin; pero, cambiando de idea, difirió la confesión y agregó con acento menos duro:

—Por favor, reflexiónelo usted y no me desespere.

Juana se echó á reír. La extravagante audacia del secretario la desarmaba. Y sencillamente:

—Señor Daniel,—le dijo,—¿estaría usted por ventura enamorado de mí?

Y luego, en tono más suave, como percatándose de la abnegación y del cariño del pobre muchacho:

—Vamos, camarada,—agregó,—no haya locuras. No hay para qué separarnos reñidos.

Así que se hubo retirado, quedóse Daniel inmóvil, anonadado. Maquinalmente repetía la frase de la joven: «¿Estaría usted por ventura enamorado de mí?». Y sentía como un zumbido en la cabeza que le impedía oírse á sí mismo. Y, bruscamente, huyó por el lado del parque, balbuceando:

—Ella lo ha dicho, lo ha dicho: estoy enamorado.

Ardíale el pecho y se tambaleaba como si estuviese ébrio. Una lluvia fina y fría empezó á caer, y así se fué andando en la noche oscura, delirando, sollozando, viendo por fin con claridad en su corazón.

Amaba á Juana, la desdichada criatura, y se lo decía con inmensa desesperación. Es decir que había conseguido engañarse á sí mismo, toda aquella abnegación no era sino amor; no protegía á la joven contra Lorin, sino para guardarla para él. Ante aquel pensamiento, el bochorno le hacía desfallecer; comprendía que le faltaría ya valor para luchar.

Y, bien considerado todo, ¿qué era él para Juana? Ni siquiera un amigo. ¿Con qué derecho iría él á hablar como amo á aquella familia, y qué caso llegaría á hacerse de sus mandatos? Siempre su impotencia y su miseria le abrumaban. Diría á grito heri-

do que Lorin era un hombre sin honor y no tendría prueba alguna que ofrecer; hablaría de la misión que tenía que cumplir, y se le trataría de loco, se echarían á reír y se le arrojaría á la calle; se le diría: «Usted está enamorado.»

Y tendrían razón. Había amado á Juana cuando tenía ella seis años. Ahora lo comprendía perfectamente. En el callejón de Saint-Dominique-d'Enfer, habría conservado por querida la idolatrada visión de la niña. Más adelante, púsose á adorar á la joven, habíase vuelto celoso y malvado, siguiéndola por do quier, por el temor de que su corazón le fuese robado.

Luego se ponía á pensar en sus paseos en las islas, en todas las tiernas dulzuras de su amor. ¡Cuán feliz se sentía! ¡cómo se ignoraba á sí mismo! ¡cuán bueno era el velar como padre por su querido amor!

Ahora ya lo sabía todo. El remordimiento le martirizaba, la pasión le mordía el corazón.

Dejóse caer en tierra, y la lluvia le producía constantes escalofríos. En su agonía, en las injurias que se dirigía á sí propio, en sus borchornos y en sus sufrimientos, un pensamiento brutal acudíale sin cesar á la mente, implacable, agudo; era el de que Juana iba á ser de otro. Defendíase contra aquella visión, quería matar su deseo y llamaba con desesperación el recuerdo de su buena santa. Y siempre Juana y Lorin se encontraban allí, en su presencia, jóvenes y sonrientes. Entonces su cabeza estallaba y veíalo todo color de fuego.

De este modo pasó una parte de la noche. Una postración entorpecida sucedió á aquel ataque de desesperación. Por la mañana convino en que ya nada tenía que hacer en casa de los Tellier, en que se confesaba vencido. Abandonábase cobardemente á los hechos consumados; todo su dolorido sér pedía calma y reposo. Quiso partir solo, precediendo tan sólo unas horas á los huéspedes del Mesnil-Rouge.

Se dirigió á casa de Jorge, quien se abstuvo de hacerle preguntas, y allí pasó muchos meses en una postración inmensa. Una sola vez se dirigió á la calle de Amsterdam, para despedirse del diputado. Un deseo irresistible, que no se quería confesar, le impulsó á aquella casa; sentía la necesidad de saber con exactitud el día de la celebración del casamiento. La incertidumbre le martirizaba. Cuando hubo satisfecho su curiosidad, sufrió todavía más. Contó los días, y cada nueva hora que le acercaba á la fecha fatal, se le hizo más dolorosa.

Había jurado que no asistiría á la ceremonia. La fiebre se apoderó de él la víspera del día terrible, y, á pesar suyo, le impulsó hacia la iglesia. Allí pasó por todos los horrores de la agonía; mantúvose tras de una columna, tiritando y creyendo ser pasto de una pesadilla.

Cuando volvió á su casa, Jorge creyó que se hallaba embriagado y lo acostó como á un niño.

Pero al siguiente día Daniel se levantó, á pesar de la fiebre que le devoraba, y dijo que iba á dejar á París, que quería huir y volver á la orilla del mar,

á Saint-Henri, á los dilatados horizontes en donde había vivido con tanto sosiego. Jorge no quería dejarle partir; veíale demasiado débil, pero ante su resolución inquebrantable, suplicóle que por lo menos le permitiese que le acompañara. Daniel se puso fuera de sí y se negó á todo consuelo. Sentía una necesidad inmensa de hallarse solo.

Partió, pues, dejando á Jorge desesperado y sin que supiese una palabra.

Cuando vió el ancho mar azul extenderse delante de él, sintióse más tranquilo, quedándole tan sólo una inmensa tristeza. Alquiló una habitación, cuya ventana daba á las olas, y allí vivió durante un año, ocioso y sin aburrirse, comiéndose día por día las pocas economías que había hecho.

Durante días enteros permanecía inmóvil frente á la mar. El murmurio de las olas despertaba como un eco en su corazón, y dejaba mecer sus pensamientos. Sentábase en la punta de una roca, vuelta la espalda á los vivos y absorbiéndose en el infinito. Y tan sólo se sentía feliz, cuando las olas adormecían su memoria, y cuando permanecía allí, inerte, en éxtasis y durmiendo con los ojos abiertos.

Entonces una extraña alucinación le perseguía. Creíase juguete de las olas, imaginábase que el mar había subido para apoderarse de él y que le mecía con suavidad y dulzura.

Allí, en aquella contemplación incesante, en aquella absorción de su sér, fué donde consiguió serenar su corazón. Llegó hasta el punto de no sufrir más, de no pensar en Juana como enamorado. La

llaga se le había cicatrizado, sin dejarle más que una latente pesadez.

Túvose por curado.

Poco á poco volvióle su actividad. Corriendo y saltando por las rocas, desentumeció sus miembros que se habían puesto rígidos tras de tan prolongada postración. Todos sus pensamientos de otro tiempo se despertaron uno por uno. Escribió á Jorge, inquietándose por lo que en París acaecía; mas no se atrevió á dejar todavía el mar, que por tan feliz manera le había protegido contra la desesperación.

La savia de la nueva vida que circulaba en su organismo, le atormentaba, por no saber qué empleo dar á su juvenil ardor. Habría querido comenzar de nuevo la lucha, sufrir, volver á amar y á derramar lágrimas. Ahora, que la fiebre ya no entorpecía sus sentidos, indignábase por su ociosidad; pedía con ardor la vuelta á la vida, á costa de ser de nuevo vencido.

Una mañana, al despertarse, oyó entre sueños, una voz que ya había oído, una voz moribunda, dulce y lejana, que le decía: «Si se casa con un hombre indigno, todavía tendrá usted que luchar y defenderla; la soledad es pesada para una mujer y le es necesaria mucha energía si no quiere caer. Suceda lo que suceda, no la abandone usted...»

Al siguiente día, Daniel partió para París. Iba á dar cima á su misión. Sentíase con valor invencible, con esperanza sin término.

XII

Al llegar á París, Daniel fué á parar á casa de Jorge.

—¡Eres tú!—exclamó su amigo, que no esperaba verle allí.

Y le recibió como al hijo pródigo, con su bondad de siempre y con inmensa alegría.

No se atrevía á hacerle preguntas, temeroso de que le hablara de una nueva y próxima partida. Daniel le tranquilizó, asegurándole que venía de nuevo á trabajar en la obra común. Su dulce y tranquila vida de tiempos pasados se iba á reanudar.

Durante el viaje había pensado Daniel en la conducta que habría de seguir. Por cálculo, se había determinado á proseguir sus trabajos interrumpidos, á intentar nuevamente adquirir gloria. Juana, hoy lo propio que ayer, constituía el blanco de sus aspiraciones. Cuando había sido preciso, hábale sacrificado la ciencia, el brillante porvenir que ante él se abría; hábise hecho humilde, tan sólo por vivir junto á ella. Hoy, la situación cambiaba; no

llaga se le había cicatrizado, sin dejarle más que una latente pesadez.

Túvose por curado.

Poco á poco volvióle su actividad. Corriendo y saltando por las rocas, desentumeció sus miembros que se habían puesto rígidos tras de tan prolongada postración. Todos sus pensamientos de otro tiempo se despertaron uno por uno. Escribió á Jorge, inquietándose por lo que en París acaecía; mas no se atrevió á dejar todavía el mar, que por tan feliz manera le había protegido contra la desesperación.

La savia de la nueva vida que circulaba en su organismo, le atormentaba, por no saber qué empleo dar á su juvenil ardor. Habría querido comenzar de nuevo la lucha, sufrir, volver á amar y á derramar lágrimas. Ahora, que la fiebre ya no entorpecía sus sentidos, indignábase por su ociosidad; pedía con ardor la vuelta á la vida, á costa de ser de nuevo vencido.

Una mañana, al despertarse, oyó entre sueños, una voz que ya había oído, una voz moribunda, dulce y lejana, que le decía: «Si se casa con un hombre indigno, todavía tendrá usted que luchar y defenderla; la soledad es pesada para una mujer y le es necesaria mucha energía si no quiere caer. Suceda lo que suceda, no la abandone usted...»

Al siguiente día, Daniel partió para París. Iba á dar cima á su misión. Sentíase con valor invencible, con esperanza sin término.

XII

Al llegar á París, Daniel fué á parar á casa de Jorge.

—¡Eres tú!—exclamó su amigo, que no esperaba verle allí.

Y le recibió como al hijo pródigo, con su bondad de siempre y con inmensa alegría.

No se atrevía á hacerle preguntas, temeroso de que le hablara de una nueva y próxima partida. Daniel le tranquilizó, asegurándole que venía de nuevo á trabajar en la obra común. Su dulce y tranquila vida de tiempos pasados se iba á reanudar.

Durante el viaje había pensado Daniel en la conducta que habría de seguir. Por cálculo, se había determinado á proseguir sus trabajos interrumpidos, á intentar nuevamente adquirir gloria. Juana, hoy lo propio que ayer, constituía el blanco de sus aspiraciones. Cuando había sido preciso, hábale sacrificado la ciencia, el brillante porvenir que ante él se abría; hábise hecho humilde, tan sólo por vivir junto á ella. Hoy, la situación cambiaba; no

debía de ser ya un simple empleado, debía de subir, hacerse célebre, forzar las puertas del mundo. Y ansiaba lanzarse de nuevo al trabajo, apresurar la hora en que podría volverla á encontrar.

Jorge y él reanudaron la tarea con ardor. Dirigieron varias memorias al Instituto, que fijaron sobre ellos la atención del mundo sabio.

Daniel consintió entonces en poner su firma; los nombres de ambos amigos iban siempre juntos, unidos en la misma celebridad. La gran obra en que trabajaban desde su estancia en el callejón de Saint-Dominique-d'Enfer, quedó por último concluída y publicada. Causó vivísima sensación; y, cosa rara tratándose de una obra científica, la resonancia penetró hasta en los salones. Daniel, que muy especialmente se había encargado de la redacción, puso en ella toda su alma.

Ambos jóvenes autores habían adquirido celebridad y se vieron acogidos por do quiera con toda solicitud. Jorge, que alcanzaba el fin de sus ensueños, vivía en plácida serenidad. Daniel, por el contrario, parecía dar cumplimiento á conciencia, á una tarea cuya consecución le dejaba frío.

Un día Jorge le llevó á un sarao que daba un importante personaje. Daniel le acompañó, impulsado por un presentimiento.

La primera persona á quien vió al entrar en el salón, fué á Juana, del brazo de Lorin. Apenas la había visto como de paso una ó dos veces, desde su regreso á París, y no pudo por menos de inquietarse ante su aspecto de tristeza. Ya no se refa

con sus ligeros desdenes de jovencita; la sonrisa de sus labios resultaba pálida y las lágrimas habían entorpecido sus párpados.

Lorin vió á sus antiguos amigos y se acercó vivamente á ellos. Sentíase satisfechísimo al poder estrecharles las manos en plena multitud.

—¡Con que al fin doy con vosotros!—gritó para poder ser oído.—Un mes hace que ando en busca vuestra. Tengo que reñiros porque desdeñáis así á vuestro antiguo compañero.

Jorge le miró á la cara, sin saber si habría de tomarlo á broma ó incomodarse. Daniel que contemplaba á Juana, se apresuró á contestar:

—Nos encontramos sumamente ocupados, y á más temíamos servir á ustedes de estorbo.

—¡Bah!—repuso Lorin con energía;—muy bien sabéis que mi casa es la vuestra. No acepto la menor excusa y les espero á ustedes á la primera ocasión... ¿Saben ustedes que son un par de mozos de quienes se habla mucho? Deben ustedes de ganar cantidades fabulosas.

Luego, acordándose de que llevaba á su mujer del brazo:

—Querida esposa,—agregó,—te presento á los señores Daniel Rimbault y Jorge Raymond, nuestros jóvenes é ilustres sabios.

Juana se inclinó ligeramente, y, mirando á Daniel:

—Yo conocía ya á este caballero,—dijo ella.

—¡Pardiez! se me había olvidado,—exclamó Lorin, riendo estrepitosamente;—bastante te paseó en

el Sena... ¡Ah, querido Daniel, qué bien ha hecho usted en adquirir celebridad! Le compadecía de todo corazón cuando era usted secretario de Tellier. Ya sabe usted que ha fallecido no hace mucho: unos lo atribuyen á una apoplejía y otros á un discurso que se le había puesto de punta. Ayer me dijeron que su mujer iba á retirarse á un convento. Estas reinas de la moda concluyen siempre así.

Juana sufría: la voz chillona de su marido le producía malestar. Temblábanle los labios, y medio volvía la cabeza, como para esquivar la molestia de llevar semejante hombre del brazo.

Ya no era Lorin el joven galante que desempeñaba con gracia el papel de enamorado. Poco á poco, fué volviendo á la satisfacción de sus instintos, á una especie de brutalidad mercantil. Tan luego como se vió casado, ya no volvió á sentir la necesidad de ser agradable.

Daniel hasta llegó á notar que las piezas de ropa de Lorin perdían su elegancia de otros tiempos, y que hablaba con voz ligeramente enronquecida. Tuvo lástima de Juana.

—¡Bueno!, cuenten ustedes con nosotros,—dijo; —iremos á verles lo antes posible.

Y se alejó, llevándose consigo á Jorge, quien no había pronunciado una palabra, habiéndose abstraído mirando á Juana con simpática admiración. Después de dar unos pasos:

—Por lo que se ve, conoces á la mujer de Lorin,—dijo Jorge.

—Sí,—contestó sencillamente Daniel;—es la sobrina del diputado en cuya casa trabajé.

—La compadezco de todo corazón, pues el belitre de su marido no debe de hacerla muy feliz, que digamos... ¿Estás en ir á verlos?

—Sin duda alguna.

—Te acompañaré... Esa pobre criatura, con sus grandes ojos de tristeza, me ha producido una emoción extraña.

Daniel se puso á hablar de otra cosa. También él se sentía muy conmovido; veía con amargo placer que la desgracia había dado principio, sin duda, á lo que su cariño no había podido conseguir. Bien se le alcanzaba que el corazón de Juana habíase, por fin, despertado, y que ahora le tocaba llorar.

Durante casi una semana, Jorge le estuvo preguntando todas las noches:

—¡Y bien! ¿será mañana cuando iremos á casa de Lorin.

Daniel no se atrevía; parecíale que la fiebre iba de nuevo á apoderarse de él. Desde la velada en que había vuelto á verla, Juana se encontraba siempre ante sus ojos llena de melancolía y mirándole con sonrisa triste. Y su pobre corazón latía incesantemente y le asaltaban esperanzas locas.

Determinóse por fin. Una noche, Jorge y él hicieron la prometida visita. Acudieron justamente en día de recepción. El salón, cuando llegaron, estaba ya lleno de gente, y Lorin les presentó á sus invitados, como si fuesen animales raros.

La noche fué terrible para Daniel. Todo lo vió, lo comprendió todo.

Encontró á Juana inquieta, febril. No era ya la joven indiferente que reinaba cual soberana, en la ignorancia del mundo; era una mujer dolorida, cuyo corazón acababa de abrirse para derramar sangre. Mientras que sus afecciones habían dormitado en ella, había permanecido siendo una muñeca coqueta, que vivía tranquila en su frialdad burlona. Mas ahora su corazón hablaba en voz alta; quería amar y no hallaba á nadie; rebelábase y se acusaba amargamente de haber dormido demasiado tiempo.

El despertar había sido cruel para Juana. Dos ó tres meses después de su matrimonio, encontró en sí un alma cuya existencia ignoraba. Su marido, con sus instintos rastrosos, su carácter siniestro y perverso, prodújole una repulsión que de repente le abrió los ojos. Al comprender lo que era aquel hombre, tuvo un arranque de arrogancia. Su madre habló dentro de ella; agigantóse su sér interior, dominó y arrojó al sér exterior que sólo las circunstancias habían creado. El velo quedó desgarrado.

Entonces se vió en manos de Lorin, ligada para toda la vida. Experimentó temores y arrebatos de cólera. Ella era la que había querido aquella desesperación, suyo era el corazón ligero que había preparado sus propios padecimientos. Y el horizonte veíase cerrado delante de ella; ahora que sentía la imperiosa necesidad de amar, ahora no podía querer, puesto que despreciaba al único hombre al cual le hubiese sido permitido consagrar su ter-

nura. Al pensar así, una gran postración se apoderó de ella, sollozó y desesperó de poder ya ser dichosa.

Vino después la falta de valor. Nunca se sentiría con la suficiente fuerza para vivir así, se decía. La soledad le causó espanto. Entablóse entonces una lucha en su interior. Sus deberes de esposa hablaban muy alto, sus altiveces se rebelaban, cuando su corazón gemía de angustia y la constreñía hacia el amor de otro hombre que no era su marido.

Había días en que llegaba á probarse que, así como así, el amor es libre y que las leyes humanas no podían devolverla á sus ignorantes desdenes de niña. Mas, al siguiente día, el deber alzaba su voz potente, retrocedía ante la falta y aceptaba su martirio como castigo de su ceguera.

La lucha duró por espacio de cerca de seis meses. Sentíase por completo llagada. Con todas sus rebelías, cada mañana daba un paso más hacia el abismo. Se encaramaba y volvía á echarse atrás; pero la cabeza se le desvanecía, y, paso á paso, el vértigo del corazón se apoderaba de ella y la arrasaba. Iba á caer, cuando Daniel apareció de nuevo en su existencia.

El joven, al ver los encendidos ojos de Juana, adivinó en parte sus tormentos. Veía á Lorin, que se volvía cada vez más estólido y más obeso. Momentos hubo en que le ocurrió la idea de desafiarlo y quitarle la vida, para que su mujer se desembarazase de él. Meditólo con cordura y comprendió con espanto que el amor le volvía á asediar.

Sus miradas no se apartaban de Juana en toda la noche. Saboreaba una indecible voluptuosidad al presenciar cada uno de sus movimientos; gozaba con su voz, con sus ademanes; y se ensimismaba peligrosamente en aquella contemplación.

Se percató de que Juana volvía á cada instante los ojos hacia la puerta. Sin duda esperaba á alguien y sintió como si una quemadura le atravesase el pecho. Con seguridad Juana se hallaba en estado febril; se estremecía y parecía luchar por la vez postrera. Entonces Daniel se acercó y le habló de Mesnil-Rouge.

—¿Se acuerda usted,—le dijo,—de aquellas pálidas y hermosas tardes? ¡Qué fresco hacía bajo los árboles y qué gran silencio se desprendía del cielo!

Juana se sonreía al evocar aquellos recuerdos de paz.

—He vuelto al Mesnil-Rouge,—contestó,—y he pensado en usted. No he tenido á nadie que me acompañara en las islas.

Bruscamente miró á la puerta del salón, Daniel sintió que la quemadura nuevamente le abrasaba el pecho; volvióse á su vez y vió en el umbral un joven alto que sonreía y que paseaba una excuñadora mirada por el salón.

Aquel joven vió á Lorin y fué á estrecharle la mano, demostrándole una cordialidad exagerada. Estuvo bromeando un instante y luego se dirigió hacia Juana. La joven se estremecía.

Daniel retrocedió y examinó al recién llegado. Juzgóle con un solo golpe de vista. Era un de

Rionne, que aun no había bajado la pendiente, Juana debía de dejarse sorprender sin duda ante la elegancia y la palabra brillante de aquel hombre.

Cambiaron algunas palabras de cortesía. La joven aparecía inquieta, ansiosa, como si hubiese esperado, impaciente, una frase que él no decía.

Daniel, sin pensar en que habría debido de alejarse, permaneció allí, receloso. El también esperaba, fijando en ella miradas de desesperación.

El joven no prestaba atención alguna á aquella persona extraña, de cuya contenida cólera ni siquiera se percataba. Inclinóse vivamente en medio de una frase insustancial, y en voz más queda:

—¿Me permitirá usted, señora,—le dijo,—que venga mañana?

Juana, en extremo pálida, iba á contestar, cuando al levantar los ojos, vió delante de ella á Daniel, con su rostro severo y trastornado. Notábase en sus labios un ligero temblor; retrocedió, vaciló un segundo y luego se retiró sin hablar. El joven giró sobre sus talones, y murmuró entre dientes:

—¡Vamos! el fruto no está todavía maduro; será preciso esperar.

Daniel lo había oído y comprendido todo. Un frío sudor helaba sus sienes. Hallábase como el hombre que acaba de escapar de un peligro y que vuelve á respirar, mirando en torno suyo si el peligro pasó por completo.

Se ahogaba y necesitaba respirar libremente. No pudiendo reflexionar en el sofocante ambiente de aquel salón, buscó á Jorge y se lo llevó á la calle.

Jorge se dejó llevar de bastante mala gana. Encontrábase bien en aquella casa, en donde volvía á hallar á aquella joven triste que le había conmovido. Si Lorin no hubiese estado presente para dar al traste con la agitación de su espíritu, de buen grado se hubiera quedado absorto en la contemplación de Juana.

—¿Por qué diablos huyes de esta manera?—preguntó en la calle á su amigo.

—No me gusta Lorin,—balbuceó Daniel.

—¡Pardiez! no me gusta mucho más que á ti. Habría querido permanecer allí para adivinar qué es lo que tiene á su mujer tan descaecida... Volvemos, ¿verdad?

—¡Oh! sí.

Emprendieron el camino á pie. Jorge reflexionaba, y, á cada momento desconocidas sensaciones hacíanle subir á la cabeza rápida y cálida sangre; abandonábase á una especie de tierna ilusión, del todo nueva para él. Daniel, sombrío y presuroso, andaba con la cabeza baja, ganoso de encontrarse solo.

Cuando subió á su habitación, sentóse y prorrumpió en sollozos. Temblaba y acusábase de haber vuelto sobrado tarde. De sobra conocía que la falta no se había cometido aún, mas no sabía ya qué partido tomar para reaccionar sin pérdida de momento y hasta con violencia. Las palabras de la muerta acudíanle sin cesar á la memoria. «Cuando llegue usted á ser hombre,—le había dicho,—acuérdesese de mis palabras: le repetirán á usted lo

que una mujer puede sufrir... Sé cuán peligrosa es la soledad y cuánta energía es necesaria para no caer.» Y hé aquí que Juana, en su soledad, se hallaba falta de energía, y se veía amenazada de caer.

Daniel había ya sufrido demasiado para seguir engañándose á sí mismo. Comprendía que su amor le mordía nuevamente las entrañas, y tan sólo por pudor, por cobardía, no lo publicaba en voz alta. En el Mesnil-Rouge, le había sorprendido una crisis semejante, durante una obscura noche y azotado por fría lluvia. Entonces, en un acceso de celoso furor, quería arrancar á Juana del poder de Lorin. Hoy buscaba los medios de detenerla contra sí misma, de impedirle que se entregara á un amante, y Daniel sentía que agonizaba con los mismos gritos de desesperación y de sufrimiento.

Para engañarse á sí mismo, salía con el pretexto de su misión; según él, cumplía una obligación sagrada. Esta vez, tratábase del honor de la joven, de su serenidad altiva ó de sus remordimientos. La lucha no había sido jamás ni tan ruda ni tan decisiva.

Acto seguido, reía de conmiseración, puesto que se confesaba engañarse á sí mismo, y que tan sólo su amor era lo que le impulsaba por tal manera á querer la felicidad de Juana. Veíase sin disfraz. El honrado guardián habíase convertido en amante apasionado, que tan sólo velaba por celos sobre la mujer que se le había confiado.

Y se apretaba la frente con las manos, gemía,

y buscaba con angustia salvarla y salvarse á sí propio.

Después, como no diese con medio alguno, tomó una hoja de papel y se puso á escribir á la joven. Las lágrimas se secaron en sus mejillas, toda la fiebre le había pasado á la mano, que corría con rapidez.

Por espacio de dos horas no levantó la cabeza y alivió su alma. Era su carta un arranque de amor, una oleada de ternura que rompía los obstáculos y que se extendía sin límites. Todos los afectos, todas las adoraciones reunidas encontraron su salida en aquella confesión. Aquel desgraciado dejóse llevar hasta decirlo todo; entregábase á la fuerza interior que le impulsaba, y desahogaba su corazón, porque la respiración le faltaba y necesitaba aire.

Cuando se sintió más tranquilo, dejó la pluma. Ni siquiera volvió á leer lo que acababa de escribir. Había evitado darse á conocer con claridad, y no puso su firma.

Al día siguiente hizo entregar la carta á Juana. Ignoraba el efecto que produciría. Esperaba.

XII

Daniel escribía á Juana:

«Perdóneme usted, no puedo callarme, fuerza es que desahogue mi corazón. Usted no me conocerá nunca. Esta es la confesión de un desconocido que se siente cobarde, que no tiene valor para amar á usted sin decírselo.

»No pido nada, lo único que deseo es que lea usted esta carta, á fin de que sepa que existe, en la obscuridad, un hombre postrado de rodillas, que llora cuando usted llora. Las lágrimas son más dulces cuando se hallan compartidas. Yo que sollozo solo, sé cuán ruda es la soledad para los corazones doloridos.

»No quiero ser consolado, consiento en vivir en mi amargura; mas yo querría hacer de la existencia de usted una felicidad suprema y darle á usted la paz de los amores generosos.

»Y escribo á usted para decirle que la amo, que no está usted sola y que no hay para que deses-
perar.

y buscaba con angustia salvarla y salvarse á sí propio.

Después, como no diese con medio alguno, tomó una hoja de papel y se puso á escribir á la joven. Las lágrimas se secaron en sus mejillas, toda la fiebre le había pasado á la mano, que corría con rapidez.

Por espacio de dos horas no levantó la cabeza y alivió su alma. Era su carta un arranque de amor, una oleada de ternura que rompía los obstáculos y que se extendía sin límites. Todos los afectos, todas las adoraciones reunidas encontraron su salida en aquella confesión. Aquel desgraciado dejóse llevar hasta decirlo todo; entregábase á la fuerza interior que le impulsaba, y desahogaba su corazón, porque la respiración le faltaba y necesitaba aire.

Cuando se sintió más tranquilo, dejó la pluma. Ni siquiera volvió á leer lo que acababa de escribir. Había evitado darse á conocer con claridad, y no puso su firma.

Al día siguiente hizo entregar la carta á Juana. Ignoraba el efecto que produciría. Esperaba.

XII

Daniel escribía á Juana:

«Perdóneme usted, no puedo callarme, fuerza es que desahogue mi corazón. Usted no me conocerá nunca. Esta es la confesión de un desconocido que se siente cobarde, que no tiene valor para amar á usted sin decírselo.

»No pido nada, lo único que deseo es que lea usted esta carta, á fin de que sepa que existe, en la obscuridad, un hombre postrado de rodillas, que llora cuando usted llora. Las lágrimas son más dulces cuando se hallan compartidas. Yo que sollozo solo, sé cuán ruda es la soledad para los corazones doloridos.

»No quiero ser consolado, consiento en vivir en mi amargura; mas yo querría hacer de la existencia de usted una felicidad suprema y darle á usted la paz de los amores generosos.

»Y escribo á usted para decirle que la amo, que no está usted sola y que no hay para que deses-
perar.

» Usted no conoce las amargas alegrías del silencio y de la obscuridad. Parece que yo amo más allá de la vida, y que usted es mía, tan sólo mía, en la celeste inmensidad del ensueño. Y nadie es capaz de penetrar en mi secreto; guardo como avaro mi amor, soy solo para amar á usted y solo para saber que la amo.

» La otra noche me pareció que estaba usted triste. Y no puedo trabajar para la dicha de usted, para usted no soy nada y no me atrevo á suplicarle que viva en el ensueño en que yo vivo. Suba usted más alto, más alto aun; dígame usted que no me verá jamás, y ámeme.

» Y allá arriba encontrará usted el mundo en que yo existo.

» He puesto ambas mis manos sobre el corazón y he intentado sofocarlo. Mi corazón se ha resistido á dejar de latir. Entonces me he postrado ante usted como ante una santa y la he adorado en éxtasis.

» Ya no sé darme cuenta de para qué había nacido. Había nacido para amar á usted, para confesarle á grito herido mi amor, y tengo que callarme, callarme para siempre. Yo querría ser cualquiera de los objetos que á usted sirven, querría ser la tierra que usted pisa.

» Lloro, ya ve usted, lloro de vergüenza y de dolor. Sé que usted sufre, que lucha contra sí misma. Yo estoy aquí solo, tiemblo de angustia, me estremezco al pensar que va usted tal vez á hacer vacilar la fe que me tiene á sus plantas. ¿Comprende

usted, verdad? Tiémblame el corazón, mi religión tiembla.

» ¡Vivía yo tan feliz allá arriba, en mis mudas admiraciones! ¡Qué dicha sería el remontarnos allí ambos y amarnos en el fondo de lo infinito!...»

Y Daniel continuaba por tal modo, repitiendo ideas y frases. Una idea tan sólo henchía su cerebro: amaba á Juana, y Juana iba á amar á otro. Su carta no contenía más pensamiento que éste, expresado en todas las formas, en medio de las súplicas más ardientes. Era como un acta de fe y de amor.

Una que otra vez Juana había recibido billetes perfumados, en los cuales señores cualquiera se ponían á sus pies. Por regla general, al leer las primeras líneas, tiraba tales declaraciones, que ni siquiera la hacían reír. La carta de Daniel le llegó en medio de la tristeza del despertar, cuando la persona que sufre se estremece al volver á ver la luz, y al renovar, por todo un día, su angustia en el punto en que la dejó el día anterior. La joven sintió una emoción inmensa al leer las primeras frases. El papel temblaba en las manos y los ojos se le llenaron de lágrimas.

No fué parte á poderse explicar la sensación de dulzura y de paz que se apoderó de todo su sér. Leyó hasta el fin, sin preguntarse si hacía bien ó mal.

Era que aquella carta cobraba vida en sus manos; hablábale por último el lenguaje de la pasión, le revelaba todo el amor. Juana no leía, creía oír á

aquel amante desconocido, hablándole de sus ternuras con voz entrecortada por los sollozos. Aquel papel se hallaba, á su parecer, empapado en lágrimas y en sangre, sintiendo latir un corazón en cada frase, en cada palabra.

Un estremecimiento atravesóle el pecho y sintióse transportada á los espacios infinitos. Su alma respondía á aquel llamamiento venido de lo alto. Remontábase á ese mundo de quietud y de sosiego desde el cual le llegaba la voz de Daniel. Y se elevaba, y se depuraba por tal modo, en la religión de los castos amores y de las abnegaciones sobrehumanas.

Entonces, avergonzándose de sus cobardías, resolvióse á aceptar aquella soledad en donde ya no se encontraba sola. Habíase apoderado de ella una generosa fiebre y parecíale que á su alrededor se respiraba un hálito amigo que pasaba por su frente con tibias caricias. Por do quiera contaría en adelante con un pensamiento que la acompañaría, que la sostendría en sus desfallecimientos. Podría hacerse llorar, pero sus lágrimas no partirían ya del corazón, pues ahora sentía allí, en su pecho, la paz, la esperanza.

Y decíase con infinito goce que era amada, que su corazón no moriría de lasitud. Parecíale que el mundo se hallaba entonces muy lejos. Veía en el fondo de una especie de noche, á aquellos hombres con trajes negros que iban y venían en su salón, como siniestros polichinelas. Entregábase por entero á aquella visión, á la idea de aquel amante

que gemía lejos de ella, que le mandaba palabras tan apasionadas y consoladoras.

Aquel amante era incorpóreo. Le contemplaba en sueños, sin llegar á precisar los contornos de alma tan querida. Para ella, no era todavía sino el amor. Había venido como un soplo que la había remontado á la luz, y ella se dejaba elevar, sin tratar de conocer la fuerza que así la arrebatava á la plena región de la luz.

Daniel, durante ocho interminables días, no se atrevió á volver á casa de Lorin. Forjábese mil quimeras, temía encontrar de nuevo á Juana febril y entonces ya no le quedaría más recurso que la muerte.

Decidióse por fin. Jorge sintió una gran alegría al acompañarle. En aquella ocasión tuvieron la fortuna de que Juana se hallase sola. Lorin había sido llamado á Inglaterra para asuntos que le tenían inquieto. La joven les recibió en un saloncito azul, con sonrisas francas y encantadora cordialidad.

Desde la primera mirada, una alegría inmensa había penetrado en el corazón de Daniel. Juana le había parecido transfigurada. Llevaba un vestido blanco de cachemira, y manteníase en pie, con el semblante rebosando serenidad. Los labios no le temblaban ya de fiebre. Adivinábase que la paz se había restablecido en aquella alma.

La joven tuvo por largo rato en su compañía á los dos amigos, tratóles con toda franqueza y mantuvieron los tres una de esas agradables y amenas

conversaciones que hacen que las horas transcurran con rapidez.

Daniel comprendió que no había sido descubierto, y pudo por lo mismo gozar libremente del sosegado semblante de Juana. Adivinaba caricias para el amante desconocido en las inflexiones de su voz, sorprendía las dulces llamaradas de sus ojos y saboreaba un goce infinito en las señales de aquel amor que le pertenecía.

Jurábase darse así por satisfecho. La realidad le espantaba, la idea de hacerse conocer le producía escalofríos, temiendo que Juana hubiese ya dejado de amar.

Mas todo aquéllo se hallaba lejos; absorbíale tan sólo la hora presente. Juana se encontraba allí, en su presencia, tan buena como encantadora, embebecida en el radiante ensueño que él le había enviado, y él se perdía en su contemplación.

Jorge, por su parte, se sentía también embelesado. La joven conversó particularmente con él. Daniel, al hablar, temía salir del sueño que se había forjado. En tanto que permanecía silencioso, Juana hacía preguntas á Jorge sobre sus trabajos científicos, y una dulce simpatía nacía entre ellos.

Fué preciso, por último, dejar el saloncito azul. Ambos amigos prometieron volver. Uno y otro dejaban su corazón en aquel rincón amable y discreto.

Durante tres meses, Daniel llevó una existencia henchida de divinas emociones; andaba como en un sueño; vivía como en otro mundo, más elevado

y más lejos. Todos sus arrebatos habían desaparecido; no gemía ya, nada deseaba y no tenía más anhelo que permanecer siempre en aquel paraíso de un amor ignorado y satisfecho.

No había podido resistir á la necesidad de escribir nuevamente á Juana, y sus cartas revestían entonces tierna serenidad. «Vivamos así,—le decía,—sea yo sencillamente para usted lo que es el hombre ante la divinidad: una plegaria, una adoración, un soplo humilde y acariciador.» A seguida mostrábale el cielo abierto y la desviaba de la indigna tierra.

Juana obedecía á aquel puro espíritu que se había enamorado de una mortal. Aceptábalo como un guardián, como un sostén invisible á quien debía el no ser ya mala.

Daniel iba con frecuencia á casa de la joven, y disfrutaba de un señalado placer en la extraña situación que se había creado. Después de cada carta, iba á leer en el semblante de Juana las emociones que había experimentado.

Estudiaba con arrobamiento los progresos que el amor hacía en ella. El no pensaba en el despertar. La amaba, era enteramente suya y esto le bastaba. Si llegase á darse á conocer, si desgarrase el velo, retrocedería quizás. Continuaba siendo el niño tímido, de sensibilidad exquisita, que tenía miedo á la claridad del día. El único amor que pudo convenirle, era aquel amor secreto que no le obligaba á dudar de sí mismo.

Ahora rogaba á Jorge que le acompañase á casa de Juana. No era ya osado á quedarse á solas con

ella, se habría puesto á balbucear y á ruborizarse, en la creencia de que leía en su interior. A más, cuando Jorge se hallaba allí, podía aislarse; su amigo conversaba con Juana, en tanto que él soñaba con su amor.

Durante estos tres meses, Jorge, resistiéndose y todo, dejóse llevar hasta amar á la joven, con esa pasión intensa de los caracteres reflexivos.

Ocultó á todo el mundo el estado de su corazón, hasta á Daniel, y sobre todo á Juana. Cuando descubrió la verdad, ya no era tiempo de huir. Entonces se rindió y le faltó valor para renunciar á su amor primero; continuó, pues, concurriendo al saloncito azul, pasando allí horas deliciosas, sin atreverse á indagar en sí mismo cuál sería el desenlace.

A veces Juana le miraba al rostro con toda fijeza. Parecía querer penetrar hasta lo más hondo de su sér, en busca de un pensamiento oculto. Ante aquella mirada interrogadora, él se turbaba, viendo entonces aparecer en los labios de la joven la sombra de una sonrisa tierna y discreta.

Un día, al presentarse ambos amigos en su casa, les fué comunicada una inesperada noticia. Lorin acababa de morir repentinamente en Londres. Volviéronse en extremo emocionados. No podían llorar á Lorin; pensaban tan sólo en que el saloncito azul iba á serles cerrado. Aquel fallecimiento, que devolvía la libertad á la mujer á quien amaban, les ocasionó más temor que esperanza; estaban tan bien hallados del modo que se encontraban, que temían

todo cambio que alterara las costumbres de su corazón.

No se hicieron uno á otro ninguna confidencia. Llevaban vida común; mas ahora cada uno de ellos tenía un secreto, y posponían para lo más tarde posible su mútua confesión.

Dejaron que transcurriesen algunas semanas y luego se aventuraron á volver á casa de Juana. Nada les pareció cambiado. La joven, algo pálida, les recibió con su cordialidad de costumbre, presentándose tan sólo más reservada por lo tocante á Jorge. Aquel día, Daniel fué quien se vió en la precisión de hablar.

Lorin, á consecuencia de operaciones desastrosas, dejaba á su mujer casi arruinada. El señor de Rionne, que vivía en casa de su hija, como parásito, vió el cielo abierto al saber la muerte de su hijo político. Había acabado por concebir una sorda irritación contra aquel hombre que defendía acérrimo su fortuna; nunca pudo arrancarle un sueldo, sin encontrar otra cosa en su casa que el techo y la mesa. Cuando Lorin hubo muerto, pidió sin rodeos dinero á Juana, y ésta le abandonó de la mejor gana los restos de aquella fortuna que le pesaba, no reservando para sí sino lo estrictamente necesario.

Daniel, que llegó á enterarse de aquellos detalles, concibió todavía más amor por Juana. Su figura tomaba de día en día, á sus ojos, mayores proporciones, y se felicitaba de ver á la postre cumplido el mandato de la muerta. Una noche, acometiéndole de nuevo la fiebre, le volvió á escribir

Quedóse como quien ve visiones cuando al día siguiente recibió un billete de Juana llamándole. Salió sin participarlo á Jorge, y anduvo el camino como loco, zumbándole la cabeza.

La joven no vivía ya en la suntuosa habitación que había ocupado con su marido. Vivía ahora en el segundo piso de una casa de apariencia modesta. Recibió á Daniel en una salita clara, humildemente amueblada.

No se dió siquiera cuenta de su espantado semblante. Hallábase como sofocado, sin poder dar con la menor palabra.

Cuando le hubo mandado sentar, le dijo con conmovedora familiaridad:

—Usted es mi mejor amigo, mi único amigo. Siento en el alma haber desconocido por tanto tiempo su corazón. ¿Me perdona usted?

Tomóle la mano y le miró con humedecidos ojos. Y luego, sin dejarle tiempo para contestar, prosiguió:

—Usted me ama, lo sé. Tengo un secreto que confiarle y un favor que pedirle.

Daniel palideció por completo. Su desdichado encogimiento iba de nuevo á apoderarse de él. Imaginóse que la joven lo había adivinado todo y que se hallaba á punto de hablarle de sus cartas.

—La escucho á usted,—balbuceó con voz ahogada.

Juana se ruborizó ligeramente, titubeó, y en tono rápido:

—De muchos meses á esta parte estoy recibiendo

cartas. Usted debe de saber quién me las escribe, y he contado con usted para que me diga la verdad.

Daniel se sentía desfallecer. Una oleada de ardiente sangre le había subido al rostro.

—Usted no contesta,—prosiguió la joven,—no quiere usted vender la confidencia de un amigo... Pues bien, en este caso hablaré yo: esas cartas son del señor Jorge Raymond... No diga usted que no. Lo sé todo. Tengo leído su amor en sus miradas; he indagado á mi alrededor, y he deducido que nadie más que él ha podido así escribirme.

Detúvose, buscando palabras. Daniel, anonadado, la miraba con los ojos fijos.

—Le considero á usted como á un hermano,—prosiguió con mayor lentitud.—He querido confesarme á usted. Todavía su amigo me escribió ayer. No tiene para qué continuar, ya sus cartas son ahora inútiles. Se lo repito á usted, lo sé todo: semejante juego resultaría ya cruel y hasta ridículo. Diga usted á su amigo que venga. Venga usted con él.

Y sus conmovidas miradas acabaron su confesión. Juana amaba á Jorge.

Daniel, helado, había dado de repente con una serenidad terrible. Parecía que el alma se le había ido y que su cuerpo tan sólo continuaba viviendo.

Con sosegada voz, habló de Jorge con Juana, y se comprometió á desempeñar aquel papel de hermano que le confiaba.

Luego encontróse en la calle y volvió á su casa.

Entonces la bestia humana se despertó en el fondo de su sér y le acometió una espantosa crisis de desesperación y de locura.

Daniel se sublevaba por último. Su cuerpo sollozaba y su corazón se resistía al sacrificio. No podía decidirse á desaparecer por tal modo. Habíase siempre anulado, había vivido á la sombra, condeñándose al silencio. Mas le era preciso una suprema recompensa, no se sentía con la virtud suficiente para sacrificarse más aun, para morir, sin quejarse á grito herido de sus afectos, y de sus abnegaciones.

¡Cómo! ¡había podido engañarse á sí mismo hasta tal punto! Mofábase de sí propio de rabia y de vergüenza. Durante largos meses había gozado como egoísta de un amor que no le pertenecía; habíase perdido en la contemplación y en la adoración de Juana; y el corazón de Juana rebosaba con el amor de otro. Volvía á verse en el saloncito azul, estudiando el rostro de la joven y tomando para sí las miradas afectuosas, las tiernas sonrisas; hacía memoria de sus arrobos, de sus esperanzas, de sus confianzas sin límites.

¡Mentira todo, juego cruel, engaño atroz! Las miradas afectuosas, las tiernas sonrisas eran para Jorge; á él era á quien amaba Juana, él era quien la convertía en dulce y buena. Bien lo había dicho ella: «He buscado en torno mío y me he persuadido de que Jorge era el único que pudiese escribirme y amarme así.» En cuanto á él, Daniel, no existía; no era allí más que un simple comparsa. Ha-

bíasele robado su abnegación, su amor; siguióse despojándole aún, y nada le quedaba ya; quedábanle tan sólo lágrimas y soledad.

Y era él á quien elegía Juana para confesarle sus amores, era á él á quien encargaba de darla á otro. Faltábale tan sólo aquel sufrimiento, aquella última burla. Creíase, pues, que era demasiado feo, demasiado infeliz para tener un corazón; servíanse de él como de una máquina abnegada, no se sospechaba siquiera que aquella máquina pudiese vivir y amar por su propia cuenta.

Por lo tanto él no viviría jamás, jamás sería amado. El recuerdo de la señora de Rionne hallábase lejos en aquel instante. Daniel estaba ya harto de su papel. Siempre hermano, amante nunca; aquella idea le trastornaba la cabeza.

La crisis duró largo rato. El golpe había sido demasiado rudo, demasiado imprevisto. Jamás habría podido creer que Jorge y Juana se entendiesen para hacerle sufrir así. No amaba en el mundo más que á ellos, y hé aquí que ambos le martirizaban. ¡Era tan dichoso el día anterior! Aquel año que acababa de transcurrir le había proporcionado las únicas alegrías que había podido disfrutar en este mundo. Se le empujaba desde lo más alto y se destrozaba al caer. ¡Y las manos que le precipitaban eran las de Jorge y las de Juana!...

A ratos se tranquilizaba; luego los sollozos le volvían á ahogar; una rebeldía le impulsaba á concebir ideas de crimen, ardientes y tumultuosas.

—¿Qué era lo que iba á hacer?—se preguntaba,

La furiosa bestia que se agitaba en su interior, se volvía rabiosa contra sí misma, sin saber contra quién arrojarse.

Entonces un bochorno inmenso se apoderó de él; postrábase inerte y lloraba lágrimas más dulces. Su carne guardaba silencio y oía tan sólo los lentos y melancólicos latidos de su corazón, que se quejaba en voz queda, en espera de que la crisis de la sangre y de los nervios hubiese pasado.

Daniel corrió las cortinas; la claridad le hacía daño. Después, en aquel silencio, permaneció inmóvil, con los ojos del todo abiertos en las tinieblas. Sus lágrimas no brotaban ya y sus calenturientos escalofríos habían desaparecido. Dejaba que la paz y tranquilidad se enseñoreasen de él.

¿Quién sería capaz de analizar lo que pasaba en el interior de aquel sér? Daniel se arrancó de la humanidad, para remontarse al cielo del amor, infinito y absoluto. Allá arriba encontró todas las bondades, todas las abnegaciones. Una gran dulzura penetraba en él, parecíale que su cuerpo se hacía más sutil y que el alma le daba gracias al liberarla por tal modo. No reflexionaba, dejábase llevar, pues comprendía que el verdadero amor se aposentaba en él, para llevar á cumplimiento una gran obra.

Y cuando la obra quedó cimentada, Daniel se puso á sonreír tristemente. Muerto quedaba para todas las locuras de este mundo. Ahora que la materia estaba vencida, sentía que el alma no tardaría en emprender el vuelo.

Poco á poco la imagen de la señora de Rionne se le había vuelto á ofrecer, y sentíase dispuesto á cumplir la voluntad de la difunta. Sus profundos y claros ojos veían con precisión los hechos, el corazón le impulsaba á cumplir el sacrificio.

Se levantó y fué á avistarse con Jorge.

Acercóse á él sonriendo placentero, sin que le temblara la mano al estrechar la de su amigo. Nada hablaba ya en su llagado cuerpo. Habíase convertido todo en alma.

Sabía que Jorge amaba á Juana con verdadera pasión. El velo se había desgarrado y se daba cuenta de mil hechos insignificantes, cuyo sentido no había llegado á acertar. Habló, pues, con toda certidumbre, con voz apacible y afectuosa. Disponíase por sí mismo á acabar de matar su amor.

—Amigo mío,—dijo á Jorge,—ahora puedo ya confesarte el secreto de mi vida.

Y le refirió punto por punto su historia de abnegación, con sencillo acento. Díjole que había sido el padre, el hermano de Juana. Recordóle sus repentinas ausencias, durante la estancia de ambos en el callejón de Saint-Dominique-d'Enfer, su papel como secretario en casa de Tellier y su martirio al casarse su hija querida con Lorin. Explicólo todo por su agradecimiento hacia la señora de Rionne; presentóse como guardián desinteresado, como protector que cumplía su misión sin debilidades humanas. Después, con tierna alegría, continuó:

—Hoy mi misión queda terminada. Voy á casar á mi hija, voy á entregarla á un corazón digno, y

ya no tendré que hacer sino retirarme... ¿No aciertas á quién he elegido?

Jorge, que había escuchado á su amigo con emoción intensa, sintióse acometido de súbito temblor de alegría.

—Da fin á mi tarea,—continuó Daniel.—Dale cuantas felicidades merece. Te lego mi misión. Amas á nuestra querida Juana y tú eres quien debe serenar y consolar el alma de la pobre muerta... Mi hija te está esperando.

Jorge se echó en sus brazos. No le era posible hablar. Daniel le parecía, en realidad, el padre de la joven y le contemplaba con admiración y respeto, pues adivinaba en él un aliento más que humano.

Daniel se admiraba de no sufrir más. Encontraba verdadera dulzura en su mentira sublime. Habló á Jorge de las cartas que había dirigido á Juana, mas por modo vago. Su corazón ya no latía, y apartaba de sí aquellas abrasadoras páginas, de las que ni él mismo se había dado verdadera cuenta.

Jorge nada sospechó. Entregóse á una alegría infantil. El amigo de Daniel era sobrado cariñoso y demasiado tranquilo, para que pudiese sospechar la terrible crisis que acababa de destrozarle el corazón.

Entonces habló con adoración de Juana. Juró á Daniel que la haría dichosa y le trazó un vivo cuadro de las felicidades que disfrutaría con ella. Insistía hablando de su dicha, pintándola con términos más apasionados. Daniel le escuchaba sonriendo.

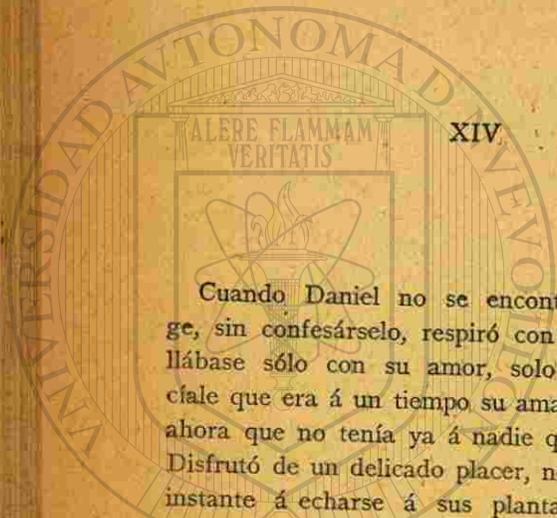
Temía, sin embargo, carecer de la suficiente fuerza para asistir al sacrificio. Así que hubieron hablado, dijo á Jorge:

—Ahora que todo ha concluído, me retiro á descansar. Me vuelvo á Saint Henri.

Mas como Jorge clamara contra esta determinación, pues quería que tomase parte en su felicidad, agregó:

—No, os molestaría. A los enamorados les gusta la soledad. Dejadme marchar. Ya iréis á verme.

Al día siguiente partió. Sentía en el pecho una gran debilidad, y todo su sér se aniquilaba en una dulzura mortal.



Cuando Daniel no se encontraba ya allí, Jorge, sin confesárselo, respiró con más libertad. Hallábase sólo con su amor, solo con Juana, parecíale que era á un tiempo su amante y su hermano, ahora que no tenía ya á nadie que velase por ella. Disfrutó de un delicado placer, no yendo sin perder instante á echarse á sus plantas; pasó dos días vedándose el ir á verla, soñó las primeras palabras que le había de dirigir y las primeras miradas con que ella le acogería.

La entrevista fué contenida á la vez que llena de encanto. Ambos eran pasto de un delicioso encogimiento, que les llevó, durante diez largos minutos, á decirse cosas sin la menor substancia, mas después sus corazones se abrieron á la expansión.

Todo quedó concertado en aquella entrevista. Juana, que iba á terminar el luto, quiso posponer todavía su unión, hasta pasados muchos meses. Jorge se mostró obediente. Sintióse muy satisfecho cuando la joven le hubo manifestado que carecía de

fortuna, pues en modo alguno habría podido aceptar el dinero de Lorin.

¡Cuán lejos de su memoria se hallaba entonces Daniel! Hablaron de él un instante, como se habla del amigo lejano, cuyo rostro tal vez no se vuelva á ver. Tenían el egoísmo de la felicidad; entregábanse en cuerpo y alma al presente y al porvenir.

Durante tres semanas vivieron en aquel éxtasis de ternura. Amábanse, y esto les bastaba. Ni siquiera se detenían á pensar en las circunstancias que les habían acercado el uno al otro.

Un día, Juana, estremecida de amor, habló á Jorge de las cartas que éste le había escrito. Fué un recuerdo del pasado que la sorprendió en plena charla amorosa.

Jorge, ante sus preguntas, sintió angustiado el corazón. La imagen de Daniel se alzó bruscamente en su presencia. No contestó y sintió no haber interrogado á su amigo acerca de aquella correspondencia que por tal modo hacía estremecer á la joven.

Insistió ésta, trájole á la memoria ciertos pasajes y hasta citó frases enteras. A Jorge le asaltó una sospecha. Preguntóle si había guardado las cartas. Ella se sonrió y se las trajo.

—Aquí las tiene usted,—le dijo.—Usted es tanto lo que me ama hoy, que sin duda ya no se acuerda de haberme amado en otro tiempo... Escúcheme usted.

Y leyó una página henchida de pasión. Jorge le dirigía tan extraviado mirar, que le excitaba casi

á la risa. Entonces tomó las cartas y las recorrió febrilmente. Lo comprendió todo.

Daniel había huido, sin parar mientes siquiera en que dejaba en pos de sí las pruebas de su amor intenso y de su abnegación. En la desesperada crisis que había sufrido, una sola idea le embargaba, la de la partida, de la partida inmediata.

Jorge leía por último en el fondo de aquel corazón. En sus manos tenía el secreto entero, y no quiso quedar por debajo de tan sublime valor. Su amor le gritaba en el pecho, pero le impuso silencio.

Cogió la mano de Juana.

—Estamos en la persuasión de que nos amamos, y no somos más que unos niños,—le dijo.—Esta es la hora en que no hemos dedicado un pensamiento al hombre que nos ha dado el uno al otro. Lloro lejos de nosotros, mientras que nos hallamos aquí pasando tiernas horas en nuestro egoísmo de amantes. Fuerza es que lo sepa usted todo, Juana, ya que no debemos tenernos por malos corazones. Esas cartas acaban de demostrarme la verdad... Escuche usted la historia de Daniel.

Y, con toda sencillez, contó á Juana lo que su amigo le había confiado. Refirióle aquella vida generosa, de sacrificio toda y de ternura. Mostróle á Daniel de rodillas ante el lecho de su madre. Y entonces la joven prorrumpió en amargo llanto. Tuvo íntimo convencimiento de sus crueldades, veía en el pasado á aquel guardián que la había sostenido en cada hora peligrosa de su vida.

Pero Jorge continuaba hablando, refiriendo el

prolongado martirio. Extendíase en cada detalle y ponía al descubierto las miserias y los sufrimientos de aquel pobre sér. Componían doce años de soledad y de adoración, mientras que Juana se encontraba en el convento; constituían la abnegación entera y completa, el empleo en casa de Tellier, la celosa vigilancia en medio de las fiebres del mundo, los paseos en el Mesnil-Rouge. A medida que hablaba, él mismo se daba cuenta, se lo explicaba todo y adivinaba lo que su amigo le había ocultado. Su voz se hacía temblorosa y los ojos se le humedecían.

Jorge por último habló de las cartas. Confesó la verdad, pintó el amor de Daniel y puso de manifiesto ante Juana aquel corazón ensangrentado. ¡Y eran ellos los que sin saberlo, lo habían destrozado! En recompensa de su abnegación, acababan de imponerle el mayor de los sacrificios.

Cuando hubo terminado, Jorge se sintió más tranquilo. Levantó la cabeza y miró á la joven, que se había puesto en pie, temblorosa.

Hacía memoria de la última conversación que había tenido con Daniel, y le causaban espanto los sufrimientos que había debido de ocasionarle. Acababa de ver, como una exhalación, la vida de aquel desgraciado, sentía inmensa compasión, una necesidad apremiante de hacerse perdonar.

—No podemos permitir semejante crimen,—exclamó con apresurado acento.—Fuerza es que nosotros sepamos sacrificarnos también. Seríamos unos

desgraciados, si nuestra felicidad costase tantas lágrimas.

—¿Qué quiere usted hacer?—preguntó Jorge.

—Lo que usted haría en mi lugar. Dícteme usted mismo mi deber.

Jorge la miró de frente, y con dulce voz:

—Vamos en busca de Daniel,—dijo.

Por la noche recibió una carta de su amigo, que le colmó de inquietud. Aquella carta febril parecía á un último adiós. Daniel se encontraba, decía, ligeramente indispuerto; procuraba reír, y los gemidos se le escapaban, no obstante todo su valor.

Juana y Jorge, asustados, apresuraron su partida.

Daniel, al dejar á París, comprendió que sus sufrimientos habían dado fin. Durante el viaje se apoderó de él una gran postración. Ya no padecía, y hasta sus pensamientos flotaban en una especie de crepúsculo vago y reparador; todo su sér quedaba como aniquilado, debilitábase y se abandonaba gozoso á aquel adormecimiento de los sentidos.

Al llegar á Saint-Henri, alquiló su antigua habitación, aquella en que su pobre corazón había manado tanta sangre. Abrió la ventana y dirigió la vista al mar. El mar, por un extraño efecto, le pareció empequeñecido; era porque sentía dentro de sí un vacío más inmenso aun. Escuchó el rumor de las olas y parecía que azotaban los peñascos con estampidos de truenos; la pasión no rugía ya en sus venas y oía la oleada en el gran silencio de su sér.

Reanudó sus paseos por la costa; mas ahora parecía que se arrastraba, porque la respiración le faltaba á cada paso. Quedóse maravillado al encontrar cambiados los horizontes; á veces creía caminar por una comarca lejana y desconocida. No era ya aquel ardoroso corazón que enviaba sus gemidos á los vientos de alta mar, ya no mandaba la febril agitación de sus angustias á la inmensidad azul, y el espacio infinito veíase velado por inmensa bruma.

Muy pronto se halló imposibilitado de salir. Permanecía á la ventana días enteros con la vista fija en el mar. Volvió de nuevo á prendarse de él; mirábalo con apasionamiento y sabía que aceleraba su muerte, pues su sordo mugido repercutíale en el pecho hasta hacerle llorar. Después sentía un alivio y se anonadaba hasta perderse en el infinito azul, el infinito de los mares y el infinito del cielo. Aquella inmensa pureza sin mancha llenaba de encanto sus delicadezas de enfermo. Nada hería sus debilitados ojos en aquella celeste inmensidad, que parecía abrir paso á la otra vida. Allá en lo más hondo creía ver á veces ráfagas de deslumbradora claridad, en que habría querido anonadarse.

Tuvo por último que guardar cama. Ya no tenía á la vista sino el descolorido techo. Durante el día entero miraba aquel enyesado duro y frío. Parecíale haber muerto ya y que se hallaba tendido bajo la tierra.

Entonces se entristeció. En el silencio de la soledad, los recuerdos se despertaron. Acordóse de

la vida, cerró los ojos y toda su existencia se fué presentando á su imaginación. Desde aquel instante ni siquiera distinguió ya el techo, y miró dentro de sí mismo. Fueron aquéllas, horas sin amargura, pues no halló remordimiento alguno que pesara sobre su conciencia.

Sus ensueños le presentaban siempre los sonrientes rostros de Jorge y de Juana. Aquel espectáculo, lejos de devolverle sus fiebres, le consolaba y le encantaba. Decíase que su felicidad era obra suya; íbase de este mundo, dichoso por haber unido para siempre á los dos únicos seres á quienes amaba en el mundo.

En las clarividencias de la muerte, su misión le aparecía tal como debía de haber sido. Seguro estaba de haber dado pleno cumplimiento al mandato de la muerta. En aquella hora postrera sentía que hasta su mismo amor debía de formar parte de su tarea. No habría velado sobre Juana con tan celoso cuidado, si no la hubiese querido. Al morir, la señora de Rionne había debido de prever el porvenir: decíase que Daniel amaría á su hija, que la guardaría como un amante, y que, cuando necesario fuere, sabría sacrificarse y morir.

En una ocasión una duda se apoderó de Daniel, y á punto estuvo de recaer en sus angustias. Preguntóse si la muerta no había ahogado una idea secreta, si no le había dado á Juana por esposa. Tal vez no daba cumplimiento á sus últimos deseos al morir, casando á su querida hija con otro que no

fuese él. El corazón le empezó á latir y sintió que la vida tornaba á su sér.

Mas no tardó en comprender que aquél era un pensamiento indigno, un postrer grito de la pasión. Sonrió melancólicamente, recordando su fealdad y repitiéndose que él había nacido para amar siempre y no ser amado jamás. Había obrado con cordura, había tenido valor y sensatez.

Y la paz y el silencio restablecíanse en su interior; moría grande y victorioso.

Acercábase el fin; una mañana apoderóse de él la agonía. Una anciana vecina fué á sentarse junto á la cama, para cerrarle los ojos cuando espirara.

Daniel no exhalaba ni una queja. Continuaba oyendo el murmullo de las olas; decíase que el mar lloraba por él, y aquel consuelo le era dulce.

Al abrir los ojos para contemplar la luz por la postrimera vez, distinguió ante su lecho á Jorge y á Juana, que le miraban con los ojos arrasados de lágrimas. No le causó extrañeza el verlos allí. Sonrió y les dijo con voz débil:

—¡Cuán buenos sois al venir á verme! No me atrevía á esperar que pudiese despedirme de vosotros... Ya veis, no quería molestaros ni entristeceros en vuestra alegría... Pero me siento muy dichoso con veros y con poder daros las gracias.

Juana le contemplaba con dolorosa emoción. Miraba aquel semblante pálido hermosado por la muerte. Parecíale que irradiaba la luz en torno á aquella despejada frente; hundíanse los ojos en limpidez purísima y los labios sonreían á lo divino. Y la

joven pensaba que jamás había visto aquel rostro, en que se leían nobleza y pasión tan elevadas.

—Daniel,—le preguntó,—¿por qué nos ha engañado usted?

El moribundo se incorporó y miró á sus amigos con ademán de reproche.

—No diga usted eso, Juana,—contestó,—no la puedo comprender.

—Lo sabemos todo. No queremos que usted se muera; venimos á traerle la felicidad.

—Pues si todo lo saben ustedes, no echen á perder mi obra.

Y Daniel volvió á dejar caer la cabeza sobre la almohada. La poca sangre que le quedaba acababa de subir á sus mejillas. Hasta en el dintel de la muerte continuaba siendo el niño esquivo, de abnegaciones ocultas y de mudas adoraciones.

Jorge se adelantó.

—Escucha, amigo mío,—dijo;—por compasión, no me dejes remordimientos. Hemos vivido dieciocho años juntos, hemos llegado á ser hermanos. No quiero que padezcas... Ya lo ves, estoy sereno.

—Yo lo estoy más que tú, mi buen Jorge,—repuso Daniel sonriendo.—Voy á morir. Todo ha terminado... Siento ahora que hayais venido, pues veo que no vais á ser razonables. Decís que lo sabéis todo, y no sabéis nada; no sabéis que muero dichoso y tranquilo, que estoy muy contento de acabar así, contemplándoos á los dos... Yo soy quien os pide perdón, pues he tenido mis momentos de debilidad.

Y como Jorge llorase al oír aquellas palabras, cogióle la mano, y con voz más baja aún:

—La querrás mucho, ¿verdad?—le dijo.—Por mi parte, voyme á reposar, pues estoy muy cansado. Miró entonces á Juana con inefable dulzura.

—¿Lo sabe usted todo?—prosiguió.—Entonces sabe usted que su madre era una santa y que yo he adorado su memoria postrado de rodillas. Era usted muy pequeñita cuando dejó este mundo y usted jugaba sobre la alfombra. Lo recuerdo muy bien. Fuí yo quien la cogió á usted en mis brazos, y no lloró usted... púsose á sonreír...

—Perdóneme usted,—murmuró Juana en medio de sus lágrimas;—he sido ignorante y cruel.

—Nada tengo que perdonar á usted; no tengo sino que darle gracias por los goces que he disfrutado amándola... Mi agradecimiento no ha podido igualar la buena obra de su madre. Usted es la que ha sido buena para conmigo tolerando á un pobre sér como yo. ¡Qué de largas y dulces horas he pasado mirándola á usted! No se lo puede usted imaginar. Me ha recompensado usted con creces; no experimento pena alguna; muero tranquilo y feliz.

Su mirada se hacía indecisa y extingúasele la voz. Iba á espirar. Miraba extasiado á Juana y se anadaba en una postración postrera...

—¡Pero no puede usted morir así! ¡Yo le amo!—gritó con locura la joven.

Daniel se despertó bruscamente. Se le dilataron los ojos, se incorporó, y con voz de espanto:

—No diga usted eso,—repuso,—me hace usted

mal, es usted mala. ¡Tenga usted piedad!

—¡Le amo á usted, le amo á usted!—repetía Juana con mayor fuerza.

—No, no, eso no puede ser; usted miente. Cree usted que sufro y quiere consolarme. Repito á usted que soy feliz... Ya ve usted que me estoy ahogando... No debía usted haberme dicho eso.

Se calmó y volvió á sonreír. Un blanco resplandor parecía irradiar de su rostro. Alargó sus descarnados brazos.

—Venid,—dijo,—acercaos á mí... Dadme vuestras manos, lo quiero así.

Y cuando Juana y Jorge estuvieron delante de él, tomóles las manos y las unió la una con la otra. Túvolas por tal modo estrechadas, hasta que el sacrificio quedó consumado, hasta que la muerte le tuvo por suyo.

Y, al espirar, en el umbral de lo infinito, oyó, en el fondo de la deslumbradora claridad en que penetraba, una conocida voz, una regocijada voz, que le decía: «La casas con un hombre digno de ella, tu misión queda cumplida... Ven á mí.»

FIN

Esbozos Parisinos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mal, es usted mala. ¡Tenga usted piedad!

—¡Le amo á usted, le amo á usted!—repetía Juana con mayor fuerza.

—No, no, eso no puede ser; usted miente. Cree usted que sufro y quiere consolarme. Repito á usted que soy feliz... Ya ve usted que me estoy ahogando... No debía usted haberme dicho eso.

Se calmó y volvió á sonreír. Un blanco resplandor parecía irradiar de su rostro. Alargó sus descarnados brazos.

—Venid,—dijo,—acercaos á mí... Dadme vuestras manos, lo quiero así.

Y cuando Juana y Jorge estuvieron delante de él, tomóles las manos y las unió la una con la otra. Túvolas por tal modo estrechadas, hasta que el sacrificio quedó consumado, hasta que la muerte le tuvo por suyo.

Y, al espirar, en el umbral de lo infinito, oyó, en el fondo de la deslumbradora claridad en que penetraba, una conocida voz, una regocijada voz, que le decía: «La casas con un hombre digno de ella, tu misión queda cumplida... Ven á mí.»

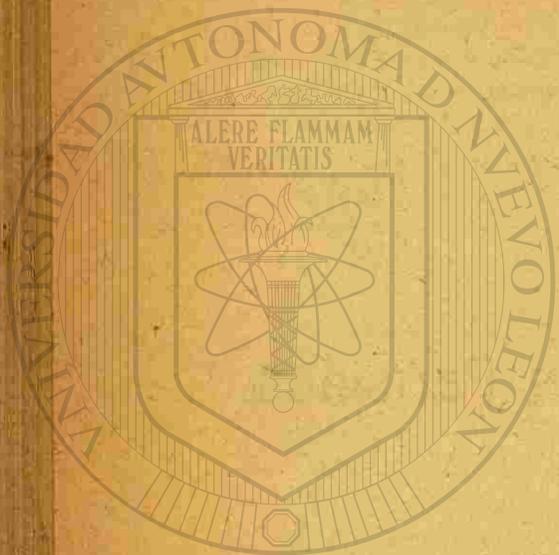
FIN

Esbozos Parisinos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La limpia-botas

Se encuentra aún entre sábanas, medio desnuda, sonriente, con la cabeza echada atrás y los ojos rendidos de sueño. Uno de sus brazos queda oculto entre los cabellos; el otro pende fuera de la cama, con la mano abierta.

El conde, en chancas, de pie delante de una de las ventanas, alza con el dedo la cortina y se fuma un cigarro, en actitud meditabunda.

Todos la conocéis... Ayer cumplió veinte años y apenas aparenta dieciséis. Lleva en la frente la más esplendente corona que el cielo pudo conceder á uno de sus ángeles, una corona de oro bruñido, una cabellera real, de color rubio aleonado, espesa y fuerte como melena de león, suave madeja de seda. La ola de fuego báñale el cuello; cada bucle ofrece sus rebeldías, se tuerce y se extiende

vigoroso; los rizos caen, las trenzas se deslizan y se enrollan, y la cabeza toda resplandece, semejante á la aurora. Y, bajo aquel incendio, en aquel esplendor, aparece una nuca blanca y un pecho alabastrino. Ofrécense irresistibles seducciones en la pureza de aquel cuello, que se muestra discretamente en medio de aquellos cabellos de orgullosa rojez. Enciéndese y arde viva pasión, cuando la mirada se detiene á escudriñar aquella nuca de suaves resplandores y de doradas sombras; adivínase una mezcla de la fiera y del niño, de la impudicia y de la inocencia, una embriaguez que hace subir á los labios besos terribles.

¿Es hermosa? No se sabe, porque el rostro entero desaparece bajo la cabellera. Debe de tener una frente baja, unos ojos pequeños y rasgados, casi grises; la nariz es sin duda irregular, caprichosa; la boca, algo grande, color rosa pálido. Por lo demás ¿qué importa? No se podrían detallar sus facciones, fijar el contorno de su rostro. Embriaga á primera vista, como un vino fuerte embriaga al primer vaso. Tan sólo se ve una seductora blancura en medio de una roja llama, una rosada sonrisa y una mirada con plateados reflejos en un rayo de sol. Vuelve la cabeza, y ya se le pertenece demasiado para poder estudiar una por una sus perfecciones.

Es de estatura mediana, á lo que creo, un tanto gruesa y lenta en sus movimientos. Tiene pies y manos de niña. Todo su cuerpo revela una pereza voluptuosidad. Sólo uno de sus desnudos brazos, lleno y deslumbrador, produce un vértigo de deseo. Es la reina de las veladas de mayo, la reina de los amores que se aquietan en una noche.

II

Descansa sobre el brazo izquierdo, blandamente doblado. Va á despertarse en seguida. Entretanto, medio alza los párpados, y mira, para acostumbrarse á la claridad, el cortinaje azul celeste de su lecho.

Ahí la tenéis, como sepultada en medio de los encajes de las almohadas. Parece sumergida en los ligeros efluvios y en la deliciosa fatiga del despertar; extiéndese su cuerpo blanco é inerte, levantado apenas por un ligero soplo; percíbense rosadas palideces en aquellos sitios en que la batista se aparta. Nada más rico ni más esplendente que aquel lecho y aquella mujer. El cisne de los dioses tiene un nido digno de él.

La alcoba es una maravilla, de pálido azul, misteriosa, discreta; tanto los colores como los perfumes se encuentran allí amortiguados; el ambiente languidece agitado por sutiles estremecimientos. Los cortinajes penden con perezosos pliegues y las alfombras se extienden sordas y enmudecidas. El silencio de aquel templo, la suavidad de las luces, la discreción de las sombras, la sencillez del mobiliario, de irreprochable distinción, llevan la imaginación á pensar en una diosa que une todas las gracias á todas las elegancias, alma de artista y de duquesa que mora en pleno cielo.

Con toda seguridad ha sido criada en baños de leche. Sus delicados miembros dan testimonio de la noble ociosidad de su vida. Dulce y grato es pensar que las blancuras de su alma corran parejas con las de su cuerpo.

El conde da fin á su cigarro sin volver la ca-

beza, vivamente interesada su vista por un caballo que acaba de caerse en la avenida de los Campos Elíseos, y que se trata en vano de poner en pie. Figúrense ustedes que el pobre animal ha caído del costado izquierdo y que la lanza del coche debe de destrozarle las costillas.

III

En el fondo de la habitación, sobre su perfumado lecho, la hermosa criatura se despierta poco á poco. Ahora tiene ya los ojos abiertos de par en par, y permanece indolente sin el menor movimiento. El espíritu vela, el cuerpo dormita. Está pensando.

¿De qué luminosa esfera acaba de subir? ¿Qué angélicas legiones le pasan por delante é imprimen una sonrisa de sus labios? ¿Qué proyecto, qué obra agita su espíritu? ¿Qué primer pensamiento, blanca aurora de aquella inteligencia, viene á sorprenderla al despertar?

Sus ojos del todo abiertos contemplan la cortina. Todavía no se ha movido; siéntese perdida en su sueño y tan sólo sus párpados se agitan de cuando en cuando. Por largo espacio acaricia sus imaginaciones.

Después, bruscamente y como obedeciendo á una llamada irresistible, estira los pies y se echa sobre la alfombra. La estatua se ha convertido en ser mortal. Separa de la frente su cabellera, que se despliega esplendente sobre sus hombros de nieve; atrae á sí los encajes, pónese sus babuchas de terciopelo azul y cruza los brazos con movimiento

encantador. Entonces, medio inclinada, alzando los hombros, y haciendo un gesto de niña socarrona y golosa, echa á andar con precipitado paso, sin el menor ruido, alza un cortinón y desaparece.

El conde tira el cigarro y lanza un suspiro de satisfacción. Felizmente, el caballo de la avenida acaba de ser levantado: un latigazo ha puesto al pobre animal sobre sus cuatro remos.

El conde se vuelve y ve el lecho vacío. Lo mira un instante y se adelanta con lentitud; luego, sentándose al borde del colchón, se pone á contemplar á su vez el cortinaje azul celeste.

IV

El rostro de la mujer es una máscara de bronce; el del hombre es como una fuente de agua clara, que entrega todos los secretos de su limpidez.

El conde mira la cortina y se pregunta maquinalmente cuánto podrá costar el metro de aquella tela. Hace sumas, multiplica, por mera distracción y llega á una importante cifra. Después, sin quererlo, arrastrado por la asociación de ideas, valora la alcoba entera y encuentra que asciende á un total enorme.

Ha puesto la mano en la cama, debajo de la almohada. El sitio está tibio aun, y el conde echa en olvido el templo para pensar en el ídolo. Fíjase en el lecho, en aquel voluptuoso desorden que deja toda hermosa que duerme; y al ver un hilo de oro que reluce sobre la blancura de la tela, se pierde en

el pensamiento de aquella mujer dulce al par que terrible.

En seguida dos ideas se acercan y se unen en su espíritu: piensa en la mujer y en la habitación, todo á un tiempo, y deduce que la una es digna de la otra. Su pensamiento se complace en una larga comparación entre la mujer y los muebles, los tapices y las alfombras. Todo allí es armonioso, necesario y fatal.

Al llegar aquí las imaginaciones del conde se extravían; y, por uno de esos insondables misterios del pensamiento humano, llega á pensar en sus botas. Aquella idea, por nada atraída, invade de golpe y porrazo su espíritu. Hace memoria de que, de cerca de tres meses á aquella parte, todas las mañanas, cuando se echa fuera de aquella habitación, encuentra sus botas admirablemente limpias y betunadas. Y se mece sibaríticamente en tamaño recuerdo.

La habitación resulta espléndida, la mujer divina. El conde vuelve á mirar el cortinaje azul celeste y el hilito de oro sobre la blanca sábana. Da á todo su aprobación, y declara muy alto que ha reparado un error de la Providencia, envolviendo en telas de raso á aquella reina de la gracia que la fatalidad echó al mundo de un albañalero y de una portera, en el fondo de una negra garita de la barrera de Fontainebleau. Aplaudíase á rabiarse por haber dado un nido sin mancha á aquella maravilla, por la bagatela de quinientos mil ó seiscientos mil francos.

El conde se levanta y da algunos pasos. Hállase solo, y se acuerda de que, desde hacía tres meses, tiene por igual modo cada mañana un buen cuarto de hora de soledad. Entonces, nada por curiosidad, sino sencillamente por mover los pies, levanta á

su vez la antepuerta y va en demanda de su caro amor.

V

El conde recorre, una tras otra, toda una hilera de habitaciones, y no da con alma viviente.

Al volver atrás, percibe, en un gabinete, un rumor de frote de cepillo violento y continuo. Creyendo que allí habría una doncella y deseando preguntarle por la ausencia de la señora, empuja la puerta y asoma la cabeza. Y se detiene en el umbral, estupefacto, con la boca abierta.

El gabinete es reducido, pintado de amarillo, con un basamento oscuro, á la altura de un hombre. Véese en un rincón un cubo y una enorme esponja, y en el otro una escoba y un plumero. Un vano acristalado deja pasar una desapacible claridad sobre la desnudez de aquella especie de armario muy alto y muy estrecho. La atmósfera resulta húmeda y fresca.

En medio y sobre un jergón se halla sentada la hermosa de los cabellos de oro, con los pies recogidos bajo su cuerpo.

A su derecha se ve un pote de betún, con un pincel y un cepillo ennegrecido por el uso, grisiento y húmedo todavía. A su izquierda se encuentra una bota, reluciente como un espejo, obra maestra del delicado arte del limpia-botas. En torno suyo se ven esparcidas aquí y allá, chispas de lodo, como fino polvo gris; más lejos se halla el cuchillo que ha servido para rascar el barro á las suelas.

Tiene en las manos la segunda bota. Uno de sus

brazos desaparece por completo en la caña de cuero; y su manecita maneja un enorme cepillo de largas y sedosas crines; y frota con encarnizamiento el talón, que se obstina, á lo que parece, en no querer brillar como es debido.

Con sus blondas y encajes ha envuelto las desnudas piernas, que mantiene separadas. Gotas de sudor se le deslizan por las mejillas y por los hombros, y de vez en cuando se ve precisada á pararse un segundo para apartarse con mal talante los bucles de su cabellera que le caen sobre los ojos. Tanto el pecho como los brazos de alabastro se ven cubiertos de pintas, unas imperceptibles como picadas de aguja, y otras anchas como lentejas; el betún, desprendido de las cerdas del cepillo, ha sembrado aquella deslumbradora blancura de estrellas negras. Muérdese los labios y tiene los ojos como humedecidos y sonrientes; inclínase con amor sobre la bota, antes pareciendo acariciarla que frotarla; está completamente entregada á su tarea, olvidándose de sí misma en goce infinito, agitada por sus rápidos movimientos, y atenta hasta el arrobamiento.

El acristalado vano derrama sobre ella su fría claridad. Un ancho y blanco rayo de luz cae en derechura, inflama la cabellera, comunica rosados tonos á la piel, tiñe de celeste azul las blondas, y deja ver aquella maravilla de gracia y de delicadeza ostentada en pleno barro.

Vedla ahí, epicúrea y feliz. Es hija de su padre, hija de su madre. Todas las mañanas al despertar, piensa en su juventud, en aquella hermosa juventud transcurrida en la viscosa escalera, en medio de los zapatos de todos los inquilinos. Hace memoria y le asaltan anhelos feroces de embetunar sea lo que sea, aunque sólo se trate de un miserable par de botitas. Tiene la pasión del «embetuneo», como

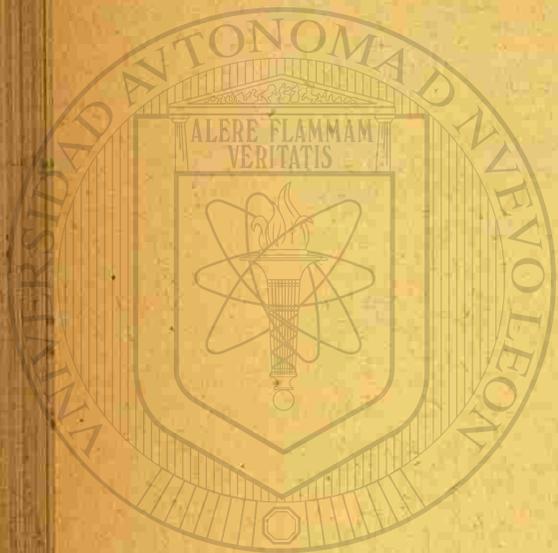
otras la tienen por las flores. Es aquél su ingénito y bochornoso gusto, en el que encuentra inefables delicias. Se levanta de la cama, y en medio de su lujo, de su belleza inmaculada, se va á rascar las suelas con sus blancas manos, y á revolver su delicadeza de gran señora en la sucia tarea de un lacayo.

El conde tose ligeramente, y cuando ella levanta la cabeza, sorprendida, le quita las botas de las manos, se las pone, le da cinco sueldos y se retira con toda tranquilidad.

VI

Al día siguiente la bella limpia-botas se incomoda y escribe al conde, para reclamarle una indemnización de cien mil francos.

El conde contesta que confiesa, en efecto, deberle algo. Una limpieza de botas, á veinticinco céntimos cada día, componen veintitres francos al cabo de tres meses. Y le envía veintitres francos por su ayuda de cámara.



Las viejas de ojos azules

I

Con seguridad que os habéis topado con ellas, con esas viejas de ojos azules, que andan pasito á paso por las aceras, á lo largo de las tiendas. Aquí y allá, por entre la turba de transeuntes atrafagados, se las ve deslizarse poco á poco.

Llevan sombreros de paja negra, muy hondos, sin cintas, atados bajo la barba con ayuda de un bramante. Van vestidas con trajes oscuros, ceñidos á sus delgados miembros, y con chales verdosos pendientes de sus puntiagudos hombros, como colgados en dos clavos. Los entumecidos pies se deslizan con ruido quejumbroso, las arrecidas manos se ocultan bajo las puntas del chal, y en uno de sus brazos llevan un desportillado cesto.

Camisan, bajando la cabeza, pensativas y moviendo los labios, á la manera del niño que reza. En lo hondo del negro sombrero, vense sus rostros marchitos como frutas secas; la carne parece que se ha disuelto, y tan sólo queda la piel, semejante á

húmedo pergamino; y, en medio de una espesa niebla, nadan sus azules ojos, como líquidos y muertos. Aquellos ojos ofrecen una borrosa dulzura, un éxtasis ofuscado y recogido.

Las viejas de ojos azules con toda seguridad se han empequeñecido: han vuelto á ser niñas. Al verlas pasar, cuando el negro sombrero les oculta el semblante, tomaríaselas por niñas que van á la escuela; tienen la cintura delgada, los brazos débiles y son perezosos sus movimientos. Mas, cuando alzan la frente, nos espantamos al ver, en el cuerpo de una niña, aquel rostro pálido, hundido, destruido por toda una vida de pasiones ó de miseria.

II

Los jóvenes de veinte años atisban las blancas pantorrillas de las muchachas, que una ventolera deja ver. Pero yo me complazco en ir en pos de las viejas de ojos azules, que siguen en derechura su camino, sin volver la cabeza, con paso regular de sonámbulas.

Siempre están solas. No andan como las hermosas muchachas de dieciséis años, por bandadas, ocupando la anchura de la calle y riendo á boca llena. Preséntanse aisladas, humildes y reservadas y se deslizan por entre la multitud, que ni siquiera las ve.

A todas las conozco: á las de las alturas del Pantheon, y á las de las alturas de Montmartre. En los

días de claro sol, en los de seco frío, tan pronto como se me ofrece una á la vista, regulo el paso con el suyo y me complazco en acompañar á ese lindo y pequeño sér, tan viejo y tan delicado. En otro tiempo, cuando yo era todavía cándido y que ignoraba con qué misteriosos séres tenía que habérmelas, había echado sobre mí la tarea de descubrir el domicilio de las viejas de los ojos azules. Excitaban mi curiosidad con sus miradas muertas; sentía la necesidad de enterarme de sus vidas y, hábame resuelto á subir á casa de alguna de ellas, como se sube á la de las muchachas alegres que os quieren contar su historia.

Las he seguido tres años, y nunca he podido saber de dónde salían ni á dónde regresaban. De repente, en una calle, me tropezaba con una, que parecía surgir de las aceras. Poníame á andar pacienzudamente tras ella; siempre taciturna, avanzaba como impelida por un movimiento de reloj. Luego, en un santiamén, cuando me adormecía, mecido por la contemplación de su lento andar, desaparecía y escapábase á mi vista. A no dudarlo, había vuelto á meterse en las aceras.

Todas se me han deslizado por tal manera de las manos, sin que jamás me haya sido posible satisfacer mi curiosidad. Cuando pienso en la inútil caza que he emprendido tras ellas, tentado estoy á creer que las viejas de los ojos azules son las sombras de las que murieron de amor y que vuelven á pasearse por las aceras, en donde tanto amaron. De todos modos, volviéndome la cordura, me he propuesto no tratar ya de enterarme de sus domicilios; prefiero creer que de él carecen y que se despiertan de la muerte todas las mañanas para volverse á morir todas las noches.

III

Desde hace diez años las vuelvo siempre á encontrar de la misma edad, sin que una nueva arruga haya podido hallar sitio en sus rostros. Hay para creer que son inmortales. ¡Qué de novelas he soñado, en las templadas mañanas de mayo, cuando iba en pos de ellas, con el corazón inquieto y vacío! Iban en busca del sol, despertándose un tanto á las tibias caricias del aire; hasta deteníanse á veces para respirar y mirar ante ellas.

¿Qué pensamientos de juventud henchían á la sazón aquellos pobres cuerpos extenuados por la edad? ¿Qué remembranzas de lejanas primaveras transmitían un suspiro á aquellos cerrados labios?

Y entonces me preguntaba qué jóvenes habían sido en otro tiempo las viejas de los ojos azules. ¡Qué de historias tan terribles como dulces deberían encerrarse en ellas! ¿De dónde venían, semejantes en un todo, con sus sombreros negros y sus verdes chales? ¿Quién las había puesto por tal modo sobre el pavimento de París, abandonadas, hermanas todas por sus rostros y sus vestidos? Llegaban del misterio, parecían no conocerse, y sin embargo, al verlas, habríase jurado que pertenecían á una sola y deplorable familia.

¿Quién sabe? tal vez habrían nacido de aquella manera, viejas y encorvadas. O quizás habían tenido una misma juventud, ardiente, que, después de haber

quemado sus carnes, las conservaban inmortales, secas y rígidas.

Me recreaba con esta idea. Veíalas, vestidas de blanca muselina, con lazos color de rosa, risueños los ojos, húmedos los labios, danzando en los cercados del pasado siglo y mandando besos á los hombres.

IV

Una tarde de junio, en la hora en que la transparente sombra caía de los castaños del Luxemburgo, una vieja de ojos azules vino á sentarse en el banco de piedra en que yo soñaba.

Como al sentarse, la falda se le hubiese levantado, distinguí, encerrado en un grosero zapato con cordones, el piecicito más lindo que sea dable imaginar.

Tenía baja la cabeza, y el sombrero negro me ocultaba su rostro. Había atraído sus delgadas manos de niña enferma y se arrebujaba en su chal. Habríasela tomado por una niña de doce años.

Tal vez se dió cuenta de la piedad que me laceraba el corazón, pues alzó la cabeza y me miró con sus ojos indecisos y bañados de lágrimas.

Aquella mirada, que se cruzó con la mía durante un segundo, me contó una larga historia de amor y de penas. Había en aquellos pálidos ojos, tierna tristeza, todos los deseos de la juventud y todos los desfallecimientos de la vejez. Las noches de placer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

le habían enrojecido los párpados y le faltaban las pestañas, quemadas por las ardientes lágrimas de los vehementes apetitos. Aun debía de amar, la pobre vieja de ojos azules, aun no debía de estar cansada, y todavía debía de echar de menos los fugaces años. Y temblaba al sol, pensando en los ardorosos besos de los tiempos que pasaron.

Cree haber penetrado, hasta el corazón, en una de aquellas criaturas misteriosas. Habían hablado los ojos, y tengo para mí, que entonces ya sabía de dónde venían las viejas de ojos azules que, en las calles, lanzan aún á veces á los jóvenes, miradas devoradoras.

Vienen de los amores de nuestros padres.

V

Miraba el piececito en el grosero zapato de cuero... Tenía dieciséis años. Era una preciosa muchacha, blanca y sonrosada, con sedosos cabellos de color rubio ceniciento que se recogían suavemente á lo largo de sus mejillas. Grandes pestañas de oro velaban la inmensidad azul de su mirada, y tenía en la barba un pequeñísimo hoyo que se dilataba al reirse. Y se reía siempre.

Sus sedosos cabellos cenicientos habían sido parte para que se le diese el armonioso nombre de Cendrina. Otros la llamaban Risetta, porque jamás

habían visto sus labios sin la sonrisa que cincelaba el hoyuelo de su barba.

No era como las muchachas de nuestro tiempo que han encontrado el medio de vestirse de seda, sin dar una puntada de aguja al día. Cendrina cosía el día entero, y tan sólo gastaba vestidos de indiana. ¡Mas qué indiana tan bella, tan alegre, limpia, castísima y cándida! Con un gorrito de blanca tela en el moño con un pañolito de seda al cuello, con medias blancas y brazos al aire, os acogía cual buena muchacha, tendiéndoo las manos, con el regocijado humor en los ojos y en los labios. Toda su personalidad revelaba una ternura, una alegría sana y vigorosa. En sus carcajadas se percibía una amorosa dulzura que llegaba al alma.

Cendrina—hay que decirlo—era un corazón caprichoso. ¡Pero había tanta franqueza en aquel corazón! Amaba mucho, un poco por do quiera, pero nunca en dos sitios á la vez. Aquella cándida en amor, que se dejaba tontamente llevar por sus ternezas, iba á donde iban sus besos, sin defenderse. Por lo demás, no se ocultaba, amaba al claro sol, decía: Te amo, y no vacilaba mucho más para decir: Ya no te quiero. Y como su último beso era siempre tan bueno como el primero, hé aquí que á ninguno de sus amantes le pasó nunca por las mientes enojarse con ella.

Risetta era muy conocida en las enramadas de las inmediaciones, en los bosquecillos de los bailes públicos. Hallaba el medio de trabajar todo el día y de reir toda la noche. Unos daban por seguro que no dormía nunca, y otros se reían para sus adentros al escuchar tales palabras.

De este modo llevaba una vida de libertad. Vivía en la salud del trabajo, en las tiernas voluptuosidades del amor. Daba su corazón como limosna,

y no contaba sus besos, creyendo en la eternidad de su juventud.

Cendrina, Risetta, la niña de la cabellera cenicienta, la amante que reía sin cesar para dejar ver el hoyuelo de la barba, cantaba á voz en cuello la canción de los dieciséis años, apresurándose á amar, á amar mucho, para no desperdiciar el tiempo. Empleaba sus diminutos pies corriendo sobre la hierba, en los tablados de los bailes, en donde quiera que hubiese besos en la atmósfera.

VI

La falda ha vuelto á caer sobre el piecécito, que entonces dormía en el gran zapato de cuero...

Mis miradas han subido lentamente del pie al rostro.

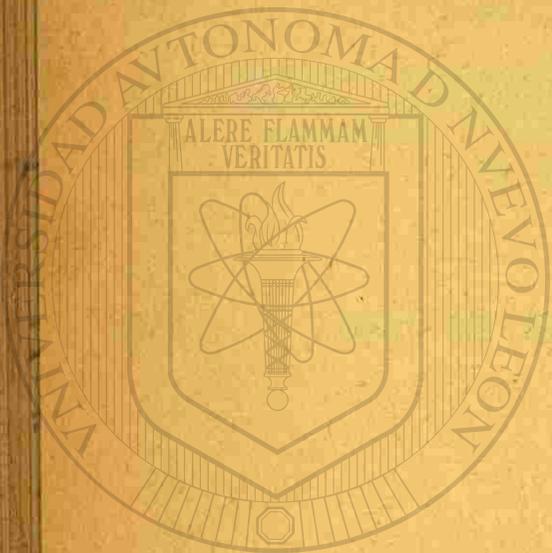
El rostro me ha parecido espantoso, pálido y de rojo de ladrillo, con cabellos grises que se pegaban á las sienes. Los ojos, opacos y húmedos eran de sucio azul. El hoyuelo formaba un negro agujero, en medio del saliente hueso de la barba.

¡Ah! ¡triste enamorada que tiritaba al sol de junio, en medio de su vejez y de su abandono! La juventud no había sido eterna, y los amantes se habían estremecido una noche, ante sus gastados labios, como también yo me estremecía al verla mirarme con apagados ojos.

Pues bien, no, yo te amo, pobre Risetta, pobre Cendrina. Tan sólo quiero ver tu piecécito, se-

guirte por las calles, eternamente, sin hablarte nunca, como amante tímido. Tú serás la enamorada de mis días de tristeza, tú, á quien soñé sentado en un banco del Luxemburgo, en un día de esplendente sol.

Y no vengáis á desmentirme, ¡oh viejas queridas de los ojos azules! cuando aseguro que vosotros sois los desolados fantasmas de los tiernos amores de los tiempos que fueron.



Los ganchos

I

En París todo se vende: las vírgenes locas y las vírgenes cuerdas, las mentiras y las verdades, las lágrimas y las sonrisas.

No ignoráis que en este país de comercio, la belleza es una mercancía de que se ha hecho un horrible negocio. Se venden y compran los grandes ojos y las bocas pequeñas; las narices y las barbas se cotizan á precio más equitativo. Tal hoyuelo, tal lunar de belleza representan una renta fija. Y, como no faltan nunca falsificaciones, imítase á veces la mercadería del Dios bondadoso, y se venden mucho más caras las cejas postizas hechas con cabitos de cerillas quemadas, y los moños postizos sujetos á los cabellos, mediante largos alfileres.

Todo esto es muy justo y muy lógico. Somos un pueblo civilizado y se me ocurre preguntar á ustedes de qué nos serviría la civilización, si no nos ayudase á engañar y á ser engañados, para hacer la vida posible.

Pero confieso á ustedes que me he visto en realidad sorprendido cuando he sabido ayer que un industrial, el viejo Durandeu, á quien conocen ustedes como yo, ha tenido la ingeniosa y despampanante idea de comerciar con la fealdad. Que se venda belleza, lo comprendo fácilmente; que se venda así mismo belleza postiza, es muy natural, señal es de progreso. Mas declaro aquí que Durandeu ha merecido bien de la patria, poniendo en circulación en el comercio esa materia muerta hasta nuestros días, que se llama fealdad. Entendámonos, de lo que quiero hablar es de la fealdad fea, de la fealdad lisa y llana, vendida lealmente por fealdad.

Con seguridad que han encontrado ustedes á veces mujeres que andan de dos en dos, por las anchas aceras. Caminan lentamente, se paran ante las vitrinas de las tiendas, con reprimidas risas y arrastran sus faldas por modo flexible é insunante. Van cogidas del brazo como dos buenas amigas, se tutean á cada instante, son casi de la misma edad y visten con la misma elegancia. Pero siempre una de ellas es de belleza adocenada, su rostro es de aquellos que nada dicen: nadie volverá la cabeza para verla mejor; mas si por casualidad se da el caso de que se la distinga, se la mira sin desagrado. La otra es siempre de horrible fealdad, de fealdad que subleva, que hace fijar la mirada, que obliga al transeunte á entablar comparaciones entre ella y su compañera.

Confiesen ustedes que han sido cogidos en el lazo y que á veces se han puesto ustedes á seguir á ambas mujeres. El monstruo, solo en la acera, les habría llenado de espanto; la joven de rostro mediocre les habría dejado en la más completa indiferencia. Pero se hallaban juntas, y la fealdad de una de ellas ha aumentado la belleza de la otra.

¡Pues bien! se lo aseguro á ustedes, el monstruo,

la mujer atrozmente fea, pertenece á la agencia Durandeu. Forma parte del personal de los *Ganchos*. El gran Durandeu la había alquilado al rostro insignificante, á razón de cinco francos por hora.

II

Aquí tienen ustedes la historia.

Durandeu es un industrial original y de inventiva, millonario y que trabaja hoy por el arte en punto á comercio. Se lamentaba hacía mucho tiempo, al pensar que todavía no se había podido sacar ni un sueldo del negocio de las jóvenes feas. Por lo que respecta á especular con las bonitas, cosa es de delicada especulación, y Durandeu, que tiene escrúpulos de hombre rico, no ha pensado en ello jamás, se lo aseguro á ustedes.

Un día, súbitamente, se sintió como iluminado por un destello de lo alto. Su espíritu dió de repente á luz la nueva idea, como sucede á los grandes inventores. Paseábase por el bulevar, cuando vió corretear delante de sí dos jóvenes, una hermosa, la otra fea. Y hé aquí que al fijar en ellas la vista, vino á darse cuenta de que la fea era un adorno con que se ataviaba la hermosa. Así como las cintas, los polvos de arroz, las trenzas postizas se venden, justo y lógico era—se dijo para su capote—que la hermosa comprase á la fea como un adorno que le sentaba á pedir de boca.

Durandeu se volvió á su casa para reflexionar á su sabor. La operación mercantil que meditaba, pedía ser conducida con la mayor delicadeza. No quería lanzarse á la ventura á una empresa genial, si triunfaba, ridícula si llegaba á naufragar. Pasó la noche de claro en claro haciendo cálculos y le-

yendo á los filósofos que mejor hablaron de la necedad de los hombres y de la vanidad de las mujeres. Al día siguiente, al despuntar la aurora, se encontraba ya decidido: la aritmética le había dado razón, los filósofos le hablaron de tal dolencia de la humanidad, que ya contaba con numerosa clientela.

III

Querría contar con más alientos para escribir la epopeya de la creación de la agencia Durandeu. Sería una epopeya burlesca al par que triste, rebuscante de lágrimas y carcajadas.

A Durandeu le costó más trabajo del que se figuraba para formarse un fondo de mercancías. Queriendo obrar directamente, contentóse en un principio con fijar á lo largo de los tubos de desagüe, en los árboles, en sitios apartados, cuadraditos de papel, en los cuales se veían, manuscritas, las siguientes palabras: «Se necesitan jóvenes feas para hacer un trabajo fácil.»

Esperó ocho días y ni siquiera una muchacha fea se presentó. Acudieron cinco ó seis bonitas, que pidieron trabajo sollozando; hallábanse entre el hambre y el vicio, y pensaban todavía hallar su salvación en el trabajo. Durandeu, muy apurado, les dijo y les respitió que eran sobrado bonitas y que no le podían convenir. Pero ellas sostenían que eran feas, y que sólo por galantería y maldad de su parte, las declaraba hermosas. Hoy día, no pudiendo vender la fealdad de que carecían, han tenido que vender la belleza de que estaban dotadas.

Durandeu, ante tamaño resultado, vino á per-

suadirse de que tan sólo las muchachas bonitas tienen valor de confesar una fealdad imaginaria. Por lo que toca á las feas, seguro es que, por su propia voluntad, no se acercarán nunca á convenir en el desmesurado tamaño de sus bocas, ni en la extravagante pequeñez de sus ojos. Anunciad en todas las esquinas que daréis diez francos á cada mascarón de proa que se presente, y no os empobreceréis gran cosa.

Durandeu renunció á los anuncios. Ajustó como media docena de corredores y los diseminó por la ciudad en busca de mónstruos. Fué aquéllo un reclutamiento general de la fealdad de París. Los corredores, hombres de tacto y de gusto, se echaron encima una ruda tarea; procedían con arreglo á los caracteres y á las posiciones, de golpe y porrazo cuando la persona tenía apremiante necesidad de dinero, con más delicadeza cuando tenían que habérselas con alguna muchacha que aun no se moría de hambre. Es cosa dura, para las personas de educación, ir á decir á una mujer: «Señora, usted es fea; le compro á usted su fealdad á tanto por día.»

En aquella caza emprendida contra las pobres chicas que lloran ante los espejos, se desarrollaron episodios dignos de recordación. A veces los corredores se encarnizaban: habían visto pasar por una calle una mujer de una fealdad ideal, y tenían empeño en presentarla á Durandeu, para merecer los plácemes del amo. Algunos hubo que echaron mano de recursos extremos.

Todas las mañanas, Durandeu recibía é inspeccionaba la mercancía allegada la víspera. Cómodamente instalado en un sillón, puesto de bata pajiza y con casquete de raso negro, mandaba desfilar delante de sí las nuevas reclutadas, alguna de ellas acompañada por su corredor. Entonces se

echaba hacia atrás, guiñaba los ojos y presentaba actitudes de aficionado contrariado ó satisfecho; tomaba con toda calma un polvito y se entregaba á la meditación; á seguida, para ver mejor, hacía dar vueltas á la mercancía y la examinaba por todos lados; á veces hasta se levantaba, tocaba los cabellos, se fijaba en el rostro, á la manera que un sastré palpa una tela, ó como un especiero se asegura de la calidad de las velas de sebo ó de la pimienta. Cuando la fealdad quedaba bien evidenciada, cuando el rostro resultaba estúpido y ordinario, Durandeu se restregaba las manos, felicitaba al corredor y hasta habría besado al monstruo. Pero desconfiaba de ciertas fealdades; cuando los ojos brillaban y los labios revelaban agudas sonrisas, fruncía el entrecejo y se decía para sus adentros que semejante fea, si no había sido creada para el amor, lo había sido con frecuencia para las pasiones. Demostraba cierta frialdad al corredor, y decía á la interesada que volviese á pasar más adelante; cuando fuese más vieja.

No es tan fácil como puede creerse el entender en materia de fealdad, el allegar una colección de mujeres verdaderamente feas, sin perjudicar á las que no lo son. Durandeu dió pruebas de gran talento en sus elecciones, pues vino á patentizar el profundo conocimiento que tenía del corazón y de las pasiones humanas. La gran cuestión para él estribaba en la fisonomía; así era que se quedaba tan sólo con las caras que descorazonaban, con las que dejan á uno helado por su fealdad de color subido ó por su estupidez.

El día en que la agencia quedó definitivamente instalada, en que pudo ofrecer á las lindas jóvenes en decadencia, mujeres feas adecuadas á su color y á su clase de belleza, lanzó á la publicidad el siguiente prospecto:

IV

«Señora:

»Tengo el honor de poner en su conocimiento que acabo de fundar una casa que está llamada á prestar los más señalados servicios para la conservación de la belleza de las señoras. Soy inventor de un artículo de tocado que debe de realzar con nuevo esplendor las gracias concedidas por la naturaleza.

»Hasta la presente, no ha habido medio de poder disimular las falsificaciones. Esto se ve en las blondas y en las alhajas; hasta se sabe que se lleva pelo postizo en el moño, y que la púrpura de los labios y el rosado de las mejillas son hábiles pinturas.

»En este supuesto, yo he querido resolver el problema, imposible á primera vista, de embellecer á las damas, dejando que todos los ojos ignoren la procedencia de este nuevo atractivo. Sin agregar un lazo, sin tocar para nada al rostro, tratábase de dar para ellas con un medio infalible de atraerse las miradas y de no hacer por tal modo carreras inútiles.

»Creo poderme lisonjear de haber resuelto victoriosamente el problema insoluble que me había propuesto.

»En el día de hoy, toda señora que se digne honrarme con su confianza, obtendrá, á precios asequibles, la admiración de la multitud.

»Mi artículo de tocado es de la mayor sencillez y del más seguro efecto. No tengo que hacer más que describirlo, señora, para que comprenda usted de seguida su mecanismo.

» ¿No ha visto usted nunca á una mujer pobre al lado de una hermosa dama vestida de seda y encajes, que le daba limosna con su enguantada mano? ¿No ha notado usted cómo brillaba la seda destacándose sobre los andrajos, cómo toda aquella riqueza se ostentaba y ganaba en elegancia junto á aquella miseria?

» Señora, me hallo en la situación de poder ofrecer á los hermosos rostros, la más abundante colección de caras feas que sea dado ver. Los agujereados vestidos hacen resaltar los trajes nuevos. Mis caras feas hacen valer más las que son bonitas.

» ¡Se acabaron los dientes postizos, los postizos cabellos, los postizos senos! nada de enjalbiego, de tocados costosos, de gastos enormes en afeites y en blondas. Basta con sencillos señuelos que se cogen del brazo y se pasean por las calles, para dar realce á la belleza y hacerse mirar con ternura por los caballeros.

» Dígnese, señora, honrarme con su clientela. En mi casa encontrará usted los productos más feos y más variados. Podrá usted elegir y acomodar su belleza con la clase de fealdad que mejor convenga á usted.

» TARIFA: 5 francos por hora; día entero 50 francos.

» Presento á usted, señora, la seguridad de mis distinguidos sentimientos.

» DURANDEAU.

» P. D.—La agencia cuenta asimismo con madres y padres, con tíos y tías.

» Precios moderados.»

V

El éxito fué extraordinario. Desde el siguiente día funcionó la agencia, la oficina se vió atestada de clientes y cada una elegía su señuelo, llevándose con feroz alegría. No es posible saber cuánto hay de deleite para una mujer bonita, al apoyarse en el brazo de una mujer fea. Ibase á aumentar su belleza y á gozar de la fealdad de otra. Durandeu es un gran filósofo.

No hay que creer, sin embargo, que la organización del servicio fué cosa de coser y cantar. Surgieron mil obstáculos imprevistos. Si costó no poco trabajo el reunir el personal, no costó mucho menos el satisfacer á las clientes.

Presentábase una señora en demanda de un gancho. Se le ponía de manifiesto la mercancía y se le decía que escogiera, contentándose con insinuarle algunos consejos. Héte aquí á la dama yendo de un gancho á otro, de mal talante, encontrando á las pobres muchachas ó demasiado ó no bastante feas, saliendo al fin con la gaita de que ninguna de las fealdades se ajustaba á su belleza. Ya podían los empleados hacer valer la nariz torcida de la una, la enorme boca de estotra, la aplastada frente y el aspecto de imbecilidad de la de más allá; elocuencia perdida.

Otras veces la dama era de suyo horriblemente fea, y Durandeu, si se hallaba allí, sentía deseos locos de atraérsela á peso de oro. Venía, según ella, á dar realce á su belleza; deseaba por lo tanto un gancho joven y no demasiado feo, por no

necesitar más que un ligero ornamento. Los dependientes, desesperados, la ponían delante de un gran espejo y hacían desfilar junto á ella todo el personal. Pues todavía se llevaba el premio de la fealdad, y se retiraba indignada porque se hubiesen atrevido á ofrecerle objetos semejantes.

Poco á poco, no obstante, la clientela se regularizó, de modo que cada gancho ó reclamo contó con sus clientes tituladas. Durandeu pudo descansar en el íntimo goce de haber hecho dar un nuevo paso á la humanidad.

No sé si la gente llega á darse exacta cuenta del oficio de reclamo. Tiene sus alegrías que ríen al pleno sol, pero tiene también sus lágrimas ocultas.

La reclamo es fea, es esclava y sufre por verse pagada, porque es esclava y porque es fea. Por lo demás, anda bien vestida, da el brazo á las celebridades de la galantería, vive en los coches, come en los figones de fama y pasa las veladas en el teatro. Tutea á las chicas guapas y los cándidos la toman por de la distinguida sociedad de las carteras y de las primeras representaciones.

El día entero lo pasa en la jubilación, y por la noche rabia, gime. Se ha quitado la vestimenta que pertenece á la agencia y se encuentra sola en su desván ante un pedazo de espejo que le dice la verdad. Su fealdad se halla allí, al desnudo, y de sobra conoce que nunca será amada. La que sirve para agujonear los deseos, nunca llegará á enterarse del sabor de los besos.

VI

Por hoy me he limitado á narrar la creación de la agencia y á transmitir á la posteridad el nombre de Durandeu.

Tal vez llegue un día en que escriba las *Confidencias de un Gancho*. He conocido una de esas desventuradas, que me ha lacerado el corazón contándome sus sufrimientos. Ha tenido por clientes jóvenes que todo París conoce y que han demostrado sobrada dureza por lo que á ellas concierne. Por favor, señoras mías, no desgarran ustedes los encajes que las adornan, sean ustedes bondadosas para con las feas, sin las cuales no serían ustedes bonitas.

Mi reclamo era un alma de fuego, que, á lo que sospecho, había leído mucho á Walter Scott. No sé que exista nada más triste que un corcovado enamorado, ó que una fea entregada al azul del ideal. La desventurada muchacha amaba á todos los jóvenes, cuyas miradas atraía su deplorable rostro y las hacía fijar sobre el de sus clientes. Figuraos al amoroso señuelo de las alondras, que atrae al alcance del plomo del cazador.

Ha presenciado muchos dramas. Alimentaba terribles celos contra aquellas mujeres que la pagaban como se paga un poté de pomada ó un par de botinas. Era una cosa alquilada á tanto la hora, y sucedía que aquella cosa tenía sus cinco sentidos. ¿Os figuráis sus amarguras, en tanto que sonreía,

tuteando á las que le robaban su parte de amor? Aquellas jóvenes que disfrutaban de maligno placer al engatusarla como amiga en presencia de la gente, la trataban como criada en la intimidad; y hasta la habrían destrozado por capricho como destrozan las chucherías de sus aparadores.

Pero ¿qué le importa al progreso un alma que sufre? La humanidad va hacia adelante. A Durandeu se le bendecirá en los siglos futuros, porque ha puesto en circulación una mercancía muerta hasta aquí, inventando un artículo de tocado que facilitará el amor.

El amor en las buhardillas

Las personas de mal humor, las que envejecen y á quienes molesta nuestra juventud, aseguran que las rosas de su tiempo se hallan marchitas y que á nosotros sólo nos quedan ya las espinas. Y van diciendo á la joven generación, con malévolos alegrías: «¡La griseta se muere, la griseta ha muerto!»

Mas yo por mi parte os afirmo que mienten, que el amor y el trabajo no podrían morir, que los alegres pajarillos de los desvános no se han podido escapar.

Yo conozco uno de esos pajarillos.

Marta cuenta veinte años. Un día se encontró sola en el mundo. Era hija de la gran ciudad que ofrece á sus hijas un dedal para coser, ó joyas. Ella optó por el dedal y se hizo griseta.

El oficio es sencillo; tan sólo pide corazón y una aguja. Trátase de amar mucho y de trabajar mucho también. Aquí el trabajo salva al amor y los dedos aseguran la independencia del corazón.

Marta, en la mañana de la vida, ha apoyado la frente en sus manecitas y se ha sumido con valentía en las más graves reflexiones.

—Soy joven, soy bonita, y de nadie dependo sino de mí el llevar vestidos de seda, blondas y alhajas. Lo pasaría ricamente, me alimentaría con los manjares más delicados, no saldría más que en coche, y estaría sentada y mano sobre mano todo el santo día. Mas llegaría un instante en que después de haber derramado todas mis lágrimas y vencido todas mis repugnancias, despertaría en el cieno y oiría los lamentos de mi corazón. Prefiero obedecerle desde hoy mismo; quiero constituirle en mi solo guía. Para poder escucharle tranquila, llevaré faldas de indiana, le consultaré en voz baja durante mis largas horas de costura. Quiero ser libre para amar á quien ame mi corazón.

Y la linda muchacha se constituyó por tal modo en ciudadana de la república de las buenas chicas trabajadoras y amantes.

Desde aquel día, Marta habita en las buhardillas un cuartito lleno de sol. Ya conocéis ese nido que los poetas han descrito. El único lujo del ajuar es una exquisita limpieza y una alegría inagotable. Todo se ve allí blanco y lleno de luz; hasta los muebles parece que entonan la canción de los veinte años.

La cama es pequeña, blanca, como la de una colegiala; tan sólo pendiente de la flecha que sostiene el cortinaje, se balancea un Amor de yeso dorado, con brazos y alas extendidos. En el testero del lecho, sonríe un busto de Béranger, el poeta de los desvanes; en las paredes se ven pegadas litografías, loritos amarillos y azules, grabados separados del Viaje de Dumont-d'Urville; en un aparador se ostenta todo un mundo de objetos de porcelana y de vidrio, ganados en la ferias.

Después, se ven una cómoda, un aparador, una mesa y cuatro sillas. La reducida habitación está demásiado amueblada.

El nido se halla triste cuando el pajarito no se encuentra allí. En cuanto entra Marta el desván entero se pone á reír; es el alma de aquel universo, y según que se ríe ó se llora, el sol entra ó deja de entrar.

Hállase sentada ante una mesita; cose mientras canta, y los gorriones del techo contestan á sus canciones. Tiene prisa por concluir su obra; sabe que se la espera, pues debe subir al siguiente día á las umbrosas alturas de Verrières.

Si ha de decirse todo, su corazón ha llegado á hablar, y ha oído perfectamente lo que le ha dicho el corazón. Dos meses han transcurrido desde que le obedece. Ya no está sola en el mundo, ha encontrado un buen muchacho. Siendo como es también una buena chica, se ha dejado amar, y ella por su parte también ha amado.

Mírenla ustedes en la calle, llevando su trabajo en la mano; salta con ligereza los arroyos, levantándose las faldas y descubriendo sus delicados tobillos. Sus andares son á la vez atrevidos y de espanto, con el descaro y el miedo de los gorriones del Luxemburgo. Es el pájaro avisgado del empedrado pasisiense; aquel es su terruño, su patria. En parte alguna se ve tan tierna sonrisa, tan decidido andar, tan natural elegancia. La joven, sencilla y risueña, tiene el plumaje modesto y la ruidosa alegría de la alondra.

Al día siguiente, ¡qué júbilo en los bosques de Verrières! Hay allí fresas y flores, amplias alfombras de hierba y espesas sombras. Marta se provee de alegría para toda una semana; embriégase de aire y de libertad, conmovida hasta verter lágrimas por el claro azul de los cielos y por el verde obscuro del follaje. Luego, á la tarde, regresa paso

á paso, con un ramito de lilas en la mano y con más amor y más brios en el corazón.

Así es cómo se ha compuesto una vida de trabajo y de ternura. Ha sabido ganarse el pan y conservarse para quien mejor le parezca.

¿Quién sería osado á reñir á aquella criatura? Da más de lo que recibe. Su vida encierra toda la dignidad de la verdadera pasión, toda la moralidad del incesante trabajo.

Canta, hermosa alondra de nuestros veinte años, canta para nosotros, así como cantaste para nuestros padres, como cantarás para nuestros hijos. Tú eres eterna, porque eres la juventud y el amor.

FIN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

